

COLECCIÓN

APERTURA DEL
CURSO
ACADÉMICO
1995 /96

1/95

LA "TRAGEDIA" DE EFESO (431): HEREJÍA Y PODER EN LA ANTIGÜEDAD TARDÍA

Ramón Teja

*Catedrático de Historia Antigua
Universidad de Cantabria*



UNIVERSIDAD DE CANTABRIA

**LA "TRAGEDIA" DE EFESO (431):
HEREJIA Y PODER
EN LA ANTIGÜEDAD TARDIA**

RAMÓN TEJA
Catedrático de Historia Antigua
de la Universidad de Cantabria



UNIVERSIDAD DE CANTABRIA
1995

Teja, Ramón

La "Tragedia" de Efeso (431) : herejía y poder en la antigüedad tardía /
Ramón Teja -- Santander : Universidad de Cantabria, Servicio de Publica-
ciones, 1995

(Lecciones ; 1/95)

ISBN 84-8102-103-2

1. Iglesia - Historia - CA. 0030-0600 (Iglesia Primitiva) 2. Concilio de
Efeso I. TITULO. SERIE

281.1

262.5 EfesoII

La presente investigación ha sido posible realizarla gracias a una Ayuda del Pro-
grama de Movilidad Temporal de Personal Funcionario, Docente e Investigador del
M.E.C. para una estancia de tres meses en París, École Pratique des Hautes Études
(Sciences Religieuses) durante el año 1994.

ISBN (13): 978-84-8102-103-5

ISNI: 0000 0005 0686 0180

DOI: <https://doi.org/10.22429/Euc2022.029>

www.editorial.unican.es

Digitalización: Manuel Ángel Ortiz Velasco [emeaov]

© Ramón Teja

© Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria

Avenida Los Castros s/n

39005 Santander

Tfno.: (942)201291

ISBN: 84-8102-103-2

D.L.: SA - 338 - 1995

Imprime: Gráficas Calima, S. A.

**No he visto ningún concilio
que tenga un final feliz,
o que ponga fin a los males,
en vez de aumentarlos.
No hay más que enfrentamientos continuos
y luchas por el poder.**

Gregorio de Nacianzo, *Epístola* 130

A mis hijos, Diego y Juan

El presente ensayo es la versión ampliada de la Lección Magistral pronunciada en la Apertura del Curso Académico 1995-1996 de la Universidad de Cantabria

ÍNDICE

PRESENTACIÓN Y JUSTIFICACIÓN	11
PRÓLOGO: ANTES DEL CONCILIO	15
I LOS PROTAGONISTAS	
1. Cirilo, obispo de Alejandría	23
2. Nestorio, obispo de Constantinopla	34
3. María, "Madre de Dios"	41
II EL "ESCÁNDALO ECUMÉNICO"	
1. La ruptura de hostilidades	47
2. La intervención de la Corte y de Roma	56
3. La intervención de Antioquía	65
III LA "TRAGEDIA": EL CONCILIO, O LOS CONCILIOS, DE EFESO (431)	
1. La convocatoria del concilio y la difusión de los "Doce Capítulos" de Cirilo	75
2. La llegada de los obispos a Efeso	88
3. El concilio de Cirilo	94
4. El concilio de Juan de Antioquía	104
5. La primera intervención imperial: deposición y arresto de Cirilo y Memnón	112
6. La segunda intervención imperial: reunión de Calcedonia, dimisión de Nestorio y disolución del concilio	116
EPÍLOGO: DESPUÉS DEL CONCILIO	127
APÉNDICE I: La violencia como arma de política eclesiástica: el papel de los monjes, el pueblo y los soldados en el concilio	137
APÉNDICE II: El retraso de Juan de Antioquía	147
APÉNDICE III: Los sobornos de Cirilo	151
FUENTES	165
BIBLIOGRAFÍA	169

Abreviaturas de fuentes.

- F.: A. J. Festugière, *Ephèse et Chalcédoine. Actes des Conciles*, (París, 1982). La primera cifra remite al número del documento, tal como han sido ordenados por Festugière. La segunda, cuando procede, a los apartados en que el autor divide los documentos de cierta longitud. Citamos las Actas, en primer lugar, en base a esta obra por ser más accesible al público no especializado. Festugière sólo ha recogido documentos griegos, lo que explica que en algunos textos, de colecciones latinas generalmente, no nos remitamos a él. En todos los casos acompañamos las referencias a Festugière de
- ACO: *Acta Conciliorum Oecumenicorum. Concilium Universale Ephesinum*, ed. de E. Schwartz: la primera cifra remite al Tomo, la segunda al Volumen, la tercera al Fascículo, la cuarta a la Página.
- L.H.: *El Libro de Heráclidas de Damasco* de Nestorio. Las cifras hacen referencia a las páginas de la traducción de F. Nau (París, 1910)
- H.E.: *Historia Ecclesiastica* (de Sócrates, Evagrio, etc.).

PRESENTACIÓN Y JUSTIFICACIÓN

Cuando en los años ochenta del siglo IV el gran teólogo y pensador de Capadocia, Gregorio de Nisa, visitó Constantinopla se quedó sorprendido del apasionamiento con que el pueblo llano de la ciudad se veía inmerso en los debates teológicos del momento: "Si pides la vuelta, el tendero comienza a filosofarte sobre el Engendrado y el No Engendrado; si preguntas por el precio del pan, el otro te responde «El Padre es superior y el Hijo inferior». Si haces la pregunta «¿Está preparado el baño?», el empleado te contesta «El Hijo fue creado de la nada»"¹. Resulta difícil para el hombre moderno comprender que estos temas dividieran a las gentes de entonces provocando enfrentamientos y facciones similares a las que se originaban en las carreras del hipódromo. Pero, no puede comprenderse la historia del final de la Antigüedad, sin tener presente la importancia social y política que la religión tuvo en esta época.

Este libro es un ensayo en el que trato de hacer una narración histórica. La teología constituye un componente fundamental de la realidad social de la Antigüedad Tardía, pero no ofrezco aquí ni un tratado teológico, ni una historia del dogma. La teología está siempre detrás de la escena, pero los protagonistas de esta narración son, como siempre en la historia, los hombres, en concreto los obispos, y con ellos, los elementos más dinámicos de las ciudades de entonces, el pueblo y los monjes. Es una historia de violencia física y violencia verbal, en la que las ideas, en este caso la teología, constituyen la excusa y la justificación de la lucha por el poder.

El lector culto español está poco familiarizado con estos temas, entre otras razones, porque está muy arraigada la idea de que se trata de cosas propias de curas y de iglesia. No sé si será

1. Gregorio Nisa, *De Deitate Filii et Spiritus Sancti* (P.G. 46, 557).

una osadía intentar que un público mucho más amplio que el círculo de especialistas, que en España además es muy restringido, pueda interesarse por estos hechos históricos. Pero lo he intentado. Además pienso que si yo, como historiador, fuese el que narrase y expusiese los hechos se me prestaría poca fe y muchos pensarían que quien esto escribe está animado de un profundo espíritu anticlerical. Por ello he preferido que sean los propios protagonistas quienes narren lo sucedido, lo que justifica el gran número de citas que he introducido en la narración.

Los acontecimientos aquí abordados, los relacionados con el concilio de Efeso del 431, considerado por todas las iglesias cristianas como Tercero Ecuménico, son de los mejor conocidos de toda la Antigüedad. El historiador dispone de diversas Actas del concilio y de un enorme dossier de documentos, anteriores y posteriores al concilio, que fue generado por cada uno de los bandos enfrentados. Pero son documentos poco accesibles a los no especialistas, pues están redactados en griego, latín y siríaco. He realizado el esfuerzo de traducir algunos de estos textos, los siríacos a partir del francés, e integrarlos en la narración de los hechos poniéndolos en boca de sus protagonistas. La mayor parte de ellos es la primera vez que son traducidos al castellano. Pienso que por el sólo hecho de traducirlos, el esfuerzo merece la pena. He querido que sean los textos quienes hablen y por eso he reducido al mínimo el aparato bibliográfico con que los historiadores acostumbramos a poner de relieve nuestra erudición con notas a pie de página. Pero para hacer esta narración me he servido de una abundante producción bibliográfica que he reseñado al final.

Si al lector le resulta tediosa la lectura de la exposición de los hechos, le ruego que, al menos, lea los documentos, resaltados en el texto mediante la grafía, pues podrá acceder por vez primera, mil quinientos años después de haber sido generados, a algunos escritos de enorme interés, que surgieron de las plumas apasionadas de los protagonistas que vivieron en el siglo V. Estos, Cirilo de

Alejandría, Nestorio de Constantinopla, Juan de Antioquía, el papa Celestino, el emperador Teodosio II fueron los actores y tomaron decisiones cuya trascendencia no acabó en esta época que conoció el final del Mundo Antiguo y el surgir de la Edad Media y el Mundo Bizantino. La separación que desde entonces marcó a Oriente y a Occidente, la división de las iglesias cristianas, el reparto del Mediterráneo entre musulmanes y cristianos son acontecimientos que siguen condicionando el mundo actual y que se explican, en gran medida, por los debates teológicos y las luchas de poder que tuvieron lugar en Efeso en el 431 y, veinte años después, en Calcedonia en el 451. Es una apasionante historia en dos momentos, el primero de los cuales narro en este ensayo histórico.

Los protagonistas de los acontecimientos relacionados con el concilio se dieron ya cuenta, en su momento, de la importancia de los sucesos que se estaban desarrollando y los calificaron con nombres altisonantes. Inspirándome en ellos he dado el título y dividido mi narración en tres apartados. En el primero presento una semblanza de los principales protagonistas, Cirilo, Nestorio y María, ésta en cuanto objeto de debate sobre la conveniencia de aplicarle el título de "Madre de Dios". Las doctrinas de Nestorio fueron calificadas por Cirilo como un "escándalo ecuménico", por lo que me he servido de esta expresión para describir el desarrollo de los acontecimientos previos al concilio. A su vez, Teodoreto de Ciro definió el concilio como una "tragedia", calificativo que aplico al apartado dedicado a exponer cómo se desarrolló el concilio, o más bien, los dos concilios paralelos que tuvieron lugar en Efeso en el 431. En tres apéndices discuto una serie de temas controvertidos, que son aludidos de una manera somera a lo largo de la narración y que considero importantes para conocer y valorar históricamente las circunstancias que rodearon los debates de los obispos dentro y fuera de la asamblea.

Hace algunos años dijo W. de Vries, conocido estudioso de este concilio: "Se ha escrito ya tanto a propósito del concilio de

Efeso, que parece pretencioso decir aún algo nuevo". No sé si mi intento pueda ser considerado pretencioso. Me he esforzado por escribir una historia diferente y por atraer a lectores no habituados a estos temas. Que sean ellos quienes juzguen.

Santander, 16 de junio de 1995.

PRÓLOGO: ANTES DEL CONCILIO

El 11 de Noviembre de 1994 el Papa Juan Pablo II y el Katholikos - Patriarca de la Iglesia Asiria del Oriente, Mar Dinkha IV, firmaron en Roma una declaración conjunta que ponía fin a 1.500 años de separación de ambas iglesias. El enfrentamiento se remonta al concilio de Efeso (III Ecuménico) del 431 que condenó la herejía de Nestorio. El Papa y el Patriarca reconocen que, en realidad, nada separa desde el punto de vista dogmático a la Iglesia Católica y a la Iglesia Asiria que se considera seguidora de Nestorio. Esta reconciliación considero que reviste una importancia tan grande o mayor que la declaración pública que hace algunos años hizo el propio Papa reconociendo el error de la iglesia en la condena de Galileo y pidiendo públicamente perdón por ello. Sin embargo, el hecho ha pasado desapercibido para la opinión pública española por el escaso eco que tienen en los medios de comunicación españoles los temas que no afectan directamente a nuestra pequeña historia nacional. No ha sido así en otros países como Francia o Italia. Comparado con el caso de Galileo, ello se explica porque el científico italiano es mucho más conocido que Nestorio. Pero la transcendencia es mayor porque afecta a principios fundamentales del dogma cristiano y supone poner en tela de juicio las decisiones de los Papas y de los Concilios Ecuménicos.

Los hechos que culminaron en la condena de Nestorio en el concilio de Efeso del 431 nos son muy bien conocidos, pues se conserva la traducción de las Actas Conciliares y un enorme dossier de documentos salidos de las plumas de los obispos enfrentados en dos bandos irreconciliables y de la Cancillería Imperial de Constantinopla. En Efeso en el 431 en realidad no hubo un sólo concilio, sino dos concilios paralelos y los participantes en cada uno de ellos condenaron a todos los miembros del concilio rival. Pero, como ha ocurrido siempre, la historia la escriben los vencedores y terminó por imponerse la versión de un único concilio auténtico, encabe-

zado por el patriarca Cirilo de Alejandría y apoyado por el Papa Celestino, frente al otro concilio liderado por el patriarca Juan de Antioquía que apoyaba a Nestorio de Constantinopla. Por ello, en todas las historias convencionales de la Iglesia se habla de un único concilio de Efeso, el de Cirilo de Alejandría. Cirilo impuso a sus seguidores la condena de Nestorio que pasó, a partir de entonces, a ser considerado el hereje por antonomasia, "el nuevo Judas", "el diablo encarnado", que fueron algunos de los calificativos que le dio Cirilo y se siguieron repitiendo durante siglos. Al propio tiempo, el concilio de Efeso ha sido considerado como el punto de partida del culto a la Virgen María en la Iglesia, aunque el concilio no abordó este tema en absoluto.

Ahora bien, ¿en qué consistía la nefanda herejía de Nestorio? Nestorio defendía que a María no se le debía dar el título de "Madre de Dios", sino de "Madre de Cristo". Su argumento era muy sencillo. Si María había engendrado a la Segunda Persona de la Trinidad sólo en su condición de hombre, pues en cuanto Dios no puede ser engendrado, lo más apropiado era denominarla "Madre de Cristo", pues este término expresa mejor su condición humana. Tras estas expresiones se escondía un debate teológico que ocupó durante mucho tiempo a las mejores cabezas pensantes de la época sobre la forma cómo se habían unido en la persona de Cristo las dos naturalezas, la humana y la divina. Un debate Cristológico que, precisamente por culpa de Cirilo y los acuerdos de Efeso, terminó por dividir a la Cristiandad en dos concepciones teológicas irreconciliables que aún se mantienen hoy en día: los "Monofisitas", que sólo admiten una única naturaleza en Cristo y los "Diofisitas", que admiten dos. El concilio de Efeso y la condena de Nestorio representó sólo el primer episodio de este largo debate que culminaría pocos años después en el concilio de Calcedonia del 451, IV Ecuménico, donde se produjo la ruptura definitiva de la Cristiandad.

Lo que ha proporcionado una importancia fundamental al concilio de Efeso fue la forma y los motivos que llevaron a la con-

dena de Nestorio, que sólo 1.500 años después el Papa de la Iglesia Católica parece dispuesto a revisar. Porque se produjo la paradoja de que Nestorio encabezaba la corriente "diofisita", la que terminó por imponerse como mayoritaria con el apoyo del emperador y en base a la formulación teológica del Papa León Magno, sucesor de Celestino. Hoy en día la Iglesia Católica y todas las Iglesias Protestantes, así como las Iglesias Ortodoxas que reconocen al Patriarca Ecuménico de Constantinopla son "diofisitas", mientras que las doctrinas de Cirilo de Alejandría, que impuso la condena de Nestorio, desembocaron en el monofisismo que aún mantienen las Iglesias Coptas de Egipto, Etiopía y otras Iglesias menores del Próximo Oriente. Lo que diferencia a la pequeña Iglesia Asiria que ahora preside Mar Dinkha IV, y que agrupa en la actualidad sólo a unos 400.000 seguidores, es que se considera heredera de aquellos que en su momento se negaron a aceptar la condena de Nestorio. Y sólo después de 1.500 años la historia les ha dado la razón, pues son "diofisitas" como lo era Nestorio y lo son la mayoría de los cristianos actuales. Tienen toda la razón desde el punto de vista histórico, el Papa y el Patriarca de la Iglesia Asiria cuando afirman en el documento que han firmado conjuntamente en Roma: *La humanidad a la cual la Bienaventurada Virgen María ha dado nacimiento, ha sido, después de todo, la del Hijo de Dios mismo. Esta es la razón por la cual la Iglesia Asiria de Oriente reza a la Virgen María en cuanto "Madre de Cristo nuestro Dios y Salvador". A la luz de esta misma fe, la tradición católica se dirige a la Virgen María como "Madre de Dios", e igualmente como "Madre de Cristo". Unos y otros reconocemos la legitimidad y la exactitud de estas expresiones de la misma fe y respetamos las preferencias de cada iglesia en su vida litúrgica y su piedad. Tal es la única fe que nosotros profesamos en el misterio de Cristo. **Las controversias del pasado han conducido a anatemas que recaen sobre personas y cosas**².*

2. *L'Osservatore Romano*, 18 noviembre 1994, pág. 5 (el subrayado es mío).

Tiene razón el Papa desde el punto de vista histórico, pero este reconocimiento implica aceptar que el Concilio Ecuménico presidido por Cirilo de Alejandría, y reconocido desde entonces oficialmente por la Iglesia Católica, se equivocó al dictar la condena de Nestorio, que, por lo demás, fue el único acuerdo adoptado en dicho concilio. Como historiador que soy, y no teólogo, no me corresponde a mí sacar las consecuencias, sino plantear el tema. Sí es labor del historiador explicar cómo se llegó a la condena de Nestorio y a ello dedicaré este ensayo.

Hay que decir, de entrada, que las circunstancias en que se llevó a cabo la condena de Nestorio, constituyen una de las páginas más negras de la historia de la Iglesia. Y tales circunstancias ponen de manifiesto también algo que ha sido muy frecuente en la historia, encubrir bajo el velo de enfrentamientos teológicos lo que en realidad sólo eran luchas por el poder entre obispos.

Nestorio fue consagrado obispo de Constantinopla en el 428. Era un monje sirio y, como tal, un representante adicto, aunque no brillante, de la escuela teológica de Antioquía, una de las escuelas con más peso y tradición de la Cristiandad, y rival de otra escuela no menos brillante, la de Alejandría. Cada una de ellas se basaba en tradiciones filosóficas diferentes: mientras Alejandría se inspiraba en el platonismo y sus desarrollos posteriores en forma de neoplatonismo, Antioquía seguía con gran fidelidad la filosofía aristotélica. Desde su elevación a la sede episcopal de la capital del Imperio, Nestorio empezó a predicar en contra del término **theotokos** (Madre de Dios) aplicado a María, que estaba ampliamente difundido en el vocabulario teológico, pero que, sobre todo, estaba muy arraigado en los ambientes populares y era la base del culto a María que entonces comenzaba a difundirse. Por ello, los argumentos de Nestorio, aunque eran correctos desde el punto de vista teológico, constituían una imprudencia que podía encontrar rechazo entre los ambientes populares y monásticos de la época. La circunstancia fue rápidamente explotada por el obispo de Alejandría, Cirilo.

La sede episcopal de Alejandría era con mucha diferencia, en la Antigüedad, la más rica en recursos económicos y gozaba de un prestigio y autoridad que la habían situado tradicionalmente en el segundo puesto de honor después de Roma y por delante de Antioquía, que ocupaba el tercero. Pero a finales del siglo IV comenzó a temer la competencia de Constantinopla. La ciudad fundada por Constantino como Nueva Roma y para ser la Nueva Capital del Imperio empezó a adquirir una gran importancia eclesiástica cuando en 379 el emperador español Teodosio I se instaló de manera definitiva en ella. Era evidente que el obispo de la Nueva Roma, destinado a vivir a la sombra del poder imperial, podía oscurecer a Alejandría. Así lo vieron inmediatamente los obispos alejandrinos por lo que intentaron controlar el obispado de Constantinopla mediante hombres de paja que fueran un mero instrumento de su política eclesiástica. Lo intentaron sistemáticamente, con el apoyo de los papas de Roma, pero no lo consiguieron; más no por eso las consecuencias de este enfrentamiento fueron menores.

Ya en el 380 Teodosio I confirmó a Gregorio de Nacianzo como obispo de Constantinopla poco después de que el obispo de Alejandría Pedro, hermano y sucesor del gran Atanasio, intentase en vano reemplazar al santo y teólogo obispo capadocio por un extravagante personaje, un filósofo cínico, Máximo, que se distinguía sólo por una larga melena teñida de rubio que los obispos emisarios del alejandrino procedieron a cortar penosamente para tonsurarlo antes de su consagración episcopal en la casa de un flautista próxima a la iglesia. Pero Máximo encontró el apoyo del papa Dámaso y de Ambrosio de Milán. Por ello, un año después, en el 381, los obispos egipcios y occidentales se negaron, en el II Concilio Ecuménico de Constantinopla, a reconocer a Gregorio de Nacianzo, por lo que éste optó por abdicar y retirarse a vivir tranquilo en sus propiedades de Capadocia. Los obispos orientales, mayoritarios en el concilio, reaccionaron ante las pretensiones de Alejandría aprobando un canon que daba al obispo de Constantinopla el segundo lugar en el rango del honor, por delante de Alejan-

dría y detrás de Roma. El argumento era simple y político: si el obispo de Roma ocupaba el primer lugar por serlo de la Capital del Imperio, al de Constantinopla le correspondía el segundo lugar por serlo de la Nueva Capital. Además Teodosio I reaccionó escogiendo como sucesor de Gregorio de Nacianzo a un hombre pragmático y avezado en la lucha política, el senador Nectario, quien previamente a su ordenación hubo de ser bautizado.

Los obispos de Alejandría sufrieron dos derrotas en dos años, pero no se rindieron. En el 397 murió Nectario y Teófilo de Alejandría intentó de nuevo poner en la sede episcopal de la Capital a un hombre suyo. Pero esta vez no lo intentó con un personaje impresentable como Máximo, sino con un monje famoso por su santidad. Pero tampoco ahora el emperador Arcadio y su todopoderoso eunuco Eutropio se dejaron sorprender y llamaron para suceder a Nectario a un presbítero de Antioquía, famoso por su oratoria y su vida moral impecable, Juan Crisóstomo. Era una afrenta para Teófilo escoger a una persona procedente de Antioquía, la ciudad que rivalizaba con Alejandría por su importancia y su escuela teológica. Teófilo, a quien por su ambición y su falta de escrúpulos sus contemporáneos denominaban el "faraón cristiano", intentó en todas sus acciones demostrar lo acertado de este apelativo. En el 403 fue llamado a Constantinopla para comparecer ante un tribunal eclesiástico presidido por Juan Crisóstomo. Teófilo se presentó dispuesto a lograr que quien se sentase en el banquillo de los acusados fuese Juan y lo consiguió. Repartió su oro por Constantinopla y se atrajo el apoyo de la Corte y del número de obispos suficiente para deponer a Juan Crisóstomo en el denominado "Sínodo de la Encina", junto a Calcedonia, y enviarlo al destierro. Los sucesores de Juan quedaron impresionados por esta demostración de poder y evitaron cualquier enfrentamiento con Alejandría en los años sucesivos.

Cuando en el 428 Nestorio ocupó la sede de Constantinopla, era obispo de Alejandría Cirilo, sobrino y sucesor de Teófilo. Cirilo,

desde el primer momento, parece que intentó superar a su tío en ambición y falta de escrúpulos para ejercer el poder que le proporcionaban el prestigio y la riqueza de la sede alejandrina. Con la elección de Nestorio parecía que se repetían las circunstancias que habían enfrentado a Teófilo con Juan Crisóstomo y Cirilo quiso demostrar que también él merecía la denominación de "faraón cristiano".

I.- LOS PROTAGONISTAS

1. Cirilo, obispo de Alejandría

No es posible comprender la personalidad y la actividad de los obispos de Alejandría en la época de los grandes concilios de Constantinopla, Efeso y Calcedonia sin conocer las peculiaridades de la iglesia alejandrina que presidieron. A finales del siglo IV fue la iglesia de Alejandría, más que el Estado, quien se constituyó en heredera de la milenaria tradición de poder centralizado que había caracterizado la historia de Egipto, primero con los faraones y después con los reyes helenísticos y los emperadores romanos. El despectivo título de “faraón cristiano” con que sus rivales cristianos caracterizaron a los tres patriarcas que se sucedieron en el poder durante este medio siglo, Teófilo, Cirilo y Dióscuro, aparece plenamente justificado. Si a partir de los Tolomeos la ciudad de Alejandría se constituyó en la Capital indiscutida y en la única ciudad merecedora de tal nombre en Egipto, los obispos alejandrinos desarrollaron y consolidaron su poder en consonancia con esta realidad histórica.

El poder imperial en Alejandría estaba representado desde el 367 por el **Augustalis**, prefecto de la diócesis de Egipto, que a comienzos del siglo IV constaba, según parece, de seis provincias, incluidas las dos de Libia. Pero, a partir de Teófilo, el obispo de Alejandría comenzó a competir en poder e influencia social con el representante imperial. Al configurarse la organización eclesiástica sobre el modelo de la organización política imperante, los obispos alejandrinos se beneficiaron de la gran centralización que seguía caracterizando a esta región del Imperio Romano. En Egipto sólo hay una iglesia, que depende en todo de su cabeza, el patriarca de Alejandría. Los obispos de las restantes capitales ni siquiera llevan, como en otras partes del Imperio, el título de metropolitano. No

sabemos que hubiese sínodos provinciales. Los únicos sínodos que conocemos eran los que reunían a los obispos de todas las provincias en torno al obispo de Alejandría, que es quien los nombra y de quien son siempre instrumentos dóciles sin personalidad alguna. Incluso económicamente todas las iglesias de Egipto están estrechamente controladas por el patriarca de Alejandría que pudo transformar a su iglesia en un poder económico de difícil valoración. Las propiedades de la iglesia alejandrina no sólo estaban extendidas por todo Egipto, sino que cobraba tasas preestablecidas sobre las rentas de cada una de las iglesias y sobre las ofrendas que recibían, muchas veces al margen de los cánones preestablecidos, con los motivos más diversos, matrimonios, funerales, bautizos etc. Una fuente importante de ingresos la constituían los santuarios más populares, consagrados a mártires sanadores. El de S. Menas, situado en pleno desierto, a 40 km. de Alejandría, ha sido descrito como "una Lourdes en el desierto". Con él comenzó a rivalizar pronto el de los santos Ciro y Juan cuya construcción comenzó Teófilo en las afueras de Alejandría en el emplazamiento de un antiguo templo de Isis Médica y fue terminado por Cirilo en el 414.

Otro capítulo importante del poder económico y de la influencia social y religiosa del obispo alejandrino lo constituyeron los monjes y los monasterios, que a partir del siglo IV proliferaron en gran número por todo Egipto. Teófilo tuvo el acierto de saber constituirse en el guía espiritual de los monjes y poner a los monasterios bajo su férreo control. Los productos agrícolas y manufacturados producidos por los monasterios eran gestionados y distribuidos por el obispo de Alejandría. Para ello se creó toda una infraestructura de almacenes y barcos que los obispos alejandrinos ponían también al servicio del Estado para transportar los impuestos y la **annona** que abastecía de alimentos a Constantinopla. Además con Teófilo cayeron en manos de la iglesia los inmensos tesoros que durante siglos habían ido acumulando los templos

paganos, en especial el de **Serapis** en Alejandría, uno de los más ricos y famosos de la Antigüedad, que fue destruido y saqueado por el obispo.

Unos recursos tan amplios permitían a un poder tan centralizado como el del obispo de Alejandría extender sus tentáculos por toda la sociedad egipcia. Teófilo no sólo inició una política de construcción de iglesias para reemplazar los lugares de culto pagano que provocó las críticas de muchos cristianos, sino que con él comenzaron a proliferar hospitales, hospicios y centros de asistencia de todo tipo que le permitieron aumentar su influencia y control sobre las masas populares. El personal que estaba al servicio de estos centros se constituyó pronto en una especie de guardia personal del patriarca. Es el caso especialmente de los **parabalani** o **parabolani**, un numerosísimo cuerpo de “enfermeros” bajo las órdenes directas del obispo. Pronto los obispos aprendieron a servirse de ellos como tropa capaz de sembrar el terror y mantener el orden dentro de Alejandría y como instrumento de las luchas religiosas durante el siglo V en otras ciudades del Imperio. Cuando las circunstancias lo exigían los obispos alejandrinos no tendrán el menor escrúpulo en movilizar a las masas dentro de la ciudad e incluso servirse de otros elementos como los marineros de la flota **annonaria** egipcia cuando ésta estaba anclada en Constantinopla. Incluso en la propia Alejandría, los patriarcas intentarán, a veces, un pulso de fuerza con el **Augustalis** por el control de los soldados que estaban a las órdenes de éste.

Así pues, a partir de Teófilo, la historia de Alejandría se caracterizará por una especie de división de poderes entre el obispo y la autoridad imperial. La consolidación del poder de los obispos coincide con el debilitamiento del poder imperial de Constantinopla durante los reinados de Arcadio y Teodosio II, y los mismos historiadores eclesiásticos de la época, como Sócrates y Sozomeno, ponen de relieve que los obispos alejandrinos intentaron convertir

a la metrópolis egipcia en una especie de Estado hierocrático a costa de los poderes del emperador.

Cirilo ocupó la sede de Alejandría en el 414 como sobrino y sucesor de Teófilo³. Si éste había puesto las bases del Estado teocrático alejandrino, Cirilo supo afianzarlo y llevarlo a su máximo apogeo. Tío y sobrino constituyen dos de las figuras más polémicas de la historia del cristianismo antiguo, pero el merecido título que les dieron sus contemporáneos de "faraones cristianos" por su insaciable afán de poder, que nunca se recataron en disimular, no debe hacernos olvidar que fueron personas de una sólida formación cultural, laica y teológica, y de una intachable conducta en lo que respecta a la moral sexual.

Parece que sus orígenes familiares orientaron desde un principio a Cirilo hacia la carrera clerical bajo el control directo de su tío. Debió de pasar varios años de su juventud en el desierto, en el círculo ilustrado de los monjes de la colonia monástica de Nitria que sobresalían por su gran nivel intelectual en cuanto seguidores de las orientaciones teológicas de Orígenes. Posiblemente, cuando en el 399 Teófilo se enfrentó abiertamente con estos monjes origenistas, le llamó a su lado donde continuó como fiel colaborador de su tío. Sabemos, porque él mismo lo manifestó en una carta posterior a Acacio de Berea, que acompañó a Teófilo en el 403 en el Sínodo de la Encina en que fue depuesto Juan Crisóstomo. En cualquier caso, todas las fuentes contemporáneas coinciden en mostrar a Cirilo como un hombre formado en la misma escuela que Teófilo y del que, si heredó sus virtudes, también heredó sus grandes

3. A pesar de que fue uno de los personajes más importantes de su época, no existe ninguna monografía moderna sobre Cirilo. Sobre sus primeros años de episcopado la fuente más importante es la *Historia Eclesiástica* de Sócrates, a quien seguimos en nuestra exposición. Diversos artículos sobre su persona y su obra, en los colectivos *Kyrilliana*, El Cairo 1947 y *Alexandrina*, París 1987. Una buena síntesis de los primeros años del episcopado en P. Evieux, *Lettres Festales* (S.Ch. 372), "Introduction".

defectos: autoritario y celoso de su poder, no mostrará nunca el menor escrúpulo en servirse de los medios que consideraba más aptos para lograr sus propósitos. Mediante su osadía e intransigencia logrará sembrar el terror en todo el Oriente durante los largos años de su episcopado.

A la muerte de Teófilo, Cirilo tenía unos 35 años y casi todos veían en él a la persona llamada a continuar la dinastía episcopal que dominaba en Alejandría desde hacía años. Pero la sucesión no se produjo sin oposición. Esta estuvo encabezada por una parte del pueblo y del clero de la ciudad y, en especial, por los representantes de la Corte de Constantinopla que deseaban ver sentada en el trono del poderoso patriarcado a una persona que no continuase con los enfrentamientos de su antecesor. Pero fue en vano. El historiador contemporáneo Sócrates describe así su “toma del poder”: *Unos intentaban entronizar al archidiacono Timoteo, otros a Cirilo, el sobrino de Teófilo. Esto provocó un tumulto en el pueblo. Abundancio, jefe de las fuerzas militares, apoyaba el partido de Timoteo. Por ello, habiendo sido entronizado el tercer día después de la muerte de Teófilo, Cirilo tomó el episcopado con más poder del que había ejercido Teófilo. A partir de ese momento, el obispo de Alejandría, sobrepasando los límites del orden sacerdotal, comenzó a ejercer el poder sobre todos los asuntos⁴.*

Aunque Sócrates es un autor que no muestra ninguna simpatía por Cirilo, su descripción es acertada y refleja bien lo que será el episcopado de Cirilo. Su ascenso fue una verdadera toma del poder, pues la consagración de los obispos alejandrinos se hacía normalmente en domingo y Teófilo había muerto un martes, por lo que Cirilo se adelantó a su rival al hacerse consagrar a los tres días saltándose los cánones con una política de hechos consumados. Las autoridades de Constantinopla poco pudieron hacer y sorprende que la única presente en el momento fuese un jefe militar, seguramente el **comes Aegypti**, Abundancio, y no el **Augustalis**.

4. H.E. VII, 7.

Una falta de prevision poco justificable, pues Teófilo murio tras larga enfermedad: poco después veremos al Augustal Orestes enfrentado a Cirilo. Sócrates pone de relieve también que con Cirilo el obispado de Alejandría se convertirá en una verdadera teocracia y que su elección representó para Constantinopla la pérdida del poder eclesiástico y, en gran medida, político, en Alejandría. Era evidente, y así se puso de manifiesto de inmediato, que Cirilo iba a continuar y a llevar hasta sus últimas consecuencias la política iniciada por Teófilo.

Apenas Cirilo ocupó el poder se hicieron realidad los peores presagios de quienes se habían opuesto a su elección. En especial sus cuatro primeros años estuvieron marcados por enfrentamientos constantes con los que él consideraba sus enemigos y que culminarán con el hecho más escandaloso, el asesinato de la filósofa Hipazia. La descripción que de estos años nos ha dejado Sócrates se asemeja a una escalada de terror mediante la cual el obispo quería dejar claro que la única autoridad en Alejandría era él.

La primera medida del joven obispo fue la expulsión de la ciudad de los herejes novacianos: *Inmediatamente Cirilo cerró las iglesias de los novacianos en Alejandría, se apoderó de todos sus tesoros sagrados y despojó a su obispo Teopemptos de todo lo que poseía*⁵. Sócrates quiere poner de relieve que con Cirilo se acabó la tolerancia religiosa. Su antecesor, Teófilo, aunque había destruido los templos paganos, se había mostrado tolerante con los otros grupos cristianos, los judíos y los intelectuales paganos. Cirilo quiso poner de manifiesto desde el primer momento que él era la única autoridad religiosa y que no podía admitir que hubiese iglesias abiertas en la ciudad que no estuviesen bajo su control.

La segunda víctima del autoritarismo de Cirilo fueron los judíos. La comunidad judía de Alejandría era, desde hacía siglos, la más numerosa y la más poderosa del Mediterráneo. La ley romana

5. Sócrates, *ibid.*

protegía las colonias judías, pero la hierocracia que Cirilo quería implantar no podía admitir que este elemento tan influyente de la población no estuviese bajo su control, y pronto encontró los instrumentos y la ocasión para eliminarlo. Ello provocó el primer enfrentamiento con el Augustal Orestes, inicio de lo que será un pulso permanente con el representante del poder imperial. En una ocasión en que Orestes había reunido en el teatro a los judíos para dictarles medidas con que poner fin a los desórdenes públicos, éstos observaron que estaba presente en medio del público un conocido maestro de escuela de nombre Hierax, famoso secuaz de Cirilo, que era el primero en iniciar los aplausos y aclamaciones cuando el obispo pronunciaba sus sermones en la iglesia. Orestes, sospechando que era un enviado de Cirilo para espíarle, mandó azotarle. Cirilo llamó a los jefes de la colonia judía y les lanzó duras amenazas si no cesaban sus motines contra los cristianos. Los judíos cayeron en el error de organizar una correría nocturna en la que perecieron muchos cristianos. A la mañana siguiente, Cirilo encabezó un gran levantamiento de toda la población cristiana que terminó con la destrucción de las sinagogas y los bienes de los judíos y la expulsión de todos de la ciudad. Este fue el final de la gran colonia hebrea de Alejandría⁶.

Este incidente pone bien de manifiesto la importancia y la fuerza de los diversos componentes sociales que actuaban en la ciudad y la desigualdad de las fuerzas que se enfrentaban: Cirilo puede movilizar a toda la población, Orestes sólo puede apoyarse en las fuerzas militares bajo su control. Es más fácil movilizar a las masas que enfrentar al ejército contra éstas. Orestes lo único que podía hacer era provocar una masacre entre la población o lamen-

6. La descripción de estos sucesos en Sócrates, H. E. VII, 13. De la hostilidad de Cirilo hacia los judíos tenemos un importante testimonio en su primera "carta festal", fechada en el 414 y, por tanto, contemporánea o poco anterior a estos hechos. Aquí recoge todas las tradicionales acusaciones escriturísticas contra los judíos,

tarse ante la Corte. Al hacerlo puso de manifiesto su debilidad, por lo que Cirilo, tras el "progrom" antijudaico, dio un segundo paso para debilitar más la situación del representante imperial. Los monjes del desierto egipcio estaban incondicionalmente del lado del obispo de Alejandría. Cuando éste los reclamaba acudían en masa a su llamada. Un día Orestes se encontró en la calle con un grupo de 500 monjes que acababan de llegar del desierto. Al ver al Prefecto comenzaron a increparle y a acusarle de pagano. En vano objetó éste que era cristiano y que había sido bautizado por el obispo de Constantinopla. Uno de los monjes, de nombre Ammonio, le lanzó una piedra y le hirió gravemente en la cabeza. Fue arrestado y sometido a tortura hasta que murió. Cirilo reaccionó concediéndole solemnes honras fúnebres y pronunciando un panegírico en el que le dio los honores de mártir⁷.

Evidentemente, la reacción del vehemente obispo fue una huida hacia adelante y llegó demasiado lejos: intentar convertir en mártir a un monje que había atentado contra la vida de una alta autoridad del Imperio Cristiano y que, además, era personalmente cristiano, era demasiado. La reacción vino por parte de la población que se mostraba hostil a la presencia de los monjes fanáticos en la ciudad y algunas mentes sensatas hicieron ver a Cirilo su error. Parecía que la situación se le escapaba de las manos y que estaba a punto de perder parte del apoyo popular. Ello le hizo recapacitar, pero no podía dar marcha atrás, so pena de ver socavado su poder, y optó porque fuese el silencio y el tiempo el que hiciese olvidar su error. De momento supo controlar la situación, pero el enfrentamiento con Orestes no había hecho sino agudizarse. Las espadas seguían en alto y un nuevo suceso, más grave aún, iba a marcar para la posteridad la imagen de Cirilo, el asesinato de la filósofa Hipazia, ocurrido en el cuarto año de su episcopado.

7. Sócrates, H.E., VII,14.

La muerte de Hipazia y las circunstancias que la rodearon constituye uno de los más negros capítulos de la historia del cristianismo antiguo y ha sido considerado desde entonces como un ejemplo de hasta dónde puede llegar la intolerancia religiosa. Alejandría era un centro universitario e intelectual de gran prestigio. Allí enseñaba con enorme éxito Hipazia que había sucedido en la dirección de la escuela neoplatónica a su padre, el geómetra Teón. Hipazia basaba su popularidad no sólo en su capacidad intelectual, sino también en su forma de vida intachable en la que destacaba su castidad. Representaba un modelo de vida que hacía la competencia a los ideales cristianos, pero Teófilo se había mostrado tolerante con los intelectuales paganos y no había dudado en ordenar obispo a Sinesio de Cirene, uno de los más brillantes discípulos de Hipazia y de los más apegados a la ilustre maestra. Pero Cirilo aspiraba a ser el único “faro” de una Alejandría cristiana, e Hipazia representaba el último obstáculo para lograr sus propósitos.

Como para todos los acontecimientos que marcaron los primeros años del episcopado de Cirilo, Sócrates sigue siendo nuestra principal fuente de información. Dejaremos que sea él quien narre las circunstancias de la muerte de esta ilustre filósofa que ha impresionado tanto a las generaciones futuras:

Había en Alejandría una mujer llamada Hipazia, hija del filósofo Teón. Esta había alcanzado tal grado de sabiduría que superaba ampliamente a todos los filósofos de su época y había sucedido a Plotino en la dirección de la escuela platónica por él fundada y enseñaba a sus oyentes todas las disciplinas filosóficas. Por ello, todos los estudiosos de la filosofía acudían a ella de todas partes. Debido a su reconocida libertad de palabra y a la autoridad que le proporcionaba su enseñanza, tenía acceso incluso a tratar con modestia a los gobernantes, pues no le producía pudor encontrarse en medio de los hombres. Todos, en efecto, por la enorme templanza que mostraba la estimaban más y la respetaban más. Por ello se acrecentó en aquel tiempo la envidia contra ella pues, como

coloquiaba frecuentemente con Orestes, se divulgó contra ella entre los cristianos la calumnia de que ella era el obstáculo para que se produjese la reconciliación entre Orestes y Cirilo. Algunas personas exaltadas, cuyo ánimo se había excitado más por ésto, conducidas por un tal Pedro, lector, tramaron una conspiración contra esta mujer cuando salía de cierta casa. La arrojaron al suelo de la silla en que era llevada y la arrastraron hasta la iglesia denominada "Cesarea" y, despojándola de sus vestidos, la dieron muerte con trozos de cerámica. Después, tras desmembrarla en pedazos, reunieron todos sus miembros en el lugar denominado Cinarón y los consumieron con el fuego. Este hecho reportó un gran oprobio tanto a Cirilo como a la iglesia alejandrina pues son totalmente ajenos, a quienes se sienten cristianos, los asesinatos y las luchas y todas las demás cosas de este tipo. Sucedieron estos hechos en el cuarto año del episcopado de Cirilo, siendo cónsules Honorio por décima vez y Teodosio por sexta vez, en el mes de marzo, durante la cuaresma⁸.

Los motivos aducidos por Sócrates para el linchamiento de Hipazia parecen verosímiles. Es lógico que levantase enormes celos en Cirilo y en su entorno y además se la acusaba de ser el obstáculo para hacer las paces entre Cirilo y Orestes. Se explica que los monjes fanáticos vieran en ella el principal enemigo de la fe cristiana tal como ellos la entendían. Quizá no sea justo achacar a Cirilo la responsabilidad directa de la muerte. Pero ésta fue, sin duda, una consecuencia de la atmósfera de intransigencia que había ido creando el obispo para implantar su poder en todas las esferas de la vida social y religiosa. Se explica que los monjes tomaran la iniciativa al considerarse ejecutores de los designios divinos.

El macabro asesinato de Hipazia cubrió de oprobio a Cirilo y a la iglesia alejandrina ya en la Antigüedad. Las reacciones fueron de todo tipo y a ellas no permaneció ajena la propia Corte de Constantinopla. En este contexto hay que situar dos leyes imperiales del 416

8. Sócrates, H.E. VII, 15.

conservadas en el Código Teodosiano que hacen alusión al senado de Alejandría, a su obispo, y al grupo de los **parabalani** de que éste se servía como brazo armado para imponer su política⁹. Están datadas con seis días de diferencia y debían formar parte de un único conjunto legislativo. La segunda recoge una queja del senado de Alejandría contra su obispo y contra los **parabalani**. El senado envía una legación a la Corte porque reinaba en la ciudad un clima de terror al que no era ajeno el obispo. Se encontraban dentro de los muros numerosos extranjeros a los que el obispo no permitía abandonar la ciudad. Estos no pueden ser sino los monjes de Nitria, a los que acusa Sócrates de las fechorías que hemos mencionado, y que no habían vuelto al desierto que era su destino natural. Los **parabalani** ejercían un terror que influía en las decisiones tomadas por el senado. Cirilo, pues, era capaz de imponer su voluntad frente al senado y al representante imperial, y la Corte no se atreve a atacar directamente a la autoridad religiosa, pero trata de limitar su poder. Los clérigos, dice la ley, esto es, Cirilo y sus hombres, no deben interferir en asuntos que dependen del senado. Se limita a 500 el número de **parabalani** - por esta ley sabemos que su cometido era actuar como enfermeros en la asistencia a los hospitales -, se regula su reclutamiento entre las clases desheredadas de la ciudad y se atribuye la selección al **Augustalis**, lo que supone retirar esta prerrogativa al obispo. Al mismo tiempo se intenta regular las actividades de estos **parabalani** para que no interfieran en el orden público y en el funcionamiento del senado y de los tribunales de justicia.

Así pues, la ley trata de poner coto a los poderes de Cirilo y acabar con el terror que imperaba en la ciudad. Cirilo debió darse cuenta que había ido demasiado lejos y la situación debió de calmarse durante algún tiempo. Sócrates no menciona más actos de vandalismo después del linchamiento de Hipazia, aunque Cirilo y sus sucesores no dejarán de servirse de los **parabalani**, incluso

9. C.T. XII, 12, 15 = C.J. X, 65, 6; C.T. XVI, 2, 42 = C.J. I, 3,17.

fuera de Alejandría. Cuando se produjo el asesinato de Hipazia, Cirilo apenas llevaba cuatro años ejerciendo el poder de lo que sería un largo episcopado cargado de consecuencias enormes para la historia de la iglesia. Faltaban quince años para el concilio de Efeso y, aunque en este tiempo no tenemos noticias de ningún acontecimiento importante que alterase su episcopado, ya comenzaba a ser realidad el benévolo juicio que sobre él emitió el historiador francés del siglo XVII, Lenain de Tillemont: "San Cirilo es santo, pero no se puede decir que todas sus acciones hayan sido santas"¹⁰.

2. Nestorio, obispo de Constantinopla

Cuando a finales del 427 murió el obispo de Constantinopla Sisinnio, surgieron en la ciudad las habituales luchas por el poder entre los diversos candidatos a ocupar una sede de tanta importancia. La salida que a estos enfrentamientos se dio por parte de la Corte, recuerda muy de cerca las circunstancias que llevaron al obispado de la Capital a Juan Crisóstomo tras la muerte de Nectario en el 397. En Constantinopla el pueblo, los monjes y el clero estaban profundamente divididos en el apoyo a los distintos candidatos, división que llevaba consigo incluso discordias dentro de cada grupo. Como candidatos más en boga parece que sobresalía Proclo, obispo de Cízico, que había sido rechazado por el pueblo, y Felipe de Side, conocido como historiador de la iglesia. Parece que en un primer momento el emperador Teodosio II pensó en nombrar obispo al líder monástico Dalmacio, pero ni éste ni ningún otro de los monjes más famosos de la ciudad aceptaron¹¹. Entonces su atención se fijó en la lejana Antioquía.

10. *Mémoires pour servir à l'Histoire Ecclésiastique*, XIV, París, 1709, p. 541.

11. Esta noticia la conocemos únicamente por la versión de los hechos que dará el propio Nestorio, L.H. 242-243. G.Dagron, *Les moines et la ville*, p. 268, n.184 piensa que posiblemente se trate de una visión fantástica de los hechos, pero, en cualquier caso, es significativa del papel que Dalmacio y los monjes jugarán en la lucha contra Nestorio.

En estos años gozaba de gran reputación en la capital siria un monje de nombre Nestorio, procedente de la lejana Germaniceia, en la provincia de Siria Eufратensis, donde había nacido hacia el 381, quizás de padres persas. Ya de joven se trasladó a Antioquía. Aquí fue alumno de la famosa escuela de teología de la ciudad en la que la figura más ilustre Teodoro de Mopsuestia. Ordenado sacerdote, optó por seguir la vida monástica en el monasterio de Euprepios que estaba situado a las afueras de la ciudad. Ello no le impidió exhibir sus dotes oratorias en las principales iglesias de Antioquía. Atraía a los oyentes por su bella voz y por su facilidad de improvisación. Su fama de predicador se acrecentó por su prestigio como asceta y por su celo para combatir cualquier sospecha de herejía. Pero las fuentes resaltan también su vanidad y su excesivo afán de popularidad.

Fueron, sin duda, su condición de monje y orador lo que hizo que el piadoso Teodosio II fijase su atención en él. Si como dice Sócrates *había organizado el palacio de forma que parecía un monasterio*¹², no sorprende que quisiera sentar en la sede episcopal a un monje que diese un tono ascético a la vida eclesiástica de la Capital. Fracasado en su intento de colocar a un monje de la propia Constantinopla, debió pensar que una persona venida de lejos y ajena a las disputas internas podría ser el candidato más adecuado¹³. Además su brillante oratoria le habría de asegurar el apoyo del pueblo. Fueron éstas las circunstancias que hicieron de Nestorio un nuevo Juan Crisóstomo. Sócrates las resume de esta forma: *Tras la muerte de Sisinnio, les pareció conveniente a los que estaban al frente del poder no elegir para el episcopado a ninguna*

12. H.E. VII, 29.

13. Es el propio Nestorio, como hemos señalado, quien da esta versión de los hechos en el L.H.; allí presenta a Teodosio II preguntando a Dalmacio por qué atacaba a su obispo, puesto que él mismo había rehusado previamente el episcopado y tras él otros monjes; el emperador pone de relieve que había escogido a Nestorio por afán de conciliación, porque era extranjero y así no crearía conflictos entre el clero y los monjes, L.H. 242-243.

persona de la propia iglesia, por el afán de gloria que mostraban. Pues muchos pugnaban porque fuese elegido Felipe, otros muchos porque lo fuese Proclo. Así pues, decidieron llamar a un extranjero de Antioquía. Fue éste un tal Nestorio, nacido en Germaniceia, que descollaba por su bella voz y por su oratoria. Por ello, hicieron llamar a éste como la persona idónea para enseñar al pueblo. Además era ensalzado por el pueblo también por su templanza¹⁴.

Así pues, el 10 de abril del 428, Nestorio fue consagrado obispo de la Capital del Imperio. Resulta difícil emitir un juicio objetivo sobre su personalidad y sobre su actuación como obispo de Constantinopla. Inmediatamente se vio inmerso en disputas dogmáticas, bien aprovechadas y agudizadas por Cirilo de Alejandría, que culminarían tres años después con su destitución, condena y exilio tras el concilio de Efeso del 431. Ello ensombreció su memoria y determinó toda una tradición historiográfica hostil que ha condicionado cualquier juicio histórico sobre él. Poco después de su condena, Teodosio II ordenó quemar todas sus obras¹⁵ por lo que la imagen que de él se ha impuesto es la que proporcionaron sus enemigos. Sólo algunas homilías y fragmentos de cartas permitían oír su voz y valorar sus enseñanzas. Pero, a comienzos de este siglo, se descubrió en versión siríaca una obra suya de capital importancia, su propia autodefensa o apología bajo el título "El Libro de Heráclidas de Damasco". El conocimiento de esta obra ha permitido revisar profundamente la imagen secularmente transmitida de Nestorio que ha culminado con la reciente rehabilitación oficial por la Iglesia Católica. En cualquier caso, aunque fueron las

14. H.E. VII, 29, *Sophrosyne*: el término empleado por Sócrates debe de hacer alusión a su "templanza" monástica, y no a su moderación, como se desprende de los juicios que inmediatamente emite sobre su apasionamiento y falta de tacto desde el momento en que ocupó el obispado de la Capital. No creemos que la última frase haga alusión al pueblo de Constantinopla, como lo interpreta T.E. Gregory, *Vox Populi*, p. 82, sino al de Antioquía.

15. C.T. XVI, 5,66. La ley lleva fecha del 435, pero E. Schwartz demostró que es algo anterior.

cuestiones dogmáticas el desencadenante del enfrentamiento entre Cirilo y Nestorio y de la caída de éste, ellas constituirán sólo el telón de fondo de nuestra exposición.

Si la figura de Nestorio recuerda un poco a la de Juan Crisóstomo por las circunstancias en que ambos fueron llamados a ocupar la sede de Constantinopla, también fueron similares las hostilidades a que tuvieron que hacer frente y el temperamento ardiente y poco flexible a componendas que no hizo sino exacerbar esa hostilidad. Ninguno de los dos supo adaptarse al ambiente mundano de Constantinopla, donde las influencias concordantes o contrapuestas, según las circunstancias, de la Corte, del clero, de los monjes y de la plebe requerían un tacto y diplomacia del que carecían Juan y Nestorio, salidos de los ambientes monásticos de Antioquía. Se da, además, la circunstancia de que, tanto uno como otro, habían tenido como predecesores a obispos que habían descollado por estas cualidades. Si Juan sucedió a Nectario, un senador elevado a obispo que destacó por su diplomacia, algo parecido había sucedido con los predecesores de Nestorio.

Tras el efímero paso de Arsacio, el sucesor de Juan Crisóstomo (404-406), subió al trono episcopal Atico, a quien Sócrates alaba por su pacífico gobierno de la Capital durante su largo episcopado y le caracteriza magníficamente diciendo que, a imitación del apóstol Pablo, *él era todo para todos*¹⁶. Sócrates resalta no sólo su piedad, sino también su prudencia (**phrónimos**) de la que se sirvió para engrandecer la iglesia de la Capital. Pone énfasis igualmente en la tolerancia que mostró en el trato con los herejes, actitud eminentemente diplomática, tras la intransigencia que manifestó al inicio de su episcopado: *Pues no sólo protegía a los que compartían su fe, sino que también se atrajo por su prudencia la estima de los herejes. Pues a éstos de ningún modo quería ofen-*

16. H.E. VII, 2.

*derlos, sino que, habiendo primero intentado atemorizarlos, rápidamente se mostró complaciente con ellos en lo sucesivo*¹⁷. Señala también Sócrates que la misma tolerancia manifestó con los rétores y sofistas, alusión seguramente a los intelectuales paganos, frente a los que no mostraba ningún temor, y añade: *Era, además, afable y de amena conversación y siempre presto a simpatizar con los que sufrían*¹⁸. Este temperamento conciliatorio lo puso de manifiesto también en la liquidación de las secuelas dejadas por la deposición y exilio de Juan Crisóstomo, pues incluyó su nombre en los dípticos de la iglesia de Constantinopla, lo que supuso la rehabilitación de su memoria liquidando así las secuelas del grave incidente. A pesar de ello, mantuvo buenas relaciones diplomáticas con los obispos de Alejandría, así como con Roma y la Corte de Constantinopla. Su largo episcopado fue una época de paz que no se vio turbada por ningún incidente grave.

Durante su breve episcopado de poco más de un año de duración, el sucesor de Atico, Sisinnio, apenas tuvo tiempo de poner de manifiesto las cualidades que, según Sócrates, lo elevaron al episcopado, con el clamor unánime de todo el pueblo: su piedad y su amor a los pobres¹⁹. Por ello murió rodeado de fama por su templanza, su santidad de vida, su caridad, su afabilidad y simplicidad de costumbres, virtudes todas que le mantuvieron apartado de las disputas²⁰. Sócrates no alude a las tensiones que ya existían entre el obispado de Constantinopla y los monjes de la Capital, que si en estos años no llegaron a enfrentamiento abierto, no por ello eran menos reales. Las tensiones tenían la forma de un enfrentamiento entre el clero y los monjes. A ello alude Nestorio cuando pone en boca de Teodosio II, en un supuesto diálogo con Dalmacio, la afirmación de que había elegido a Nestorio porque era

17. Ibid.

18. Ibid.

19. H.E. VII, 26.

20 Ibid, 28.

extranjero y estaba ajeno a los enfrentamientos entre los monjes y el clero.

Las semblanzas que Sócrates ofrece de Sisinnio y, especialmente, de Atico parecen querer marcar el contrapunto de lo que fue el temperamento y la actuación de Nestorio por el que el historiador constantinopolitano no muestra ninguna simpatía. Sócrates se complace en resaltar, desde el momento de su toma de posesión, su intransigencia, su orgullo y su falta de tacto y de prudencia. Si se tiene presente que tampoco es condescendiente en el juicio sobre su contemporáneo Cirilo de Alejandría, parece que Sócrates quiere dejarnos la imagen de que el nuevo enfrentamiento que iba a estallar entre Constantinopla y Alejandría fue fruto del temperamento de sus respectivos obispos.

Sócrates hace de Nestorio, desde el mismo momento de su entronización, un fanático perseguidor de herejes. En el discurso que predicó en la ceremonia de su consagración ante el emperador y el pueblo habría pronunciado estas palabras: *Concédeme, oh emperador, una tierra depurada de herejes y yo te retribuiré con el cielo. Ayúdame a vencer a los herejes y yo te ayudaré a vencer a los persas*²¹. Inmediatamente intentó poner en práctica sus proyectos. Como el mismo Sócrates señala con perspicacia, *estas palabras, aunque fueron recibidas con satisfacción por algunos del pueblo que odiaban a los herejes, aquellos, sin embargo, que, como dije, saben intuir a través de las palabras los sentimientos interiores del alma se dieron cuenta inmediatamente de su ligereza mental y de su temperamento violento y orgulloso*²². Cinco días después mandó destruir un oratorio de los arrianos. Al aperebirse de ello, éstos prendieron fuego previamente al oratorio y el fuego se propagó a

21. H.E. VII, 29.

22. Ibid. Seguramente fue Nestorio el inspirador de una ley de 16 mayo 428 conservada en C.T. XVI, 5, 65 por la que se perseguía a todo tipo de herejes en el ámbito del Imperio.

los edificios colindantes. Ello provocó un tumulto en la ciudad y los arrianos se prepararon para vengarse. A raíz de ello, continúa Sócrates, comenzaron a llamarlo incendiario, no sólo los herejes, sino también los que compartían su fe. Nestorio no se arredró. Intentó también perseguir a los novacianos de la Capital cuyo obispo, Pablo, gozaba de un gran prestigio por su virtud, pero el emperador no se lo permitió. Después, su ansia de perseguir herejes se trasladó a otros lugares y se fijó en los cuartodecimanos de Asia, Lidia y Caria. En Sardes y Mileto murieron gran cantidad de personas a causa de las revueltas que se provocaron para resistir al obispo. Sócrates termina aquí su descripción de la furia perseguidora, que presenta sólo como un anticipo de las desgracias que a Nestorio iba a acarrear la *incontrolada licencia de su lengua*²³.

Si su celo en la persecución de los herejes le atrajo el odio de éstos, su afán por moralizar la vida pública de la ciudad debió de ganarle la aversión de una gran parte de la población de Constantinopla. Un biógrafo suyo nestoriano nos ha dejado el recuerdo de que recién ascendido al trono episcopal *suprimió los juegos, los teatros, los cánticos, los conciertos, los bailes y todas las diversiones a que se entregaban los romanos; y, por ésta causa, la ciudad concibió un odio tan profundo contra él, que llegaron incluso a coger sus muebles y arrojarlos en el mar diciendo: «A causa de Nestorio nosotros actuamos así». Y aunque la ciudad le odiaba de esta forma, el emperador le honraba y le amaba de una manera especial*²⁴.

Así pues, Nestorio comenzó su episcopado amado sólo por el emperador y como fanático perseguidor de herejes. La tragedia de su destino fue que poco después él mismo sería condenado como hereje y pasaría a la historia como la encarnación diabólica de la herejía, y todo por una discusión, en el fondo intrascendente, sobre

23. Ibid.

24. M. Brière, "La légende syriaque de Nestorius", *Revue de l'Orient chrétien* 1910, 1-25; la cita en 18-19.

la conveniencia de aplicar a María el apelativo de “Madre de Dios”. De esta forma, María se convertirá en la tercera protagonista de los conflictos que tendrán su culminación en el concilio de Efeso.

3. María, “Madre de Dios”

Las discusiones, enconadas en esta época, de las diversas escuelas teológicas sobre la unión de las dos naturalezas en Cristo difícilmente podían ser entendidas por la mayoría, no sólo de los fieles cristianos, sino también de los obispos. Pero había una derivación que sí afectaba muy de cerca a la piedad popular. Si el debate sobre el Hombre-Dios se reducía en la mente del pueblo llano de entonces, como en el de ahora, a la idea de que Cristo era Hombre y Dios sin plantear mayores disquisiciones, de ello se seguía que María era “Madre de Dios”. Esta expresión, **theotokos** en la versión griega, tenía una larga tradición en escritores de tendencias y concepciones teológicas muy diferentes, y era la base de la veneración de María por los fieles. Desde el punto de vista teológico, su ortodoxia depende de la interpretación que se dé a dicha expresión: es ortodoxa si se aplica a Dios-persona, si aplicada a Dios-naturaleza, no sólo es heterodoxa, sino absurda. Según la interpretación tradicional, María era madre de alguien que era Dios en cuanto que de ella había tomado su humanidad. Pero, en cualquier caso, resulta evidente que el término **theotokos** podía prestarse a todo tipo de interpretaciones y polémicas²⁵.

La escuela teológica que más objeciones planteaba a la aplicación de este título a María era la antioquena, mientras que los alejandrinos y los latinos se servían de él sin escrúpulos. Parece que ya antes de Nestorio habían surgido en Constantinopla discusiones al respecto. Pero sus predecesores, Sisinnio y Atico, pragmá-

25. Resumo aquí el planteamiento del tema por parte de Luigi I. Scipioni, *Nestorio e il concilio di Efeso*, 63 ss.

ticos como eran y reacios a inmiscuirse en controversias dogmáticas, habían evitado que el tema saltase a la calle. Por el contrario, Nestorio, imbuido de las concepciones antioqueñas y fanático por la ortodoxia, se zambulló de lleno en la polémica. A él y a los antioqueños el término les parecía excesivo y abusivo porque podría interpretarse que la expresión "Madre de Dios" podía aplicarse al elemento divino, por lo que preferían utilizar el apelativo "Madre de Cristo" con lo que quedaba más claro que la maternidad de María afectaba sólo al elemento humano.

Según parece no fue el propio Nestorio, sino uno de los presbíteros que había traído consigo de Antioquía, quien encendió la mecha del incendio. Al menos ésta es la versión dada por los enemigos de Nestorio, tal como la recoge Sócrates. En un sermón predicado ante el pueblo, quizás a finales del 428, un presbítero llamado Anastasio, que había traído de Antioquía y al que tenía en gran estima se expresó en estos términos: *Que nadie llame a María madre de Dios (**theotokos**). Pues María era humana y de un hombre no puede nacer Dios. La reacción fue inmediata: Estas palabras perturbaron a muchos miembros del clero y del pueblo... y se formó un gran tumulto en la iglesia*²⁶. Nestorio no hizo nada para apaciguar los ánimos, antes bien, contribuyó a excitarlos al apoyar decididamente a su presbítero: *Nestorio se apresuró a confirmar las palabras de Anastasio, pues no quería que éste, a quien él tanto estimaba, fuese acusado de blasfemo. El mismo predicó después en la iglesia sobre esta controversia aduciendo argumentos polémicos y rechazando totalmente la expresión **theotokos**. Por ello, la controversia fue tomada por unos con un espíritu, por otros con otro, y se produjo una división en la iglesia. Y luchando entre sí como si fuese una batalla nocturna, cada una de las partes unas veces decían una cosa, otras otra, ahora ésto, ahora lo contrario, y terminaban por afirmar lo mismo que después negaban. De este modo se difun-*

26. H.E. VII, 32.

*dió entre las masas la opinión de que Nestorio defendía que el Señor había sido un simple hombre y que así introducía en las iglesias las enseñanzas de Pablo de Samosata y de Fotino*²⁷.

El análisis de Sócrates es penetrante. Pone de manifiesto la imprudencia de Nestorio y las reacciones psicológicas de las masas y lo absurdo de los debates. Pero quizá el juicio no sea totalmente justo. El propio Nestorio nos ha dejado una versión muy diferente de los hechos. Las divisiones y las facciones no las habría provocado él, sino que las había encontrado ya en la calle y él se habría limitado a intentar apaciguarlas: *Esta (controversia) no nació conmigo, ni en Constantinopla ni en Oriente; yo no había nacido aún cuando surgió y fue debatida. Hay que añadir que en Constantinopla la cuestión no surgió con mis discursos, sino en tiempos de mis predecesores... Cuando yo me encontré en Constantinopla que las gentes preguntaban y estaban necesitadas de enseñanzas, yo accedí a sus peticiones como la fe exigía. Pues las facciones del pueblo que discutían estos temas vinieron juntas al palacio del obispo necesitadas de una respuesta a sus preguntas y de llegar a un acuerdo*²⁸.

Los inquietos monjes de Constantinopla parece que de momento no participaron en la polémica y fue un laico, un tal Eusebio, futuro obispo de Dorylaeum, en Bitinia, que ahora era un abogado (**scholasticus**) al servicio de alguna de las emperatrices, el primero en responder a los sermones de Nestorio. La controversia provocada por este laico demuestra hasta qué punto era complicada la vida eclesiástica de la Capital del Imperio y la complejidad de los protagonistas que intervenían en las polémicas religiosas. Eusebio fijó un manifiesto en el lugar más visible de la ciudad, delante de la iglesia de Santa Sofía, en el que asimilaba las enseñanzas de Nestorio a las de Pablo de Samosata. Esta rapidez con que Nestorio fue asimilado a Pablo de Samosata demuestra de qué

27. Ibid.

28. L.H. 150-151

forma las oposiciones nacionalistas jugaban un papel importante en las disputas dogmáticas: Nestorio procedía de la misma región que Pablo, por lo que debían de pensar igual. Por otra parte, estaba ya muy arraigado entre la población de Constantinopla un profundo desprecio hacia los sirios, a los que consideraban culturalmente inferiores. El manifiesto de Eusebio comenzaba así: *Por la Santa Trinidad, conjuro a quien lea este escrito a que lo ponga en conocimiento de obispos, presbíteros, diáconos, lectores y laicos habitantes de Constantinopla, y que les den una copia para confundir plenamente al herético Nestorio, puesto que piensa como el hereje Pablo de Samosata anatematizado hace cien años por obispos ortodoxos*²⁹.

El libelo de Eusebio produjo los efectos deseados pues, según Teófanos, a raíz de su publicación se produjeron en la ciudad *muchos motines y disturbios*³⁰. Primero fue Proclo, el mismo que había aspirado al trono de Constantinopla frente a Sisinnio y Nestorio, y que después había sido rechazado como obispo de Cízico, quien predicó en la iglesia de Santa Sofía con motivo de una festividad de María y delante del mismo Nestorio. Sus argumentos fueron simples y tendenciosos, pero capaces de llegar fácilmente a las fibras de la sensibilidad popular. Cristo era al mismo tiempo Dios y hombre; quienquiera que niegue el honor debido a María está cuestionando la divinidad de su Hijo³¹. Nestorio, cuya formación teológica era escasa, puso de relieve su falta de prudencia y su tozudez al reafirmarse en una guerra de expresiones que sólo servían para encubrir el acuerdo que existía entre todos en los principios fundamentales del dogma.

Las reacciones comenzaron a sucederse en cadena. Algunos miembros del clero rompieron públicamente con su obispo y

29. F. 18 (ACO I, I, 1,101).

30. *Thorybous y Tarakbas*, Theophanes, *Chronographia A.M.* 5293, p. 88 ed. de Boor.

31. F. 19 (ACO I, I, 1, 103-107)

comenzaron a predicar contra él. Y pronto aparecieron también en escena los monjes. Un día en que Nestorio se disponía a entrar en la iglesia un monje, poniéndose en medio, intentó impedirle la entrada llamándole a voz en grito hereje e impío. Como era norma en estos casos, fue detenido, azotado públicamente, y enviado a un monasterio.

Nestorio intentó controlar la situación sirviéndose del instrumento habitual de los obispos de la Capital, es decir, convocando el sínodo permanente. Se retiró la facultad de predicar a los que se oponían y se recurrió a métodos expeditivos como el uso del látigo por parte de la autoridad imperial. Pero continuaron surgiendo nuevos motivos. Los monjes apelaron contra el uso de la fuerza al emperador sin resultado alguno. En estos primeros momentos la reacción de Nestorio fue de firmeza y de seguridad en sí mismo. La mayor parte de la ciudad, el clero, el pueblo y, sobre todo, la Corte Imperial permanecían fieles a su obispo. Nestorio parece que no dio importancia a estas primeras muestras de oposición, que representaron sólo los primeros pasos de los acontecimientos que se sucedieron con rapidez vertiginosa. Se había echado a rodar una bola de nieve y resultaba aún imposible prever dónde terminaría.

II.- EL "ESCÁNDALO ECUMÉNICO"

1. La ruptura de hostilidades

Los acontecimientos que se sucedieron desde finales del 429 hasta el concilio de Efeso del 431 nos son bien conocidos, aunque algunos nos resultan difíciles de concatenar en una secuencia cronológica segura. Al final de su vida, en su Apología personal, Nestorio, como ya vimos, se esforzará en poner de manifiesto que él no era quien había iniciado la polémica, sino algunos clérigos de Constantinopla, en una velada alusión a Proclo por su fracaso en su carrera episcopal hacia el trono de Constantinopla: *Cuando ellos escucharon estas palabras (las explicaciones de Nestorio) dijeron: «Nuestra cuestión ha recibido la solución ante la mirada de Dios». Me dejaron tranquilo y entre alabanzas y permanecieron en concordia hasta el día que cayeron en las trampas de aquellos que aspiraban al episcopado*³². Pero los **apocrisarios** o delegados permanentes de Cirilo en Constantinopla seguían de cerca los acontecimientos. El patriarca alejandrino debió de experimentar sospechas hacia Nestorio desde el momento de su elección: al fin y al cabo se trataba de un obispo antioqueno que seguía los pasos de Juan Crisóstomo. Pronto se dio cuenta de que su elocuencia fogosa y agresiva le estaba traicionando y decidió participar de lleno en la polémica ante la reacción desconcertada de Nestorio.

El historiador del dogma Fr. Loofs, el mejor conocedor del pensamiento teológico de Nestorio y que se distinguió a comienzos de este siglo por demostrar la ortodoxia de este pensamiento, vio ya en el origen de toda la controversia la larga mano de Cirilo. Basándose en los argumentos aducidos por Nestorio, opina que la disputa habría quedado zanjada en el ámbito de Constantinopla si Cirilo y sus agen-

32. L.H. 152.

tes no la hubieran utilizado, del mismo modo que Teófilo había sacado a relucir el argumento del origenismo contra Juan Crisóstomo. Una vez más, el viejo espantapájaros de la ortodoxia de sus enemigos fue la excusa utilizada por un obispo alejandrino para atacar y debilitar a su rival de Constantinopla. Y, como en el caso de Teófilo y Crisóstomo, un incidente bastante trivial sirvió de detonante. El incidente consistió en una apelación que algunos clérigos alejandrinos, disidentes con su obispo, hicieron al emperador acusándole de abusos no bien conocidos. Si tenemos en cuenta el autoritarismo con que Cirilo gobernaba su sede episcopal, se comprende que provocase abundantes motivos de queja. Como era normal en estos casos, el emperador dejó el tema en manos del obispo de la Capital, quien convocó un sínodo permanente (**synodos endemousa**) para tratarlo.

Los sínodos permanentes se habían ido convirtiendo en un formidable instrumento de poder para los obispos de Constantinopla. El emperador, que no podía hacer frente a todos los temas eclesiásticos que se le planteaban, se acostumbró a someter éstos al obispo de la Capital quien, de este modo, terminó por convertirse en árbitro entre la Corte, el episcopado y el clero del Imperio, para lo cual acostumbraba a reunir a los obispos residentes para solucionar los problemas planteados. Así el **synodos endemousa** pasó a ser una especie de tribunal eclesiástico permanente y el patriarca de la Capital se encontró en la privilegiada situación de árbitro, junto al emperador, de todos los conflictos eclesiásticos.

La reacción del obispo alejandrino no se hizo esperar y los acontecimientos se precipitaron. Los textos de algunos sermones de Nestorio circularon rápidamente por los ambientes monásticos de Egipto y Cirilo trató de refutarlos con una homilía pascual en el 429. Poco después envió una circular a todos los monjes de Egipto en la que realiza una encendida defensa del theotokos. Sin nombrar a Nestorio, lanza duras acusaciones que coinciden muy sospechosamente con las de sus acusadores de Constantinopla: *Me he visto profundamente turbado al escuchar que corren entre vosotros*

*ciertos rumores destructivos y que circulan ciertas personas que corrompen vuestra fe simple escupiéndolo un montón de palabras absurdas y preguntándose si se debe denominar a la Santa Virgen, Madre de Dios o no... Yo me siento totalmente sorprendido de que haya personas que se planteen la duda de si la Santa Virgen debe ser llamada Madre de Dios o no. Porque si nuestro Señor Jesucristo es Dios ¿cómo la Virgen que lo ha dado a luz no es Madre de Dios?*³³.

Todo parece indicar que esta coincidencia no fue casual. También L. I. Scipioni ha visto bien que la rápida reacción de Cirilo sólo puede explicarse por el intento de reavivar la tradicional rivalidad en la política eclesiástica de ambas Capitales: "Cirilo, que siempre se muestra político habilísimo no puede ignorar la gravedad de su intervención y las graves consecuencias de su toma de posiciones aunque aparezcan todavía bajo el velo del anonimato del autor atacado. El sabe muy bien que copias de esta circular suya a los monjes de Egipto serán puestas en circulación intencionadamente al servicio de intereses particulares y, difundidas por los monasterios en ambientes hostiles al patriarca (de Constantinopla), darán cuerpo y estructura unitarios a los diversos motivos de oposición al obispo local. Ya no se tratará de maniobras de algún obispo frustrado como Proclo, de algún clérigo indisciplinado, de algún monje más proclive a las plazas públicas que a su celda monástica. Ahora, quien se levanta contra Nestorio es el «Papa» de Oriente, el poderoso patriarca de la iglesia-piloto de la cristiandad oriental"³⁴.

Pronto se constató que el celo ortodoxo desplegado con tanta rapidez y contundencia por Cirilo no era tan desinteresado como el propio patriarca intentará hacer ver -se ha podido constatar que en toda su amplia producción teológica y exegética anterior Cirilo sólo había utilizado en una ocasión el término **theotokos**-. Y pronto lo puso de manifiesto, pues envió inmediatamente una carta

33. F. 1, 3 (ACO I, I, 1, 10).

34. L. I. Scipioni, *Nestorio*, p. 96.

amenazadora a su colega de Constantinopla en la que, a su vez, intenta denigrar a los monjes que le habían acusado ante el emperador para privarles de toda autoridad: *Oigo decir que algunos hablan con malicia de la opinión que yo tengo de Tu Piedad, que lo hacen con frecuencia, aprovechando sobre todo como ocasión las asambleas de personas con autoridad* (alusión al **synodos endemousa**). *Piensan seguramente así halagar tus oídos, pero manifiestan intenciones malévolas sin haber sufrido de parte mía ninguna ofensa, sino por el hecho de que les han sido probados diversos crímenes con un justo procedimiento: uno por haber causado daño a los ciegos y a los pobres, otro por haberse servido de la espada contra su madre, otro por haber robado con la ayuda de un esclavo el dinero de otro y por tener una reputación que yo no se la desearía a los peores enemigos*³⁵. Cirilo alude aquí despectivamente, dejándolos en el anonimato, a los monjes alejandrinos que le habían acusado ante la Corte, cuyos nombres dará en una carta posterior: Quereción, Víctor y Sofronas. Seguidamente, y sin que tenga nada que ver con el tema objeto de debate en el sínodo, Cirilo pasa a exponer sus doctrinas cristológicas intentando implícitamente refutar las enseñanzas de Nestorio que sólo hacen escandalizar a la gente.

Al mismo objetivo de amedrentar a su rival obedece otra carta escrita contemporáneamente a los clérigos que le representaban en Constantinopla. Estos le habían comunicado las explicaciones dadas por los portavoces de Nestorio asegurándoles que éste compartía la doctrina de Cirilo en la circular a los monjes, y que lo único que le preocupaba era el equívoco a que podía dar lugar el uso del término **theotokos**. Pero Cirilo hace oídos sordos y concluye la carta en términos cada vez más ofensivos y amenazadores mezclando el tema dogmático con la acusación por los abusos del patriarca: *Id, pues, a aquellos* (las gentes de Nestorio) *y decidles que obran mal al recibir a algunos que hablan y difunden acusaciones*

35. F. 4, 1 (ACO I, I, 1, 25)

contra nosotros y al excusarles y defenderles, porque éstos actúan con malicia. Pero no es ésto lo que nos ofende. Decidles que soy enemigo de quien les manda y que un pensamiento equivocado y perverso sobre Cristo ofende tanto a los obispos orientales como a los occidentales... Nada tiene de extraño que hablen mal de nosotros individuos como Queremón, Víctor, Sofronas, y aquel esclavo del banquero arruinado Flaviano, verdaderas heces de la ciudad: siempre fueron perversos, tanto entre ellos como respecto a los demás. Que sepa aquel que les estimula (alusión a Nestorio) que nosotros nunca tendremos miedo a emprender el viaje y mucho menos a responder a sus acusaciones si es necesario... Que no espere aquel miserable convertirse en nuestro juez, aunque seamos acusados por muchos y dignos de fe. Porque, incluso si nos manda presentarnos ante él, rechazaremos ser juzgados por él y con la ayuda de Dios sabremos aclarar mejor las cosas y cómo será necesario que él mismo sea objeto de acusación por sus blasfemias³⁶.

Como se puede apreciar, desde el primer momento Cirilo hizo públicas sus intenciones y puso de manifiesto su manera de actuar. Ante las acusaciones de que es objeto, reacciona insultando a quien tiene que juzgarlo y amenazándole con sentarle a él en el banquillo. El recuerdo del éxito de su tío Teófilo frente a Juan Crisóstomo pensaba que sería amenaza suficiente para el nuevo obispo de Constantinopla. Pero la desfachatez de Cirilo se convierte en cinismo cuando continúa su carta en estos términos: *Nosotros no somos enemigos de la paz, sino que la deseamos ardientemente, siempre que él anuncie y profese la verdadera fe o, al menos, se abstenga de predicar... Es necesario que le manifestéis mis intenciones y por esto os escribo de nuevo, porque, aunque yo sea pacífico por naturaleza y no sepa lo que es una guerra, deseo, a pesar de ello, la paz de la iglesia...* Termina la carta animando a sus representantes a actuar valientemente ("como hombres") y les tranquiliza asegurán-

36. Cirilo, Ep. 10, (P.G. 77, 64-65).

doles que continuará escribiendo las cartas que crea conveniente y a quien crea conveniente. Alusión, como veremos, a los miembros de la familia imperial.

Nestorio dará su versión de los acontecimientos en el Libro de Heráclidas. Por una parte se quejará amargamente de la forma de actuar de Cirilo: *¿Por qué, pues, para comenzar no me escribiste una carta amistosa para ponerme al corriente de la agitación (causada por mí), de los motivos de tal turbación y sobre el modo de ponerla fin, así, de amigo a amigo, de obispo a obispo, de hermano a hermano, o, sin más, la razón del escándalo de la iglesia, bien que tú estuvieses convencido de que las doctrinas divulgadas eran las mías, bien que tú no lo supieses y quisieses darme la advertencia en descargo para tu alma de la blasfemia del pecado, ● para aconsejarme lo que convenía hacer? Por el contrario, tus cartas contra mí fueron difundidas en Alejandría y perturbaron a los monjes y llegaron incluso a Constantinopla. Llenaste de rumores contra mí todas las iglesias y todos los monasterios hasta el punto de que incluso los más insensibles se vieron turbados. ¿Y querías que yo no me sintiese afectado en absoluto?* Pero, al mismo tiempo, pondrá de manifiesto que Cirilo se sentía ya ofendido desde antes porque pensaba que Nestorio no había prestado suficiente apoyo a sus **apocrisarios** en la Capital, lo que habría estimulado a los monjes enfrentados con él a presentar sus acusaciones ante la Corte. Nestorio recuerda también la actitud de los delegados del patriarca, y pone de manifiesto la prepotencia con que éstos actuaban en Constantinopla y las amenazas con que intentaron amedrentarle. Esta habría sido la reacción de los **apocrisarios** ante la convocatoria del sínodo para juzgar las acusaciones contra Cirilo: *¿Cómo? ¿Tú aceptas como verdadera cualquier acusación que sea lanzada contra el patriarca de Alejandría, en vez de condenar inmediatamente como calumniadores y sin siquiera escucharles a los acusadores?...*

*Tu interés consiste en conservarlo (a Cirilo) como buen amigo y no convertir en enemigo a él que es famoso por su grandeza y reconocido entre los poderosos*³⁸.

Pero, si arrogante fue la postura de los emisarios alejandrinos, la respuesta de Nestorio pone de manifiesto la soberbia de que le acusaron algunos de sus contemporáneos como Sócrates: *Yo no tengo necesidad, respondió, de una amistad que me convertiría en culpable de maldad, sino sólo de aquella que realiza las obras de Dios sin favoritismos*. La respuesta de los emisarios fue escueta: *Se lo contaremos al patriarca*. Nestorio termina la evocación de estos hechos con este comentario: *Desde aquel momento él fue mi enemigo sin posibilidad de reconciliación y dispuesto a todo. El buscó pronto un motivo de enemistad con el fin de poderme rechazar (como juez) en cuanto enemigo suyo, comenzó a usar el engaño, como era su costumbre, contra los acusadores y a desviar la atención de las acusaciones lanzadas contra él*³⁹.

La presentación que hace Nestorio de la forma como se desarrollaron los hechos es de una lucidez y de un realismo que induce a prestarle credibilidad. Es evidente que Cirilo tenía presente los enfrentamientos entre Juan Crisóstomo y Teófilo de los que él había sido testigo, pues le había acompañado en el sínodo de la Encina y el precedente de Teófilo le señaló las pautas a seguir. Además, la locuacidad e indiscreción de Nestorio ponía en manos de Cirilo las armas adecuadas para encubrir los asuntos disciplinarios bajo el espantapájaros de los temas dogmáticos. La contraofensiva en el plano dogmático permitirá a Cirilo sacar el máximo provecho de su acción diplomática y la manipulación política en los ambientes de Constantinopla en el que los obispos alejandrinos sabían moverse como nadie. A partir de este momento,

38. L.H. 153-154.

39. Ibid.

Cirilo y sus representantes en Constantinopla comenzarán una actividad frenética que culminará en el concilio de Efeso.

Un buen ejemplo de cómo Cirilo sabía manipular a los hombres y aprovecharse sin escrúpulos de sus debilidades nos lo ofrece el caso del monje Víctor. El paralelismo entre su caso y el de los «Hermanos Largos» en el enfrentamiento de Juan Crisóstomo con Teófilo es sorprendente. Víctor, de quien hemos visto los términos despectivos en que se expresa Cirilo sobre él, será pronto reconvertido y ganado a la causa ciriliana y en Efeso se convertirá en uno de los más firmes apoyos del obispo alejandrino.

Este caso pone, además, de manifiesto hasta dónde podía llegar el cinismo del obispo egipcio y su capacidad de tergiversar los hechos al servicio de sus intereses. En un discurso apologético que dirigirá al emperador una vez finalizado el concilio, no sólo negará que Víctor hubiese estado nunca enfrentado con él, sino que declara sin inmutarse que todo había sido una calumnia de Nestorio y sus secuaces: *El bien amado monje Víctor ha sido víctima conmigo de los dardos de su lengua desenfrenada. En efecto, algunos de aquellos que tienen por norma mentir habían expandido el rumor de que también él se había lanzado a habladurías desconsideradas contra mí, hasta el punto de que cuando vino hacia mí en Efeso, algunos miembros del Santo concilio le acusaron duramente, o más bien, incluso le rechazaron todos, cogiéndole odio como si se tratase de un impío. No cesaron de llamarle patricida, fratricida y de dirigirle otras injurias por el estilo. Cuando lo escuchó él, el anciano, en un momento en que un gran número de santos obispos le rodeaban, levantando las manos hacia el cielo, juró, en contra de su costumbre, por los santos evangelios y los augustos misterios de Cristo, que él no tenía conciencia de ninguno de estos crímenes y, de esta forma, él y yo pudimos apaciguar los ánimos de estos hombres airados. A pesar de que muchos de aquellos que querían lanzar calumnias, o más bien que eran empujados a ello por los secuaces de Nestorio, se hayan encarnizado contra él y le hayan*

*cubierto de injurias, han bastado para ayudarle la gracia del Salvador y el odio que Vuestra Piedad (el emperador) profesa a los malvados. Pues Vosotros le habéis sacado del horno ardiente y Vosotros le habéis salvado por Vuestra muy dulce voluntad con el fin de que con todos los otros santos, obispos y monjes en toda Vuestra tierra de Egipto, nosotros elevemos himnos de reconocimiento por Vuestro poder y Vuestra Perpetua Piedad hacia el muy santo Cristo*⁴⁰. Se comprende, pues, que conociendo la capacidad de mentir que tenía Cirilo, el historiador moderno se incline a prestar muy poca credibilidad a sus versiones de los acontecimientos.

La carta de Cirilo a Nestorio tomó la forma de un ultimátum con que emplazaba a éste a aceptar sus doctrinas cristológicas. El tono de la carta excluye cualquier concesión en materia doctrinal y manifiesta una clara intención de provocar la ruptura abierta. La historia posterior de la polémica pondrá de manifiesto que cualquier intento de aclaración que realice Nestorio es rechazado por principio. Cualquier observador imparcial de los hechos se ve obligado a reconocer la enorme responsabilidad, por no hablar de culpabilidad, que tuvo Cirilo con su prepotencia en el drama que experimentará en los años sucesivos la Iglesia. El debate teológico fue la excusa, la lucha por la primacía en el cristianismo de Oriente constituye la explicación última. Como ha puesto de manifiesto Scipioni, "las exigencias políticas y el mal temperamento predominaron en la carta de Cirilo sobre cualquier consideración de prudencia, que un amor auténtico por el destino de la ortodoxia habría debido sugerir. Tanta perentoriedad en la expresiones revela el deseo de imponerse; y ésto, en un momento en que la multiplicidad de formas y acentos que el debate estaba asumiendo en todos los labios habría debido aconsejar una objetiva reflexión

40. F. 118, 30 (ACO I, I, 3, 90). El tema ha sido estudiado en profundidad por E. Schwartz, *Cyrril und der Mönch Viktor*, que ve en este incidente la clave para comprender el enfrentamiento de Cirilo con Nestorio.

sobre los componentes que en la controversia ocupaban los equívocos y malentendidos debido a la diversidad de lenguajes, de cultura, de perspectivas, para las que habría sido necesario sobre todo buscar un punto de encuentro"⁴¹.

La carta de Cirilo fue una provocación y un acto de violencia dogmática. Pero el error de Nestorio consistió en caer en la provocación. Su orgullo personal, y la convicción de que el puesto institucional que ocupaba como obispo de la Nueva Roma no le permitía someterse a los dictados de Alejandría, le llevaron a aceptar el reto de Cirilo y a enfrentarse abiertamente con él. La evolución posterior de los acontecimientos debe explicarse, pues, tanto por los presupuestos políticos como por los contextos sociológicos en que se desarrolló el enfrentamiento.

2. La intervención de la Corte y de Roma

El desarrollo posterior del conflicto se produjo en dos frentes paralelos pero inseparables: las disputas dogmáticas y la búsqueda de apoyos sociales y políticos por cada uno de los bandos. Desde el punto de vista teológico, a partir del 430, tanto Cirilo como Nestorio desplegaron una actividad literaria febril. Si Cirilo intenta fundamentalmente afirmar sus posturas doctrinales, Nestorio se esfuerza por ofrecer aclaraciones. Pero en vano. Cirilo ya tenía claro que su objetivo era acabar con Nestorio y el desarrollo de la polémica se asemeja a un diálogo de sordos. En sus respuestas a Cirilo, Nestorio intenta poner de manifiesto las calumnias que con aviesas intenciones, le lanzaba Cirilo atribuyendo a sus predicaciones una serie de afirmaciones cristológicas que eran falsas. Por su parte Cirilo se esfuerza, recurriendo a los medios más sectarios, en poner de manifiesto el pensamiento heterodoxo de quien ya es su rival declarado.

41. *Nestorio*, p. 110.

Su obra más importante de esta época es un voluminoso tratado polémico titulado **Adversus Nestorii blasphemias contradictio-num libri V**⁴². Cirilo selecciona a su gusto, siguiendo un método muy corriente en este tipo de obras en la Antigüedad, textos y afirmaciones aisladas de Nestorio a las que va sometiendo a una crítica despiadada. El resultado fue el esperado: la opinión expresada aquí por Cirilo del pensamiento teológico de Nestorio logró imponerse entre los enemigos de éste y se perpetuó como verdad indiscutible en la tradición eclesiástica de los siglos posteriores. Sin embargo, el examen atento de los escasos escritos de Nestorio pone de manifiesto lo sectario, injusto y aberrante de la imagen de Nestorio que Cirilo logró imponer y que, como tal, pasó a la historia.

Cirilo conocía bien los mecanismos de la propaganda y no se contentó con difundir sus ideas y sus ataques a Nestorio entre un público heterogéneo. Sabía que Nestorio contaba con el apoyo decisivo de la Corte y trató también de atraerse a ésta a su bando, conociendo los sentimientos que las cuestiones dogmáticas provocaban entre los piadosos miembros de la familia imperial. Con este objetivo dirigió tres tratados diferentes, uno al propio emperador Teodosio II⁴³, otro a las dos Augustas -la esposa Eudocia y a la hermana del emperador Pulqueria⁴⁴ -, y un tercero a las hermanas menores del emperador, Arcadia y Marina⁴⁵. En su tratado al emperador, Cirilo, con un estilo cortesano, manifiesta que el objetivo de su escrito es ayudarle a cumplir con sus deberes en el gobierno del Imperio y exponerle los principios de su fe ortodoxa y católica. La mayor parte del tratado es una descripción de todas las herejías cristológicas y sólo en la última parte entra a tratar el dualismo cristológico de Nestorio, y a exponer de forma clara y sistemática su propio pensamiento personal. Pero consciente de la estima de que

42. ACO I, I, 6, 13-106.

43. ACO I, I, 1, 42-72.

44. ACO I, I, 5, 26-61.

45. ACO I, I, 5, 62-118.

Nestorio gozaba ante la Corte, evita diplomáticamente mencionar su nombre.

Pero Cirilo cometió un grave error al enviar estos tratados a la familia imperial. No sólo no se atrajo su apoyo, sino que ahondó aún más la enemistad que ya existía. La contestación que el emperador le enviará es de una dureza ilimitada y pone bien de manifiesto que había comprendido cuáles eran las intenciones que se escondían detrás de las maniobras del obispo alejandrino. El emperador le acusa de haber sido él quien ha provocado los desórdenes y las discordias en el seno de las iglesias por su "audacia impetuosa" que le ha llevado a entablar disputas arrogantes de términos más que una investigación escrupulosa de la doctrina de la fe, y que su forma de actuar se corresponde más con la astucia y la desvergüenza que con la simplicidad. Seguidamente el emperador le reprocha el intento de provocar divisiones dentro de la familia imperial y desenmascara el doble juego de Cirilo al servirse de términos diferentes según quién es el destinatario. Este es uno de los párrafos más significativos:

Sabe que tú has perturbado todo como no habrías debido hacerlo, y que no hay nada de extraño en que, quien ha abandonado la medida, no se detenga en sus tentativas contra las iglesias y sus colegas en el sacerdocio, si no que incluso ha pensado, respecto a Nosotros mismos, algo indigno de Nuestra Piedad. ¿Qué motivo hay, si no, para que tú hayas escrito unas cosas a Nosotros y a la muy piadosa Augusta Eudocia, mi esposa, y otras cosas distintas a mi hermana la muy piadosa Augusta Pulqueria? Ciertamente, mediante estas cartas de Tu Piedad tú querías provocar disensiones entre nosotros • bien esperabas conseguirlo. Si ésto hubiese ocurrido, si ésto hubiese pasado, es del todo reprochable que alguien que está separado de Nosotros por una distancia tan larga se inmiscuya de una manera indiscreta en nuestros asuntos. Y si no hubiese sucedido, el desear que sucediese es propio de cualquiera menos de un sacerdote. •bedece a los mismos impulsos, a los mismos desig-

*nios querer incitar una discusión entre las cosas de la iglesia y entre las cosas de los emperadores como si no hubiese otro medio para lograr reputación*⁴⁶.

El emperador y su círculo, que seguían el tema de cerca, comprendieron muy bien desde el principio las aviesas intenciones del patriarca de Alejandría. Pero Cirilo no era una persona que se dejase abatir ante el primer contratiempo. Si la máxima autoridad política le volvía las espaldas, debía intentar el apoyo de la máxima autoridad religiosa de Occidente, el Papa. De esta forma el asunto de Nestorio comienza a convertirse por obra exclusivamente de Cirilo en un **escándalo ecuménico**, denominación que él mismo le dará en numerosas ocasiones. En la primavera del 430 se dirige al Papa Celestino para lograr la condena de Nestorio por éste. La carta de Cirilo a Celestino es otra muestra más de cinismo. Manifiesta que, muy contra su voluntad, se ve obligado a abandonar el silencio a que le induce su amor por la tranquilidad y lo rompe sólo llevado de las preocupaciones pastorales. Declara descaradamente que hasta ahora ha mantenido silencio con todos para evitar cualquier precipitación en temas doctrinales, y para evitar desórdenes. Pero ahora se ve obligado a hablar porque Satanás se ha poseionado del patriarca de Constantinopla. La versión de los acontecimientos sucedidos en Constantinopla es totalmente tendenciosa, y la denuncia que hace contra él es vaga limitándose a señalar que Nestorio rechaza el **theotokos**, aunque reconoce que no lo dice él mismo, sino a través de otras personas, y pretende convencer al Papa de que toda la ciudad de Constantinopla y muchos obispos están escandalizados y enfrentados con Nestorio. Seleccionamos algunos pasajes de la larga carta de Cirilo⁴⁷.

Desde que fue nombrado obispo, en vez de hacer exhortaciones piadosas al pueblo de Constantinopla, a los súbditos y extranje-

46. F. 8 (ACO I, I, 1, 73-74).

47. F. 144 (ACO I, I, 5, 10-12).

ros que se encuentran siempre en gran número en la ciudad, se dedicó a predicar doctrinas absurdas, irracionales y muy alejadas de la fe apostólica y evangélica que nuestros mayores han conservado siempre con cuidado y nos han transmitido como joyas preciosas. Yo pensaba advertirle con cartas sinodales que no podía mantener en mi comunión a nadie que defendía y enseñaba tales doctrinas. Sin embargo, considerando preferible tenderle la mano en su caída y levantarlo, porque era mi hermano, he querido esperar hasta ahora.... Narra a continuación la anécdota del obispo Doroteo cuando por vez primera predicó en presencia de Nestorio contra el término **theotokos** y describe así la reacción del público que escuchaba: *Inmediatamente el pueblo lanzó grandes gritos y se marchó de la iglesia, no queriendo vivir más tiempo en comunión con un hombre que enseñaba tales doctrinas. Después de esto, nadie en Constantinopla, tanto del pueblo como de los monjes y magistrados, a excepción de algún desgraciado adulador fiel, quiere participar con él en el sagrado banquete, ni siquiera aquellos que él se ha traído consigo de Antioquía, que están corrompidos como él, porque todos ven en él un peligro a la verdadera fe.* Seguidamente, recuerda Cirilo sus primeras intervenciones contra Nestorio con su circular a los monjes de Egipto y la reacción que el conocimiento de ésta provocó en Constantinopla: *Esta carta, una vez llevada a Constantinopla y conocida, ha producido un bien incalculable, por lo que muchos magistrados me han escrito para darme las gracias. Y ha sido esta carta lo que ha irritado más a Nestorio contra mí hasta el punto de que ahora me persigue como enemigo declarado...* Pone después de manifiesto que hay que tomar medidas para hacer frente a este escándalo y a esta plaga para frenar su expansión, pero manifiesta, "humildemente", que no quiere llegar a la ruptura sin el consentimiento del propio Celestino: *Estando así las cosas, nosotros no nos hemos atrevido a separarlo de nuestra comunión antes de haberlo comunicado a Vuestra Santidad. Ten, pues, la bondad de darnos a conocer lo que piensas al respecto, para saber con precisión si debemos seguir comulgando*

aún con él, o si debemos decirle claramente que nadie puede comulgar con quien mantiene y predica una doctrina tan errónea... Termina Cirilo su carta indicándole al papa que le envía como anexo una relación, traducida al latín, de escritos de Nestorio en los que se manifiesta bien el pensamiento de éste para que Celestino tenga conocimiento de su doctrina.

Es fácil imaginar los criterios con que fue hecha esta selección, si se tiene en cuenta que para Cirilo toda la doctrina teológica de Nestorio se reducía al hecho de que se oponía al uso del título de **theotokos** de lo que deducía que negaba la divinidad de Cristo. El biógrafo tardío de Nestorio comprendió bien la importancia que tuvo esta carta a Celestino cuando recuerda: *El impío Cirilo se dedicó a falsear los escritos y las homilias que el bienaventurado había hecho. En todos los lugares donde encontraba en sus enseñanzas «Dios y hombre», suprimía la palabra «Dios» y ponía la palabra «hombre», con el fin de poderle así acusar de tener las mismas ideas que Pablo de Samosata. Escribió una carta a Celestino, obispo de Roma, y le envió las homilias que él había falseado diciendo: «Nestorio afirma, como Pablo de Samosata, que Nuestro Señor el Cristo es un hombre ordinario»⁴⁸.*

No deja de sorprender la pobreza y simplicidad de los razonamientos de Cirilo en esta carta que contrastan con el alto nivel doctrinal de otros escritos en que se enfrenta con Nestorio. Se limita a poner de relieve la polémica de Nestorio sobre el **theotokos** ignorando que éste era un tema marginal en su pensamiento. Pero Cirilo hábilmente trata de impresionar, como si no tuviese en demasiada consideración el nivel cultural de los círculos romanos. Su raciocinio se reduce a esto: *Cristo es Dios, así pues, la Virgen que lo ha parido es Madre de Dios. Sólo Nestorio niega esto, por lo que ha blasfemado contra Cristo.* Al propio tiempo, Cirilo envió a Roma a un legado suyo, Posidonio, con instrucciones precisas sobre la

48. *La légende siriaque de Nestorius*, pp. 19-20.

conducta que debía seguir en Roma. El tono de las instrucciones es de una dureza tremenda: aunque las acusaciones son vagas y simplificadoras del pensamiento de Nestorio, la condena no debe tener atenuante alguno.

La apelación de Cirilo a Roma obedecía al objetivo concreto de obstaculizar cualquier posible acercamiento entre los obispos de Roma y Constantinopla. Nestorio se había dirigido poco antes a Celestino por una circunstancia muy concreta. Después de la condena por el papa Zósimo del pelagianismo, algunos obispos italianos depuestos de sus sedes se habían trasladado a Constantinopla en busca de la protección del emperador y del obispo de la Capital. Su presencia puso en una situación embarazosa a ambos. Nestorio se dirigió al papa pidiéndole aclaraciones sobre la herejía pelagiana y aprovechó la ocasión para exponerle su visión de la polémica sobre el **theotokos**. Ni ésta, ni otras cartas posteriores de Nestorio al papa obtuvieron respuesta alguna. Cuando después el papa pronuncie la condena de Nestorio dará la sorprendente explicación de que no había podido leerlas antes por no disponer de traductores del griego⁴⁹. Aunque pueda parecer una excusa, pone de manifiesto una realidad cultural muy grave, que cada vez era mayor la incomunicación entre Oriente y Occidente; y esta incapacidad de comunicación explica el alejamiento cada vez mayor entre las dos Partes del Imperio, hecho que tendrá una enorme trascendencia para la historia posterior. Por ello, es más de admirar la perspicacia diplomática de Cirilo cuando le envió a Celestino, traducidos al latín, los pasajes que había seleccionado de las obras de Nestorio y despachó como legado a una persona como Posidonio que conocía ambas lenguas.

Esta falta de comunicación entre Roma y Constantinopla explica en gran medida el desarrollo ulterior de los acontecimientos. A Roma llegaban rumores de viajeros y otros mensajeros sobre

49. F. 10, 3 (ACO I, I, 1, 77).

la situación religiosa de Constantinopla y la presencia de los obispos pelagianos debió de causar nerviosismo y desconfianza en los ambientes papales. Ello podría explicar el sorprendente hecho de que para tener información sobre la Capital de Oriente el papa se dirigiese, no al propio obispo de la ciudad, sino a su enemigo tradicional de Alejandría, con lo que ofreció a Cirilo una oportunidad inesperada para maniobrar entre el clero de Constantinopla y poner entre las cuerdas a Nestorio. Se explica así bien el tono altanero con que Cirilo trató a Nestorio en la carta que le dirigió para responder a las quejas de éste por la circular que había enviado a los monjes de Egipto: *¿Qué debo yo hacer ahora que el Muy Reverendo y Muy Piadoso obispo de los romanos, Celestino, y los muy piadosos obispos de su entorno me envían un mensaje acerca de los papeles que han sido llevados allí, yo no sé cómo, preguntándome si han sido escritos por Tu Piedad? Ellos me escriben como si estuviesen muy escandalizados. ¿Y cómo calmaré yo a todos los que vienen a mí de todas las iglesias de Oriente y murmuran contra estos papeles? ¿O, acaso piensa Tu Piedad que no han provocado un gran tumulto tales sermones? Nosotros estamos todos angustiados y en pena intentando volver a la verdad a aquellos que han sido arrastrados, yo no sé cómo, a estas doctrinas heréticas. Y puesto que es Tu Piedad la que ha llevado a todos a la necesidad de murmurar, ¿cómo es que tiene ella el derecho a acusar? ¿Por qué clama ella (Tu Piedad) equivocadamente contra mí, en vez de corregir su discurso para poner fin al escándalo ecuménico?*⁵⁰. Por primera vez se sirve aquí Cirilo de la altisonante expresión **escándalo ecuménico** o **universal** que manejará después constantemente.

Se advierte muy bien la manipulación de los hechos por parte del obispo alejandrino: en Roma se ignora el contenido de los escritos de Nestorio porque no tienen traductor de griego, pero para Cirilo estos escritos han sido ya execrados y han escandali-

50. F. 2, 3 (ACO I, I, 1, 23).

zado a todo el mundo. La imprudencia de Roma situó a Cirilo como árbitro de los asuntos de Oriente. Por ello, cuando consideró llegado el momento de lanzar su ofensiva contra Nestorio puede presentarse como el hombre prudente, amante de la tranquilidad, que se ve obligado contra su voluntad, a intervenir en un tema que le resulta desagradable.

La ascendencia ante Roma de los planteamientos de Cirilo se vio favorecida por el informe que emitió Juan Cassiano. Este era un monje que estaba recluido en un monasterio de Marsella y que había vivido varios años en Oriente. El archidiacono León, futuro papa, pensó en él como la persona que podría traducir los documentos que Nestorio había enviado a Roma. Se le envió a Marsella el amplio dossier que obraba en poder de la curia, no sólo los escritos de Nestorio, sino también los de Cirilo, para que hiciese, no simplemente una traducción, sino un informe para refutar los errores que en Roma ya se pensaba que contenía la doctrina de Nestorio. Así pues, Roma actuó con prejuicios que Cassiano no hizo sino confirmar. Su informe, de una gran ligereza, no sólo ratificó las acusaciones de Cirilo, sino que atribuyó a Nestorio otras aberraciones doctrinales que resulta difícil pensar cómo las pudo deducir Cassiano. Acusa a Nestorio de no creer en la divinidad de Cristo y de hacer de éste un simple hombre elevado a la dignidad divina por sus méritos y su pasión después de haber recibido el bautismo. Todo lo contrario de lo que Nestorio afirmaba en sus obras. Así pues, todas las circunstancias concurrieron para complicar la cuestión nestoriana en la curia romana. Los occidentales fueron incapaces de comprender a Nestorio e hicieron de él un hereje adopcionista. En el verano del 430 el papa Celestino convocó un sínodo romano que condenó a Nestorio en los términos que deseaba Cirilo.

3. La intervención de Antioquía

Después de este concilio romano, Celestino envió una serie de cartas a Cirilo, a Nestorio, a los clérigos y al pueblo de Constantinopla, y al obispo Juan de Antioquía haciendo pública la condena de Nestorio⁵¹. Esto era seguramente mucho más de lo que Cirilo había esperado. Roma, que era la que menos conocimiento tenía del tema, se adelantó a todos los obispos y al propio concilio ecuménico que ya pensaba convocar el emperador, emitiendo una condena solemne y formal de las doctrinas de Nestorio. Las consecuencias de esta actitud imprudente y precipitada de la Sede Romana son fáciles de valorar. Para una parte de la cristiandad el destino del obispo de Constantinopla estaba ya decidido y Cirilo encontró un aliado inesperado en su lucha por el poder contra Constantinopla. La carta de Celestino a Nestorio es de una dureza, simplicidad y falta de diplomacia increíbles.

Es la primera respuesta que Nestorio recibe a los escritos que había enviado un año antes, y Celestino, no sólo acepta en su totalidad las acusaciones de Cirilo, sino que trata a Nestorio como peste de la que hay que huir y se lamenta de las felicitaciones que le había dirigido con motivo de su elección episcopal: *Tú has vivido antes dejando un tal renombre que todas las ciudades extranjeras eran envidiosas de tí. Pero ahora te has hecho tal que se debe huir de tí con un horror tal que los dependientes vean en los otros cómo ellos se han liberado de tí*. Después el papa reconoce, sin inmutarse, que no ha respondido antes a sus cartas y escritos por falta de intérpretes, pero que esta falta de información fue colmada por la que le envió Cirilo a través de Posidonio y, una vez traducidos los escritos del propio Nestorio, ha podido comprobar que éstos coin-

51. F. 9 (ACO I, I, 1, 83-90): a Cirilo; F. 10 (ACO I, I, 1, 77-83): a Nestorio; F. 11 (ACO I, I, 1, 83-90): al clero y fieles de Constantinopla; F. 12 (ACO I, I, 1, 90-91): a Juan de Antioquía.

ciden con los informes de Cirilo en el sentido de que estaban plagados de *blasfemias*. Se lamenta el papa de que Nestorio haya perseguido a los clérigos que discutían con él y que no supiese que los clérigos pelagianos refugiados en Constantinopla habían sido objeto de una condena formal por parte de Roma. Concluye Celestino su carta conminando a Nestorio a que en el plazo de diez días después de recibir su carta se retracte públicamente de sus errores adhiriéndose a las doctrinas de Roma y Alejandría, so pena de ser separado de la comunión eclesiástica: *Sabe, pues, que nuestra sentencia es abiertamente que, si en lo tocante a Dios nuestro Cristo tú no predicas las doctrinas que mantienen la iglesia de Roma, la de Alejandría y toda la iglesia Católica, del mismo modo que la iglesia de Constantinopla las ha mantenido perfectamente antes de tí, y si tú no anatematizas mediante una confesión manifiesta y escrita esta innovación increíble, que intenta separar lo que la Sagrada Escritura ha unido, en el espacio de diez días contados a partir de esta admonición, tú estás separado de la comunión de la Iglesia Católica*. Termina la carta con una postdata en la que le comunica que ha convertido al obispo de Alejandría en su legado y representante para todo lo que concierne a este asunto.

Si la actitud de Roma y la carta de Celestino a Nestorio contradice las más elementales normas de procedimiento eclesiástico y de diplomacia entre obispos, pues condena a Nestorio sin haberle escuchado ni dado ocasión de defenderse, la carta que dirigió al pueblo y al clero de Constantinopla es la culminación de esta intromisión del obispo de Roma en la vida interna de la iglesia de Constantinopla. Comienza con una declaración manifiesta de la impiedad de Nestorio: *El obispo Nestorio ha, en efecto, predicado cosas impías sobre el nacimiento virginal y la divinidad de nuestro Dios y Salvador, Cristo, y, como si hubiese olvidado la reverencia debida a Cristo y a la salvación común de todos, predica cosas nefandas como la carta que él nos ha enviado con su firma y como el informe que me ha enviado mi santo hermano y colega en el episcopado Cirilo, por medio de mi hijo Posidonio diácono, han puesto de manifiesto. Des-*

pués de haber leído todo esto, hemos descubierto que su perversión es muy grande y que hay que huir de su predicación impía. En efecto, él separa en Cristo la naturaleza humana y la naturaleza divina, asignándole ahora la condición de simple hombre, ahora una asociación con Dios. Sigue una serie de disposiciones en que recuerda la antigua condena de Pablo de Samosata por haber provocado discusiones impías similares. Después se dirige directamente a los clérigos de Constantinopla excusándose por lo insólito del procedimiento que ha seguido: Alguno dirá posiblemente que no se ha observado el procedimiento. Nosotros hubiéramos querido también, como exige la jerarquía, dirigirnos primeramente a vosotros. Pero ha primado en nosotros la preocupación por el conjunto del pueblo, a todo el cual deseamos salvar. Después de esta excusa, que nada justifica, felicita a aquellos que, según sabe por los informes de Cirilo, han tenido la valentía de hacer frente a las represalias de Nestorio contra ellos por fidelidad a Cristo y declara nulas todas las sanciones impuestas contra ellos por su obispo. Como si esto no supusiese suficiente intromisión, les declara que ha hecho a Cirilo representante suyo para resolver el asunto según las disposiciones de Roma. Termina la carta con el anexo de la sentencia pronunciada contra Nestorio conminándole a abjurar de sus errores en diez días.

Este mandamiento al obispo alejandrino, convirtiéndole en legado del papa en Oriente, se desarrolla con todo detalle en la carta enviada a éste. Cirilo no sólo es ensalzado por su celo para poner freno a la impía herejía, sino que deberá hacer las veces del obispo de Roma para ejecutar la sentencia de éste contra Nestorio: *Es por ello, que habiéndote sido asignada la autoridad de nuestro trono, sirviéndote de nuestra autoridad, tú ejecutarás con escrupulosa severidad esta sentencia* (la retractación en el plazo de diez días)... *Y si él no lo hace, que inmediatamente Tu Santidad se haga cargo de esta iglesia y sabe que él debe ser totalmente expulsado de nuestro cuerpo, él que no ha querido aceptar el tratamiento de los médicos y que, como enfermo pestífero, se ha visto empujado a su propia perdición y a la de los fieles a él confiados.*

Al final de su carta, el papa señala que ha sido escrita otra igual a los obispos Juan de Antioquía, Rufo de Tesalónica, Juvenal de Jerusalén y Flaviano de Filipos. De éstas sólo se nos ha conservado la dirigida a Juan de Antioquía y pone de manifiesto la falacia y el doble lenguaje de que se sirvió la curia romana en este asunto, pues la carta a Juan no es la misma que la dirigida a Cirilo, como declaraba al final de ésta, sino que difiere profundamente en el tono y en el contenido. El portador de la carta es también Posidonio, convertido en correo papal para Oriente. El papa conoce bien los viejos celos que existían entre las iglesias de Antioquía y Alejandría y no hace ninguna alusión a que el ultimátum contra Nestorio lo ha decidido en base a los informes de Cirilo, sino únicamente en base a las cartas y a los escritos enviados por el propio Nestorio y a *la angustia extrema de los fieles*. Es evidente que no quería provocar la susceptibilidad de Juan, de quien el papa debía desconfiar por el origen antioqueno de Nestorio, por la amistad entre ambos y por la pertenencia a la misma escuela teológica. Pero, al mismo tiempo, comete la imprudencia de establecer, una vez más, que la verdadera fe es la que mantiene la iglesia de Roma, la de Alejandría y toda la Iglesia Católica, y que Cirilo *es escrupuloso defensor de la fe católica*. Ninguna alusión a la iglesia de Antioquía. Posiblemente Celestino sospechaba que el propio Juan compartía las ideas de Nestorio. A lo largo de sus cartas contra Nestorio, Celestino alude una y otra vez al precedente de Pablo de Samosata, obispo de Antioquía en el siglo III. Nestorio no haría sino renovar los errores de Pablo y en esta insistencia parece ocultarse la sospecha de que la escuela teológica antioquena perpetuaba la infamia de no admitir la plena divinidad de Cristo.

La lectura de estas cartas en que se manifiesta la postura del papa Celestino no deja de provocar perplejidad en el historiador moderno. La historia más reciente de las relaciones entre Roma y Alejandría había estado marcada no sólo por la desconfianza, sino por la ruptura, provocada por el "affaire" de Juan Crisóstomo. El papa Inocencio había apoyado abierta y decididamente a Juan

frente a Teófilo y parecía que la vieja alianza entre Roma y Alejandría había quedado rota y que los papas habían asumido de algún modo la promoción de la sede de Constantinopla en cuanto "Nueva Roma" de Oriente. Pero, de pronto, este entramado de política eclesiástica se vino abajo. La curia romana, bajo la dirección de Celestino, parece ignorar la historia reciente y querer volver a un estado de cosas ya superado que imponía el restablecimiento de la alianza estrecha entre Roma y Alejandría y la ignorancia de la realidad emergente de Constantinopla. Todo parece indicar que este giro de la política romana hay que explicarlo como un éxito de la diplomacia de Cirilo. El obispo alejandrino no sólo tuvo la perspicacia de adelantarse a Nestorio enviando a Roma una traducción latina de los textos nestorianos manipulados por él, sino que el hecho mismo de recurrir a Roma debió ser considerado en los ambientes eclesiásticos de la vieja Capital como un reconocimiento indiscutido de su primacía sobre la iglesia universal. La fingida humildad con que Cirilo se expresa en su carta, cuando dice que no se ha atrevido a dar ningún paso en este asunto antes de que Roma le de su aval y consentimiento, produjo sus frutos. La labor sorda de propaganda que el diácono Posidonio debió de desarrollar en Roma previniendo a los círculos curiales contra las ambiciones de la sede de Constantinopla debió de hacer el resto.

La actitud de Celestino frente a Constantinopla puede explicarse como un renacer de la oposición a las ambiciones de sus obispos para ocupar en Oriente el puesto que Roma ocupaba en Occidente. Pero, aún así, sorprende la irregularidad del procedimiento canónico seguido por Roma contra Nestorio que no tenía precedentes en la historia de la Iglesia. Algunos autores modernos han tratado de justificarlo como un procedimiento de urgencia, pero ello significa sólo ratificar la postura y las explicaciones en absoluto convincentes del propio Celestino. Además, esto no justifica ni explica los poderes absolutos que Roma concedió desde el primer momento a Cirilo delegando en él como representante suyo para todo Oriente y, en especial, el poner a la sede de Constantino-

pla, bajo su total control. Esta delegación de poderes, no sólo no tenía ninguna base jurídica, sino que chocaba con los más elementales principios de la diplomacia. Todo parece indicar, pues, que la postura de Roma obedecía a una clara opción política que perseguía humillar profundamente a la Capital de Oriente y ponerla en manos de las ambiciones de poder de Cirilo.

Pero la diplomacia romana falló estrepitosamente. Roma no calculó adecuadamente el poder y las ambiciones del obispo alejandrino y le hizo a éste, involuntariamente sin duda, todo el trabajo sucio. Tampoco fue capaz de comprender el alcance del problema nestoriano y, de hecho, la única intervención que tendrán los legados papales en el concilio de Efeso será para proclamar públicamente la primacía de la sede de Roma. Esta ligereza con que actuó la curia romana determinó que después los acontecimientos se desarrollasen siguiendo cauces que no habían previsto y cuyas consecuencias todavía hoy están vigentes.

Evidentemente Cirilo sabía muy bien que los obispos orientales no eran tan ingenuos como el de Roma, pues conocían mucho mejor la predicación y el pensamiento teológico de Nestorio. A pesar de ello, el obispo alejandrino no renuncia al intento de atraérselos a su causa y, con el apoyo que para él representaba el verse convertido en representante del papa para Oriente y ejecutor de la condena de Nestorio por el sínodo romano, despliega una actividad incesante para atraerse a su causa a los principales líderes de las iglesias de Oriente. De esta actividad propagandística de Cirilo se nos han conservado las cartas que escribió, para darles a conocer los acuerdos de Roma, a Juan de Antioquía, Juvenal de Jerusalén y Acacio de Berea⁵². Si la diplomacia no era la principal cualidad del papa Celestino y de sus asesores romanos, sí era una de las principales armas de Cirilo. Basta contrastar para compro-

52. F. 13 (ACO I, I, 1, 92-93): a Juan de Antioquía; F.15 (ACO I, I, 1, 96-98): a Juvenal de Jerusalén; F. 16 (ACO I, I, 1, 98-99): a Acacio de Berea.

barlo la carta de Celestino a Juan de Antioquía con la que dirigió Cirilo al propio Juan, a Juvenal y a Acacio. Cirilo hace gala de un doble lenguaje muy diplomático y ofrece una versión de los hechos muy diferente a cada uno de los interlocutores cambiando, en cada caso, el tono y la expresión para ganarse el apoyo de éstos.

Ante Juan de Antioquía, que acababa de acceder a la sede de la Capital siria y que procedía de la misma escuela teológica que Nestorio, con el que le unían viejos lazos de amistad y simpatía, Cirilo se presenta como el hombre conciliador que se resiste a entrar en la polémica y que lo ha hecho sólo obligado por Roma a quien corresponde la iniciativa de condenar a Nestorio: *Yo le he aconsejado (a Nestorio) por carta que se abstuviese de estas cuestiones funestas y perversas... Pero cuando los muy piadosos obispos que se encontraban en la gran Roma lo leyeron (el dossier enviado por el propio Nestorio) lanzaron gritos contra él declarando abiertamente que había inventado una herejía muy funesta que no había imaginado hasta entonces ningún heresiarca de antaño.* Fue a raíz de esto cuando *se vio obligado a relatar a Roma lo sucedido entre él y Nestorio y a enviar al diácono Posidonio.* Termina la carta con una sutil sugerencia a Juan de que actúe como él mismo ha actuado: *Pertenece a Tu Piedad examinar lo que es útil hacer. En cuanto a nosotros, seguiremos el juicio de la iglesia de Roma temerosos de no apartarnos de un tan grande número de obispos...*

Acacio era el anciano obispo de Berea (Alepo) - tenía 110 años -, que había jugado un papel relevante en la condena de Juan Crisóstomo y disfrutaba de un gran prestigio en Oriente. Pero, como sirio, no era un partidario incondicional de los obispos alejandrinos y conocía bien el pensamiento teológico de Nestorio. No se le podía engañar y por ello en su carta a Acacio no acusa a Nestorio de blasfemias heréticas, sino de imprudencia en su manera de expresarse que le ha llevado indirectamente a anatematizar a todos los obispos: *Ha permitido que cierto obispo Doroteo se atreva a decir abiertamente en la iglesia y en la sinaxis «Si alguien llama a*

María Madre de Dios, que sea anatema». ¿Qué haremos entonces en la iglesia los ortodoxos si hemos sido anatematizados junto a los Santos Padres? Después pone de manifiesto la imprudencia de Nestorio al entrar en estas disquisiciones teológicas: De todas formas, ¿qué necesidad hay de manifestar en público cuestiones tan sutiles y tan misteriosas? ¿Por qué no instruimos, más bien, a los fieles mediante exposiciones morales si no estamos bien dotados para las precisas disquisiciones dogmáticas? Termina su carta con la manifestación abierta de haber sido él la víctima de los ataques de Nestorio: como nosotros hemos explicado la doctrina correcta de la fe a los solitarios de Egipto y de Alejandría que se habían visto turbados por tales doctrinas y tales interpretaciones, Nestorio nos ha declarado la guerra, se ha convertido en nuestro enemigo, ha recurrido a charlatanes y gentes desesperadas, y ha hecho que estas personas lancen contra mi mentiras delante de un gran número de gente.

La carta a Juvenal de Jerusalén está llena de halagos hacia su persona y hacia la importancia de su sede episcopal - Juvenal aspiraba a convertir a Jerusalén en sede metropolitana y lo intentará en Efeso a cambio del apoyo a Cirilo -. Ofrece la misma versión sesgada del desarrollo de los hechos y le invita a unirse a él en su celo cristiano para hacer volver a Nestorio al buen camino: *Si nosotros fuésemos útiles, si lográsemos verdaderamente que Nestorio cambie su manera de pensar, habremos ganado a un hermano y salvado a un pastor.*

El doble juego y la habilidad diplomática de Cirilo, y la ligereza con que actuó Roma desde el primer momento contrastan con la prudencia de que hizo gala Juan de Antioquía. Al leer los cruces de cartas y los dossiers que precedieron al concilio de Efeso, el historiador adquiere la impresión de que los principales líderes eclesiásticos del momento se embarcaron ciegamente y sin la más mínima responsabilidad en una aventura de la que no calcularon sus riesgos. Sorprende más por ello la medida y prudencia de que

dio prueba Juan de Antioquía, a pesar de su inexperiencia, pues acababa de acceder a la sede episcopal de la gran capital siria. A partir de este momento, Juan se constituye, con humildad y tacto, en consejero de Nestorio sobre la conducta que debe seguir y demuestra conocer bien el temperamento de éste. Le escribe comunicándole que le envía la copia de las cartas que ha recibido de Celestino y Cirilo y le da consejos de cómo debe aceptarlas: *Yo te envío las copias y ruego a Tu Dilección que las leas con un espíritu tal que no se cree una perturbación en tu pensamiento, de la cual derivan con frecuencia disputas y sediciones funestas, y que no desprecies el asunto, pues el diablo sabe, mediante la arrogancia, amplificar mucho las cosas malas y aumentarlas hasta hacerlas incorregibles; antes bien, léelas con ánimo moderado y hazte con asesores unidos a tí por el sentimiento para examinar los textos y dales libertad para que expresen lo útil, no lo agradable*⁵³. Señala después la precipitación del papa Celestino al dar un plazo tan breve como son diez días para que rectifique, pero manifiesta que el tema se puede solucionar, no en días, sino en horas.

El consejo que Juan de Antioquía da a Nestorio es de un enorme sentido común del que, si hubiesen dado muestras los demás contendientes, la disputa hubiera quedado en nada: le recomienda que no se resista a emplear el término **theotokos** objeto de polémica, que es una expresión piadosa. Es un término usado por muchos Padres y cómodo para expresar la economía de la salvación, y los que no lo han usado no han atacado a los que se han servido de él. Juan intenta, con las mejores palabras, no herir el orgullo de Nestorio al recomendarle que acepte este término, que es sólo una manera de expresarse: *Yo no invito a Tu Piedad a un cambio condenable de tu pensamiento, ni a una palinodia pueril, como podría decirse, sino que, puesto que tú has dicho muchas veces delante de muchos, como nosotros hemos oído, que, no*

53. F. 14 (ACO I, I, 1, 93-95).

teniendo aversión por el sentido piadoso de la expresión, es sólo la expresión lo que tú rechazas y que, si personajes de renombre en la iglesia te lo propusiesen, tú aceptarías, sin dudarlo, llamar a la Santa Virgen Madre de Dios, por este motivo yo te invito a seguir tu misma opinión y te exhorto a pronunciar en público lo que nosotros hemos oído, a saber, que tú no te alejas de la verdad en lo que piensas y, tras añadir el nombre a la cosa, un nombre que ha sido concebido y pronunciado y escrito por muchos Padres, no rechaces en absoluto un término que expresa la piadosa noción que tú tienes en el alma. Continúa Juan expresando su idea de que es un exceso de precisión lo que mueve a su colega en este tema y le manifiesta que no llega a comprender cómo se han visto todos inmersos en una disputa inútil que va *contra nosotros mismos y contra la paz de la iglesia*. Por último, termina proporcionando una lista de obispos sirios que Nestorio conoce bien: *Todas estas personas, le dice, que permanecen dentro de los límites de los dogmas y que arden de afecto hacia tí, desean conmigo, Señor, que con un humor dócil detengas la ola impetuosa de esas cartas que se asemejan a un huracán.*

Juan de Antioquía es el único que manifiesta sensatez en esta polémica. Pero quizá pecaba de ingenuidad. Piensa de buena fe que es el rechazo del término **theotokos** lo que ha provocado la polémica y no se da cuenta de que esta polémica había sido agrandada artificialmente por Cirilo para lograr otros fines inconfesables. Nestorio con su orgullo y su independencia había suscitado el "affaire", el papa Celestino había caído de lleno en la provocación de Cirilo y éste veía con satisfacción que estaba a punto de repetir la maniobra de su tío Teófilo: humillar y deponer al obispo de Constantinopla y constituirse así en el primado indiscutido de todo el Oriente. Los consejos y la buena fe de Juan para poco podían servir porque la suerte de Nestorio ya estaba echada por parte de Alejandría y Roma.

III. LA "TRAGEDIA": EL CONCILIO, O CONCILIOS, DE EFESO (431)

1. La convocatoria del concilio y la difusión de los "Doce Capítulos" de Cirilo.

A finales del 430 los acontecimientos se precipitaron. Cirilo parecía sentirse seguro con el apoyo incondicional del papa que había ido mucho más allá de lo que él podía imaginarse. Seguro de este apoyo, de su fuerza y de la supuesta debilidad de Nestorio, cometió la osadía de ir mucho más allá, en su intento de acabar con éste y de aprovechar su situación ventajosa, de lo que las circunstancias y el buen sentido permitían. Al comprobar el total apoyo de la sede romana, reunió un sínodo de su iglesia y sometió a su aprobación un documento dogmático por él elaborado. Después envió a Nestorio una nueva carta, en nombre del sínodo alejandrino, en la que le conminaba a abandonar sus enseñanzas tenebrosas y blasfemas y suscribir íntegramente el documento que le remitía⁵⁴. La carta es de una dureza inusitada, prueba de lo seguro que Cirilo se siente en este momento, convertido en portavoz de la iglesia universal: *Conviene que tú confieses por escrito y bajo juramento que anatematizas tu doctrina impura e impía y que pensarás y enseñarás las mismas cosas que todos nosotros, los obispos y doctores y guías de los pueblos de Oriente y Occidente. El santo sínodo de Roma y todos nosotros estamos de acuerdo en que la carta escrita a Tu Reverencia por la iglesia de Alejandría es ortodoxa e irreprochable.* Sigue después una larga exposición de la doctrina cristológica profesada por Cirilo expuesta en los más rigurosos términos de la escuela alejandrina. La preocupación principal es afirmar de forma radical la unidad perfecta de Cristo, unidad según la **hypóstasis** y según la

54. F. 6A (ACO I, I, 1, 33-40).

naturaleza. Después de la union no se pueden mantener dos **hypóstasis** y dos personas (**prosópa**) separando al hombre y a Dios. No sólo la doctrina, sino el vocabulario de Cirilo suponen una declaración taxativa de herejía según las exposiciones de que se servían los teólogos antioquenos que defendían la distinción de las **hypóstasis** y las **prosópa**. Para simplificar la exposición de su doctrina, Cirilo añadió un anexo a su carta en donde expone de forma simple y resumida "Doce Anatematismos", también conocidos como "Capítulos", que Nestorio deberá suscribir como prueba de que se adhiere a la doctrina de Cirilo⁵⁵.

Sólo la soberbia y la seguridad en sí mismo del obispo alejandrino pueden explicar este paso que suponía, no sólo ir más allá del mandato que había recibido de Roma, sino constituirse en único intérprete de la teología de toda las iglesias, orientales y occidentales. Las consecuencias serán de una gravedad enorme porque estos "Doce Capítulos" serán la clave de todas las disputas que tendrán lugar durante y después del concilio de Efeso.

El 30 de noviembre se presentó en Constantinopla una delegación de Cirilo encabezada por dos obispos que eran portadores de esta carta y de la del papa Celestino, dirigidas ambas a Nestorio. Pero cuando llegó esta delegación ya el emperador había decidido la convocatoria de un Concilio Ecuménico para zanjar el debate. La carta (**Sacra**) de la convocatoria del concilio lleva la firma de los emperadores de Oriente y Occidente, Teodosio II y Valentiniano III y está fechada el 19 de noviembre del 430⁵⁶. La reunión del concilio se fija para la fiesta de Pentecostés del año siguiente, es decir, el 7 de junio del 431. El texto de la convocatoria, que es un magnífico modelo del cesaropapismo imperante en la Iglesia de la época, que nadie ponía en duda, comienza con una exposición de motivos por

55. F. 6B (AC● I, I, 1, 40-42).

56. F. 25 (AC● I, I, 1, 114-116). Se trata de la copia enviada a Cirilo cuyo texto, se dice, es igual al enviado a los demás metropolitanos.

los que el emperador justifica su decisión de convocar el concilio, en base a la obligación que le incumbe de velar por los asuntos de la Iglesia, pues de ello depende la prosperidad del Estado: *Con frecuencia, anteriormente, a causa de los acontecimientos que se habían dado, habíamos pensado que un concilio caro a Dios de los muy santos obispos de todas partes, era necesario. Sin embargo, hemos dudado en convocarlo a causa de la molestia que esto crearía a Vuestras Piedades. Pero ahora, las disputas relativas a los asuntos de la iglesia y a los asuntos públicos inseparables de ésta, han demostrado que este concilio es de todo punto necesario y que no se puede aplazar por más tiempo.*

La convocatoria conmina a todos los metropolitanos a que acudan a Efeso en la fecha fijada acompañados de algunos obispos sufragáneos que ellos elijan. Se pretende con ello que haya una representación adecuada y que no quede totalmente abandonado el servicio divino en las provincias. Se explica de modo breve el objetivo del concilio: *Que sean disipadas, de acuerdo con los cánones eclesiásticos, las tormentas surgidas de las disputas presentes, que se rectifiquen las medidas tomadas de modo irregular y que sea recuperada la estabilidad de la piedad hacia Dios que redundará en el bien común, bien entendido que ninguna persona privada debe hacer innovación alguna antes del muy Santo concilio y de las decisiones que deben ser tomadas allí sobre todos los temas.* Termina la carta conminando a todos los convocados a que no excusen su asistencia: *Nosotros no permitiremos, puesto que el tema nos preocupa profundamente, que nadie falte y no habrá ninguna excusa, ni ante Dios ni ante nosotros, para quien no se presente con celeridad en la fecha y en el lugar indicados.* En carta posterior enviada a los obispos al inicio del concilio, les explicará porqué ha escogido a Efeso como sede de la asamblea: la ciudad posee un acceso fácil por mar y por tierra, está muy bien provista de todo tipo de bienes producidos en el lugar o importados y de todo lo que es necesario para los que permanezcan allí. De esta forma los obispos

podrán alcanzar con facilidad el objetivo que el emperador se ha propuesto al convocar el concilio⁵⁷.

La convocatoria del concilio no debió sorprender a nadie. Desde el inicio de la polémica había empezado a reclamarse la convocatoria de un concilio de este tipo desde diferentes frentes: los monjes y clérigos de Constantinopla enfrentados con Nestorio apelaban a un concilio universal; lo mismo hacía Nestorio, seguro de su inocencia. Los que más opuestos debían estar a él eran el papa y Cirilo. Los papas no eran partidarios de este tipo de concilios universales pues reclamaban ser los representantes únicos de los obispos occidentales y no deseaban sentarse de igual a igual con sus colegas, los patriarcas de Oriente. Cirilo debía confiar en que el tema quedase zanjado según sus conveniencias y en los términos que con el apoyo de Roma él lo había planteado. Debió de ser, pues, el propio Nestorio quien tuvo la intervención decisiva para que el emperador optase por convocar la magna asamblea.

Nestorio se sentía seguro en estos momentos del apoyo de la Corte, pero no actuó con arrogancia o suficiencia. Los decretos que le conminaban a retractarse desde Alejandría y Roma quedaban fuera de lugar desde el momento en que la carta imperial ordenaba posponer todas las disputas hasta la celebración del concilio y es, en vista de ello, que Nestorio intenta prevenir al papa Celestino contra cualquier precipitación provocada por las maniobras de Cirilo, con una carta dirigida por él personalmente al papa, que comienza en estos términos: *He sabido que el venerable Cirilo, obispo de la ciudad de Alejandría, aterrorizado por las acusaciones que nos han sido dirigidas contra él y buscando escapatórias para evitar el Sacro concilio que se deberá reunir por causa de estas mismas acusaciones, se ha dedicado entre tanto a realizar otras elucubraciones sobre los términos **theotokos** y **christotokos**...*⁵⁸. En el

57. F. 31 (ACO I, I, 1, 120-121).

58. ACO I, V, 182 (coll. Palatina).

intento por apaciguar los ánimos, aprovecha para reafirmar su postura sobre el **theotokos** que repite está dispuesto a aceptar con el fin de tener las manos libres para poder combatir las herejías que se difunden con fuerza en la Capital, la de Arrio, la de Apolinar, la de Pablo de Samosata etc. Además dio prueba de su voluntad de calmar los ánimos aceptando el ultimátum del papa Celestino exigiéndole una respuesta dentro de los diez días establecidos.

En efecto, el 6 de diciembre del 430, ofreció todas las aclaraciones que le habían sido exigidas en un sermón que se ha conservado completo en la traducción latina de Mario Mercator⁵⁹. Aquí Nestorio se despacha libremente contra las oscuras maniobras a que recurre Cirilo: *¿Por qué recurres en tus palabras a la calumnia? ¿Por qué lanzas contra mi manteniéndote oculto flechas de oro?*⁶⁰. *Sometamos nuestras diferencias, superemos las diferencias entre nuestras vidas y nuestra religión. El emperador es piadoso, las emperatrices, amantes de Dios. Muéstrate fuerte en la disputa: ¿qué te impide recurrir al debate? ¿Por qué intentas provocar perturbaciones con rugidos de fiera?* Seguidamente recuerda irónicamente las maniobras de los obispos alejandrinos contra sus predecesores de Antioquía y Constantinopla, maniobras no conocidas por otras fuentes, salvo en el caso de Juan Crisóstomo: *No lograste⁶¹ en otro tiempo aterrorizar al venerable Flaviano (obispo de Antioquía) cuando le enviaste cartas escritas con espíritu tiránico, ni lograste perturbar al que antes que éste se cuenta entre los santos, Melecio. Tú lo que tienes lo donas –el buen hombre del buen tesoro saca sus bienes y diste a gustar al beato Nectario*

59. ACO I, V, 39-45 (coll. Palatina).

60. Es la primera vez que aparece en boca de Nestorio este eufemismo del que se servirá en el Libro de Heráclidas para denunciar la facilidad con que Cirilo recurría a los sobornos en los ambientes de Constantinopla

61. Segunda persona retórica, como si la personalidad de Cirilo se indentificase con la de sus predecesores.

(obispo de Constantinopla) *tus regalos*⁶². *No menciono a Juan, cuyas cenizas ahora te ves obligado a honrar contra tu voluntad*⁶³. *En cuanto a mí, no me mueve ninguna ambición del episcopado y no pronuncio una sola palabra para retenerlo. Mientras viva estaré adherido a la sacra doctrina.*

Tras exponer los principios de su fe y refutar las herejías que circulaban por la Capital, Nestorio hace en su discurso una llamada a la concordia y a la discusión pacífica, pero sin olvidarse de recordar una vez más la tendencia de los egipcios a sembrar tensiones y polémicas por todas partes, y termina con una última llamada a la concordia: *Depongamos, pues, de una y otra parte las enconadas disputas entre nosotros y si alguno se ha mostrado más osado (imprudencior), perdonémosle, y si alguno se ha perdido en sutilezas, concedámosle igualmente el perdón, y preocupémonos de una única cosa: que ninguno diga que el Verbo de Dios es una criatura que la humanidad asumida es imperfecta*⁶⁴.

Hasta qué punto el deseo de concordia, y quizá también las presiones, actuaban en este momento sobre Nestorio lo muestra el hecho de que al día siguiente, 7 de diciembre, volvió a pronunciar otro discurso clarificando nuevamente su pensamiento teológico, discurso que se nos ha conservado en una doble traducción latina⁶⁵.

Al mismo tiempo los correos, las presiones y las tomas de posición de unos y otros se aceleraban ante la proximidad del concilio. Nestorio contestó a la conciliatoria carta que le había enviado Juan de Antioquía dando su versión de las diferencias que le

62. No se tienen otras noticias de este enfrentamiento, al que aquí se alude, entre Nectario, obispo de Constantinopla, y el predecesor de Cirilo, Teófilo.

63. Alusión al hecho de que Cirilo se había visto obligado, presionado por Atico de Constantinopla, el papa y los obispos occidentales a rehabilitar la figura de Juan Crisóstomo incluyendo su nombre en los dípticos, las listas con los nombres de los obispos fallecidos.

64. *Ibid* 45, lin. 13 ss.

65. ACO I, V, 45-46; ACO I, IV, 6-7.

enfrentaban con Cirilo, versión que naturalmente es muy diferente de la que Cirilo hacía circular. Expone un resumen de sus planteamientos doctrinales, en especial en lo que respecta al **theotokos**, en la esperanza de que todo se resuelva con concordia en el próximo concilio, pero termina la carta con una advertencia a su colega de Antioquía sobre las maniobras de Cirilo que no hacen sino continuar una vieja práctica de los obispos egipcios: *Pero, respecto a la acostumbrada presunción de los egipcios, Tu Religiosidad no debe extrañarse, porque tiene delante muchísimos ejemplos del pasado. Dentro de poco tiempo, si Dios quiere, será alabado el juicio por nosotros expresado sobre todos estos temas*⁶⁶.

Seguro de sí mismo, Nestorio añade un "post-scriptum" en que hace saber a Juan que las últimas precisiones doctrinales que ha hecho públicas en la iglesia de Constantinopla (discursos de los días 6 y 7), han encontrado el total apoyo del clero, del pueblo y *de todos los que moran en los palacios imperiales*. Añadió también a su carta a Juan un amplio dossier: los discursos que había pronunciado en respuesta a las conminaciones de Cirilo, la correspondencia intercambiada entre él y Cirilo y una copia de los "Doce Capítulos" que Cirilo le había enviado para que los suscribiese como demostración de compartir con él la verdadera fe. Este material, y en especial, la doctrina reflejada en los "Capítulos" produjo enorme impacto en Juan de Antioquía que creyó encontrarse de nuevo ante un aflorar de la herejía apolinarista. Se lo expone en una carta dirigida a Firmo, metropolitano de Cesarea de Capadocia, donde manifiesta no creer que su autor sea Cirilo, pues coincide con las doctrinas por las que fue juzgado y condenado Apolinar de Laodicea. En cualquier caso, previene a Firmo para que no permita que tales doctrinas se difundan en los territorios bajo su jurisdicción⁶⁷. Al propio tiempo,

66. ACO I, IV, 4-6.

67. ACO I, IV, 7-8. El texto se ha conservado sólo en la traducción latina de la colección Cassinense.

Juan encargó a dos obispos dependientes de él, Teodoreto de Ciro y Andrés de Samosata, que realizasen una refutación de estas proposiciones. El texto de estos escritos sólo se ha conservado, de forma fragmentaria, en las contestaciones que escribió Cirilo para darles respuesta⁶⁸.

La actividad que desplegó Juan de Antioquía entre el episcopado oriental encontró una solidaridad de éste con Nestorio que Cirilo no se esperaba y que, en su obcecación contra el obispo de Constantinopla, ni siquiera llega a comprender en su alcance real, pues lo interpreta como una reacción emotiva de personas ligadas a Nestorio por amistad. No es capaz, o no quiere comprender, que lo que se estaba debatiendo era toda una tradición teológica en la que se habían formado la mayor parte de los obispos de Oriente. El hecho es que, a raíz de la divulgación de los "Doce Capítulos" de Cirilo, la situación de éste entre los orientales experimentó un giro radical: Cirilo debería comparecer ante el concilio no sólo para justificar sus denuncias contra Nestorio, sino para responder ante todo el episcopado de Oriente de una forma de pensar que éste consideraba herética.

Además Cirilo contaba con la oposición abierta del emperador y de la Corte. Desde el comienzo de la controversia la Corte había defendido con gran decisión a Nestorio. El desarrollo de los acontecimientos había reafirmado al piadoso Teodosio II en la idea de que Nestorio no era sino una víctima de las ambiciones ilimitadas del obispo alejandrino. En el decreto de convocatoria del concilio el emperador es lo suficientemente hábil para ocultar este apoyo abierto a las posiciones del obispo de la Capital. Pero en una carta que escribió a Cirilo, seguramente antes de la convocatoria del concilio, manifiesta, con una claridad y dureza sin preceden-

68. Las refutaciones de Cirilo en ACO I, I, 7, 33-65 (a Andrés de Samosata) y ACO I, I, 6, 107-146 (a Teodoreto de Ciro).

tes, que se consideraba al alejandrino el único responsable de todos los desórdenes y enfrentamientos⁶⁹.

La carta tiene el claro objetivo de amedrentar a Cirilo cara al concilio, pues sabían bien en Constantinopla que éste era capaz de recurrir a todas las maniobras para lograr sus objetivos. No sólo le reprocha sus intentos de dividir a la familia imperial, mediante el envío de diferentes tratados a cada uno de sus miembros, sino que le acusa de olvidar la verdadera doctrina para entregarse *a disputas arrogantes de términos, de servirse de la audacia, más que de la exactitud en las disputas, de la desvergüenza y de la astucia, más que de la simplicidad*, y de buscar, con sus intentos de dividir a la Iglesia y a la familia imperial, *una reputación personal*. El emperador termina con una serie de amenazas, tras recordarle que hasta ahora *le ha perdonado*, para que no pueda aducir que ha sido perseguido por motivos doctrinales. Será el concilio quien fije la verdadera doctrina, a cuyas decisiones deberá someterse Cirilo, y finaliza con abiertas amenazas en el caso de que no haga acto de presencia: *Por consiguiente, es necesario que Tu Reverencia venga en el momento que fijen las otras cartas dirigidas a los obispos de las metrópolis y que no esperes recuperar nuestra amistad si no pones fin a todas tus maniobras causantes de desórdenes y si no vienes con buena disposición a examinar los problemas que se debaten*.

Así pues, en vísperas del concilio del 431, la posición de Cirilo era muy difícil. No sólo no estaba en condiciones de desempeñar el papel de defensor de la ortodoxia y de acusador de Nestorio, sino que ante el episcopado oriental y ante la Corte se presenta como el gran acusado: será él y no Nestorio quien tendrá que defenderse ante el concilio. Sólo parecía contar con el apoyo y la

69. F. 8 (ACO I, I, 1, 73-74). Se trata de la respuesta oficial del emperador a las cartas que Cirilo había enviado al propio emperador y a las mujeres de la familia imperial recién iniciado el enfrentamiento con Nestorio, algunos de cuyos pasajes hemos recogido anteriormente.

confianza del papa Celestino, pero se presentaba la incógnita de cuál sería la postura de éste cuando Nestorio y los obispos orientales planteasen claramente sus posturas doctrinales libres de las deformaciones con que eran divulgadas por Cirilo.

Los acontecimientos previos al concilio ponen de relieve qué grandes eran ya en esta época las dificultades de comunicación, en todos los sentidos, entre Oriente y Occidente, y la imposibilidad de comprenderse. Tanto el emperador como el papa están convencidos de que sus ideas, diametralmente opuestas, se van a imponer sin obstáculos. La carta de Teodosio II a Cirilo pone de manifiesto que el emperador no sólo tenía claro quién era el bueno y quién el malo de la película, sino que estaba convencido de que se impondría sin más el sentido común, que identificaba con sus ideas. Por ello, no sólo desea que se debatan abiertamente y sin coacciones todos los temas objeto de disputa, sino que quiere también que esté representado el episcopado de toda la Cristiandad, la de Oriente y la de Occidente. Con este fin envió una carta de invitación a S. Agustín cuya fama y prestigio habían traspasado todas las fronteras. Pero en Constantinopla no se sabía que el obispo de Hipona había muerto varios meses antes de ser convocado el concilio, el 28 de agosto del 430. Se invitó también al papa, que excusó su presencia, pero prometió enviar legados que le representaran. Los obispos de Africa estaban sumidos en las invasiones de los vándalos, y sólo el de Cartago pudo enviar un diácono en representación suya⁷⁰. Se enviaron también sendas invitaciones personales al famoso asceta Simeón Estilita y al anciano obispo Acacio

⁷⁰. En realidad, como se desprende del mensaje que el obispo Capreolo de Cartago envió al concilio por medio de su diácono Bessoulas, era una invitación personal a S. Agustín, a través del metropolitano cartaginés, no a todo el episcopado africano. Pero, puesto que Agustín ya había muerto, Capreolo tomó la decisión personal de sustituir él al fallecido destinatario y enviar a un legado suyo, 'aunque parece que había sido enviada (la carta) al susodicho Agustín'. El texto de la carta de Capreolo, que fue leída en el concilio, en F.61 (ACO I, 1, 2, 60).

de Berea, que vivía rodeado de admiración a sus 110 años de edad. Pero, como era de esperar, Simeón no quiso bajarse de su columna para dirigirse a Efeso, y Acacio delegó su voto en su hombre de confianza, Pablo de Emesa.

Pero el papa Celestino veía el concilio de una forma muy diversa. Evidentemente, la convocatoria de éste no debió causarle ninguna satisfacción: Roma ya había dado por zanjada la cuestión con el ultimátum a Nestorio y el concilio sólo podía servir para replantear de nuevo el tema. Pero el papa no podía resistirse al emperador y parece que intentó boicotear el concilio discretamente. Sólo así se explica que los legados partiesen de Roma el 15 de mayo del 431, sólo tres semanas antes del día fijado para el inicio de las sesiones, siendo así que la convocatoria debía estar en Roma desde finales del 430. Era inevitable que llegasen tarde. Además, todo parece indicar que Roma estaba muy mal informada de los últimos acontecimientos a través de su "representante" en Oriente, Cirilo. Nada había comunicado éste a Celestino de las declaraciones públicas de Nestorio del 6 y el 7 de diciembre, que eran una aceptación explícita de las exigencias de Roma. Nada sabía tampoco de los "Doce Capítulos" de Cirilo y de la reacción del episcopado oriental. Ello se explica porque, si el papa tenía aprensión hacia el concilio, Cirilo debía estar realmente asustado. Pero no podía dar marcha atrás y embarcó de lleno, una vez más, al obispo de Roma en su aventura, como demuestran claramente las cartas y mensajes intercambiados entre ambos antes del concilio.

Cirilo había ejecutado por su cuenta el ultimátum a Nestorio. Por ello pregunta al papa con fingida humildad, si se debe admitir a éste como un obispo más al concilio o si se le debe considerar depuesto. Sólo se ha conservado la respuesta del papa, del 7 de mayo del 431, en la que por primera vez Celestino demuestra mesura y prudencia en el tema: *Dios no quiere la muerte del pecador sino su conversión*; Cirilo debe hacer lo posible para restablecer la paz y recuperar a Nestorio para la verdad; sólo en el caso de que no quiera escuchar recogerá lo que ha sembrado con la ayuda del

diablo⁷¹. Cirilo había sugerido también que algunos se estaban haciendo sospechosos acerca de la fe (alusión a Juan de Antioquía y a los obispos sirios), pero Celestino le tranquiliza asegurándole que la Santa Sede no se dejará engañar. No se da cuenta de que el único que intenta engañarle es su confidente alejandrino.

Evidentemente, Cirilo se estaba poniendo nervioso y el papa le tranquiliza, pero no pierde la confianza en él, porque éste le mantiene en la ignorancia. Lo demuestran claramente las instrucciones que Celestino dio a sus legados: que apenas llegasen a Efeso se pusiesen a los órdenes de Cirilo y siguiesen sus instrucciones, salvaguardando siempre la preeminencia de la Sede Apostólica; que eviten mezclarse en las disputas entre los de Nestorio y sus adversarios, limitándose a escuchar lo que otros decían; que si llegaban tarde y el concilio ya había concluido de la forma prevista, acompañasen a Cirilo a Constantinopla para ejecutar la sentencia de Roma y entregar al emperador la carta del papa de que eran portadores; que si en el concilio no se producía acuerdo, siguiesen las órdenes de Cirilo sobre la conducta a seguir⁷². El papa envió otra carta a la asamblea de obispos en la que manifiesta una seguridad en que se van a imponer sus deseos que refleja su desconocimiento o desprecio de lo que era un concilio de estas características: *Sus legados deben asistir a las actuaciones del concilio para hacer ejecutar lo que el papa había decidido hacía tiempo acerca de Nestorio*⁷³.

Así pues, tanto el papa como el emperador parecían estar seguros de que se impondrían sus deseos en el concilio, aunque éstos eran totalmente opuestos. Pero el emperador y Nestorio preveían que iban a surgir problemas y desórdenes. Conocían a Cirilo y sabían que se había formado en la escuela de su tío Teófilo. Por ello el emperador tomó medidas para imponer el orden. Envío

71. ACO I, I, 2, 26-27.

72. *Ibid.*

73. F. 106, 18 (ACO I, I, 2, 22-24; traducción griega en I, I, 3, 55,57).

como representante suyo en el concilio a Candidiano, **comes domesticorum**, es decir, jefe de la guardia imperial. Las instrucciones que le dio eran claras: no debe participar en los debates, que sólo son cosa de los obispos, pero debe estar presente con sus oficiales para mantener el orden y no permitir que las controversias entre los padres degeneren en peleas apasionadas. A tal fin, debe garantizar que se escuche atentamente a cada orador y que puedan expresar con toda libertad sus opiniones y los motivos que puedan tener para no aceptar las del contrario. Debe evitar también que se plantee ninguna discusión extraña antes de que sean debatidos los temas dogmáticos. No debe permitir que se forme ninguna asamblea paralela de la que inevitablemente se seguiría escisión o cisma. Se le ordena que no se inicien las reuniones antes de que haya un número suficiente de obispos para que todas las provincias estén adecuadamente representadas, y que no autorice que ningún obispo se ausente o vuelva a su casa una vez iniciadas las sesiones. Debe expulsar de la ciudad a los monjes y laicos llegados por curiosidad para que no provoquen desórdenes o tumultos⁷⁴.

Al leer las previsiones que se tomaron no puede menos que recordarse lo apropiado que había sido el juicio de Gregorio de Nacianzo cuando después de su experiencia en el concilio de Constantinopla del 381 declaraba: *Esta es mi idea, si he de decirte la verdad: huir de toda asamblea de obispos pues no he visto ningún concilio que tenga un final feliz, o que ponga fin a los males en vez de aumentarlos. No hay más que enfrentamientos continuos y luchas por el poder... que superan todo lo que se pueda expresar; y se dedican más a acusar de maldad a los otros que a corregir la suya propia*⁷⁵. Y el juicio adquiere especial valor si se tiene presente que, como veremos, todos los malos prejuicios se cumplieron y que Candidiano no fue capaz de cumplir ninguno de los cometidos que le habían sido asignados. Es más, la situación llegó a tal extremo

74. F. 31 (ACO I, I, 1, 120-121).

75. Gregorio de Naz., Epist. 130, a Procopio (382).

que, en realidad, en Efeso en el verano del 431, no hubo uno, sino dos concilios paralelos, y los participantes en cada uno de ellos depusieron y condenaron a los miembros del concilio rival.

2. La llegada de los obispos a Efeso

La apertura del concilio había sido fijada para el 7 de junio del 431. Esta fecha fue establecida por el emperador en la idea de que los obispos pudiesen celebrar la fiesta de Pascua con sus fieles y después disponer de un plazo de cuarenta días para trasladarse a Efeso y comenzar las sesiones el día de Pentecostés bajo la inspiración del Espíritu Santo.

Días antes de la fecha prevista comenzaron a llegar los obispos. Cirilo y los suyos lo hicieron por mar en su propia flota. Cirilo era bien consciente de que el concilio había sido convocado contra él, y recurrió a todos los medios posibles para dar la vuelta a la situación. Era más difícil controlar una asamblea de varios cientos de obispos que no a un pequeño sínodo, como había sido el caso de su tío Teófilo frente a Juan Crisóstomo. Pero el alejandrino no se arredraba. La cuestión era disponer de mayor número de votos que sus oponentes. Y en primer lugar de los suyos, los incondicionales. La carta imperial convocando el concilio establecía que sólo asistiesen los metropolitanos acompañados de **algunos** obispos sufragáneos. Cada patriarca interpretó este término a su manera. Cirilo se trajo a cincuenta obispos egipcios. La jurisdicción que abarcaba el patriarcado de Alejandría comprendía Egipto y Siria, en total seis provincias. Al parecer, bajo su dependencia debía haber unos cien obispos, todos nombrados directamente por el obispo de Alejandría e instrumentos dóciles de su política, sin ninguna autonomía, a diferencia de lo que ocurría en otras regiones donde la figura del patriarca era poco más que una preeminencia honorífica. Si Cirilo hubiese interpretado la orden como hizo, por ejemplo, Juan de Antioquía, que se hizo acom-

pañar de dos obispos de cada provincia, le hubiesen correspondido doce en vez de los cincuenta que trajo consigo. En esta imprecisión se puso ya de manifiesto el primer error de la convocatoria imperial.

Además, la llegada de Cirilo y los suyos comenzó a confirmar los peores presagios. No venía acompañado sólo de los cincuenta obispos, sino de todo un séquito variopinto: clérigos menores, asistentes, siervos, monjes y los temibles **parabalani** de los que ya hemos hablado, y hasta un cierto número de diaconisas. Además estaban los marineros de la flota que los había transportado y que, como era habitual, podían ser utilizados como una tropa dócil a las ordenes de su jefe⁷⁶. Como dice L. Duchesne "todos estaban ligados en alma y cuerpo al patriarca y pensaban que iban, bajo su dirección, a expulsar al dragón infernal"⁷⁷. La manifestación de poder que hizo Cirilo con su llegada recuerda muy de cerca la de Teófilo cuando se trasladó a Constantinopla para enfrentarse a Juan Crisóstomo y que el historiador Sócrates describió como la de un general que se dirige a una batalla con gran número de gentes armadas. Entre los monjes parece que se encontraba el ya centenario y temible Schenute, el jefe indiscutible de los monasterios pacomianos de Egipto, que nunca había rehuído recurrir a los medios más expeditivos para controlar con mano férrea a sus tropas de monjes⁷⁸.

76. Cf. Apéndice I.

77. L. Duchesne, *Histoire de l'Eglise Ancienne*, p. 192 (cito por la edición italiana, 1911).

78. La noticia de la presencia de Schenute en Efeso la debemos a un biógrafo posterior. Pero esta biografía contiene muchas inexactitudes y en los documentos referidos al concilio nunca se relaciona su presencia. También se alude a ello en algunos de los sermones del propio Schenute, pero se ha planteado seriamente la duda de su autenticidad. Sobre este tema, cf. J. Leipoldt, *Schenute von Atripe und die Entstehung des national ägyptischen Christentums*, Leipzig 1903, pp. 42 y 90. Pensamos que una solución a estas contradicciones podría ser que Schenute hubiese acompañado efectivamente a Cirilo, pero que su entrada en la ciudad hubiese sido impedida por Candidiano siguiendo las órdenes del emperador de que no dejase entrar a los monjes para evitar tumultos. Sin embargo, veremos (Apéndice I) hubo numerosos monjes en Efeso y que algunos entraron en los lugares donde se celebraron las sesiones.

Hasta qué punto Cirilo había planteado entre sus fieles su viaje a Efeso como la marcha a una guerra, se desprende de las cartas que envió a éstos durante el viaje. La primera está fechada en la isla de Rodas, donde hizo una escala⁷⁹. Desde aquí escribe a sus *presbíteros, diáconos y laicos de Alejandría diciéndoles que por la gracia y filantropía de nuestro Salvador común, Cristo, hemos atravesado el ancho y vasto mar con brisas ligeras y dulces*⁸⁰. Pide que le acompañen con sus oraciones para que Dios siga protegiéndole pues él, por su parte, hace todo lo posible para que *el Señor de los ejércitos que vence todas las guerras, tras poner en orden todas las cosas y tras superar todo tumulto, nos devuelva feliz a nuestros hijos felices*. La segunda carta está escrita tras su llegada a Efeso donde espera tranquilo el comienzo del concilio en el que Cristo *purificará la iglesia de ideas perversas*. Con una expresión muy actual califica, sin nombrarlos, a Nestorio y a sus seguidores como *los nuevos teólogos*, que obedecen las órdenes del diablo y forman una facción que pervierte los dogmas correctos de la iglesia⁸¹.

Nestorio había llegado unos días antes y bien acompañado también. Por un privilegio imperial, y como muestra del apoyo oficial, se le concedió venir en compañía de su amigo y alto personaje de la Corte, el **comes** Ireneo quien, sin embargo, no podía partici-

79. F. 26 (ACO I, I, 1, 116).

80. La capacidad de mentir o de dar una doble versión de los hechos de Cirilo se pone también de manifiesto en detalles tan fútiles, aparentemente, como éste: mientras en esta carta manifiesta la placidez con que ha realizado la navegación, en su informe posterior a Teodosio habla de tempestades que pusieron en riesgo su vida: "un viento violento se volcó sobre las velas e hizo naufragar casi el navío y las olas se elevaban por el aire y batían en torno a la cabeza del timonel", F. 116, 26 (ACO I, III, 75-79). Estas contradicciones se explican, pienso, porque en la carta a los alejandrinos Cirilo quería poner de relieve ante sus fieles que Dios le acompañaba en su viaje proporcionándole una feliz navegación. En cambio, en el informe a Teodosio quiere hacerle ver que acudió al concilio convocado por él, aun a riesgo de poner en peligro su vida.

81. F.27 (ACO I, I, 1, 117).

par en los debates ni interferir en las competencias del representante oficial del emperador, el también **comes**, Candidiano⁸². Le acompañaban dieciséis metropolitanos y otros obispos de su jurisdicción⁸³, pero las fuentes posteriores le acusarán de haber llegado también rodeado de una "chusma" de un nivel moral y humano no superior a la de Cirilo: Sócrates califica este cortejo de *multitudo poderosa de gente promiscua*,⁸⁴ y otras fuentes aludirán a que los había reclutado entre los bajos fondos de los alrededores de las termas de Zeusippo, el barrio con peor fama de Constantinopla⁸⁵. Debían de formar una especie de guardia personal del obispo.

Cuando Nestorio llegó a Efeso se encontró con muchos obispos que ya esperaban impacientes el comienzo del concilio. Se trataba de obispos, según parece, de la diócesis de Asia, sufragáneos del metropolitano de Efeso, Memnón. Las provincias de Asia, Bitinia y Ponto formaban una diócesis civil y contaban con muchísimas ciudades, cada una con un obispo al frente. En total sumaban unos trescientos obispos. Dependían teóricamente del metropolitano de Efeso, pero, a diferencia de lo que sucedía con Alejandría y Antioquía, los obispos de Efeso nunca habían logrado imponer un liderazgo y una preminencia reales. Desde que el concilio de Constantinopla del 381 había fijado oficialmente la figura del metropolitano, los obispos de Efeso aspiraron a ejercer este papel, pero se encontraron con la competencia de Constantinopla. Fue Juan Crisóstomo el primero que intentó intervenir directamente en los asuntos de Efeso y de otras ciudades de Asia y Bitinia, lo que había provocado el recelo de los obispos de estas regiones, celosos de su autonomía tradicional, hacia las ansias expansionistas de Constantinopla. Ello determinó que Memnón de Efeso se inclinase abiertamente del lado de Cirilo y que atrajese hacia su causa a un gran

82. F. 31 (ACO I, I, 1, 120): carta del emperador a los padres conciliares.

83. ACO I, IV, 30-31.

84. H.E. VII, 34.

85. F. 101, 1 (ACO I, I, 3, 46).

número de obispos de Asia Menor que compartían su aversión a Constantinopla. Esto podía haber sido previsto por el emperador y Nestorio cuando fijaron Efeso como sede del concilio. Fue un error estratégico cuyas consecuencias serán fatales para ellos. Durante el concilio veremos que unos cien obispos asiáticos apoyarán con sus votos a Cirilo y Memnón.

Aunque llegó antes que Cirilo, Nestorio se encontró con un ambiente hostil que había sido bien preparado contra él por Memnón, asesorado, seguramente, por el astuto alejandrino. No sólo se trató de los obispos que acompañaban a Memnón y después a Cirilo, sino que el obispo de Efeso se encargó de caldear el ambiente en contra del de Constantinopla. Se prohibió el acceso a él y a los suyos a cualquier iglesia de la ciudad y tuvo que encerrarse en su residencia oficial protegido por las tropas de Candiano, frente a las masas del pueblo que le asediaban. Nestorio describirá la situación en su apología en estos términos: *Los sediciosos llenaban la ciudad de hombres ociosos y campesinos que habían sido reunidos por Memnón, el obispo de Efeso. El estaba al frente de ellos y les hacía recorrer armados la ciudad, de forma que cada uno de nosotros tuvo que huir y esconderse y servirse de la prudencia y estar atento para librarse de un gran peligro*⁸⁶. Además, desde su llegada, Cirilo caldeó más el ambiente dedicándose a predicar en todas las iglesias contra Nestorio. La labor era fácil. Efeso conservaba viejas tradiciones sobre la presencia en la ciudad del apóstol Juan y de María. Una magnífica basílica conservaba los supuestos restos del apóstol a quien Cristo había confiado su madre y el culto a María había sustituido el ancestral culto dedicado a la Diosa-Madre pagana, Artemisa-Diana, y las sesiones del concilio se celebraron en una iglesia dedicada a María. Era, pues, muy fácil para Cirilo y los suyos presentar a Nestorio como el diabólico heresiarca que se oponía al culto a María y, por lo tanto,

86. L.H. 119.

como un enemigo de la ciudad. Este fue otro de los errores de cálculo por parte del emperador al elegir la sede conciliar. Además, Nestorio, al contestar a los ataques, cometerá alguna de las imprudencias a las que habitualmente le llevaba su fogosidad y ello será bien aprovechado por sus enemigos.

El día de Pentecostés, 7 de junio, en que debía comenzar el concilio, sólo estaban presentes una parte de los obispos. Poco después, el 12, llegó Juvenal de Jerusalén, con quince obispos palestinos⁸⁷. Juvenal era un hombre intrigante, ambicioso y sin convicciones, cuya máxima aspiración era convertir a Jerusalén en un patriarcado autónomo separado de la tutela de Antioquía. Comprendió que era Cirilo quien podía apoyarle en este enfrentamiento con Antioquía e inmediatamente puso su voto y el de sus obispos al servicio del alejandrino. Poco después llegó Flaviano de Filipos acompañado de tres obispos macedonios. Estos siempre habían estado estrechamente ligados al papa de Roma y recelaban de las ansias expansionistas del obispo de Constantinopla por territorio europeo.

Los días pasaban y Cirilo empezaba a ponerse nervioso. Contaba con mayoría de votos favorables, pero éstos podían comenzar a fallar. Nestorio y los suyos habían hecho correr entre los obispos las afirmaciones de Cirilo en los "Doce Capítulos" y se formó un grupo de obispos "no alineados", de unos sesenta miembros, que pensaban exigir a Cirilo la retractación previa. Además estaban a punto de llegar Juan de Antioquía y los orientales que habían enviado un mensaje comunicando que en cuatro o cinco días podían estar en la ciudad. Todo esto podía provocar un vuelco en la situación, pues faltaban también los legados papales. Por ello Cirilo estaba impaciente por comenzar el concilio y quería proceder a su apertura. Aducía para ello los plenos poderes que el papa Celestino le había dado y que un mayor retraso produciría graves molestias a los obispos presentes por la llegada del calor del

⁸⁷. Sócrates, H.E. VII, 34.

verano. Protestaban los partidarios de Nestorio y los no alineados, quienes se basaban para oponerse en las instrucciones dadas por el emperador, que establecían, entre otras cosas, que todos los metropolitanos deberían estar presentes; también se oponía el representante imperial, Candidiano. Juan de Antioquía había mandado mensajeros por delante llevando una carta a Cirilo en la que, con tonos diplomáticos, justificaba su retraso y anunciaba su próxima llegada en estos términos: *Yo experimento no pequeña molestia por el hecho de haberme retrasado estos pocos días mientras que Vuestra Santidad está ya presente en Efeso. Más incluso que la necesidad es el deseo de Tu Santidad lo que me empuja a acabar rápidamente el viaje. En cualquier caso, gracias a las plegarias de Tu Santidad, yo estoy ya a las puertas, tras haber sufrido grandes penalidades en mi viaje. En efecto, desde hace treinta días -es el número de días que suma el tiempo que llevo de viaje- estoy en camino sin haberme concedido en ningún lugar ningún descanso, a pesar de que muchos de los señores obispos muy amados por Dios han experimentado indisposiciones en el camino y muchos caballos han caído por la rapidez de la marcha. Reza, pues, Señor, para que nosotros podamos acabar sin pena estos cinco o seis días que nos faltan y podamos abrazar tu santa cabeza que nos es sagrada⁸⁸.*

3. El concilio de Cirilo

Todas las presiones resultaron inútiles. Cirilo se veía seguro sin sus rivales orientales y se dispuso a repetir la maniobra de Teófilo en el sínodo de la Encina: en vez de verse juzgado por los obispos sirios en base a sus manifestaciones dogmáticas en los "Doce Capítulos", sería él el acusador. Finalmente, el 21 de junio, dio el golpe de mano declarando que el concilio se iniciaba al día

88. F. 30 (ACO I, I, 1, 119).

siguiente. Los sesenta y ocho obispos, entre ellos veintiún metropolitanos, que estaban con Nestorio firmaron una carta de protesta, pero Cirilo no se inmutó. La delegación que fue a presentársela al día siguiente fue expulsada de mala manera de la iglesia de María donde Cirilo y Memnón habían decidido celebrar las sesiones; lo mismo sucedió al conde Candidiano, que después declararía haber sido insultado y violentado⁸⁹. Pero no se atrevió a hacer uso de sus soldados para oponerse. Tenía, seguramente, miedo a enfrentarse militarmente a los obispos, y quizá también a los motines populares. Nestorio dará una explicación que coincide con la de Candidiano: *Como yo supongo, Candidiano conocía a éstos (los partidarios de Cirilo) y estaba atemorizado por ellos y sólo quiso enfrentarse a ellos con palabras, pues no se atrevió a pasar a los hechos y hacer daño a quienes realizaban tales acciones*⁹⁰.

Fue Cirilo quien inició y presidió las sesiones, aunque resultaba dudoso que le correspondiese realmente, pero ni los representantes del papa ni Nestorio, que oficialmente ocupaban un rango superior, éste en base al canon 3 del concilio de Constantinopla, estaban presentes. Pero tampoco Cirilo estaba legalmente legitimado para ejercer la presidencia porque debía comparecer como acusado por sus afirmaciones en los "Doce Capítulos".

A partir del inicio del concilio contamos con las Actas de las sesiones. Mas éstas no fueron redactadas por los notarios imperiales, que no asistieron, sino por el jefe de los notarios del propio Cirilo, Pedro, por lo que resulta sospechosa su imparcialidad. Otros documentos de otros protagonistas sirven para matizar algunas versiones de los hechos tal como aparecen en las Actas.

Las Actas de Cirilo⁹¹ se abren con la relación de los obispos presentes, 155, encabezados por Cirilo, Juvenal de Jerusalén, Mem-

89. F. 151, 3 (ACO I, V, 5, 120).

90. L.H. 105.

91. F. 33-63 (ACO I, I, 2, 3-64).

nón de Efeso y Flaviano de Filipos, que ostentaba la representación de Rufo de Tesalónica, y se cierra con el diácono Bessoulas, que representaba al obispo de Cartago. Después se les unirían otros de los no comprometidos hasta alcanzar el número de 200 obispos. Estaban en medio los Evangelios para poner de relieve que era Cristo quien presidía las sesiones: *El Santo concilio se reunió con dificultad en la santa iglesia llamada María e hizo de Cristo su asociado en la asamblea y como una especie de cabeza suya, pues el augusto evangelio estaba colocado sobre el santo trono*⁹².

La sesión se inició con la lectura de una segunda carta (**Sacra**) del emperador de que era portador Candidiano. En ella Teodosio II saluda y da la bienvenida a los obispos presentes, explica cuáles son las instrucciones que ha dado a Candidiano para que todo se desarrolle en buen orden y en paz, y hace saber que el conde Ireneo acompaña a Nestorio *exclusivamente por razones de amistad*⁹³. Siempre según las Actas, el notario Pedro fue el primero en tomar la palabra para hacer una breve relación de los acontecimientos que se habían sucedido desde que Nestorio comenzó su predicación contra el **theotokos** en Constantinopla. Después Juvenal pidió que se leyese la carta del emperador convocando el concilio y así se hizo. Después Firmo, obispo de Cesarea de Capadocia, pidió a Memnón que testificase los días que habían pasado desde la fecha fijada para el comienzo, a lo que éste respondió que dieciséis. Seguidamente Cirilo tomó la palabra para resaltar la paciencia que habían mostrado en esperar a los que faltaban y habían anunciado su llegada hasta el punto de que algunos obispos presentes en la ciudad habían caído enfermos y otros habían muerto, y utiliza el argumento de que Candidiano ha procedido a leer la carta del emperador como prueba de que da su conformidad al comienzo de las sesiones⁹⁴.

92. F. 118, 18 (ACO I, I, 3, 75-90): son palabras de Cirilo en su discurso apologético al emperador.

93. F. 31 (ACO I, I, 1, 120).

94. F. 35 (ACO I, I, 2, 7).

La versión de los acontecimientos que dará el propio Candidiano es muy diferente: éste se presentó en la asamblea para manifestar la prohibición de que comenzase el concilio hasta que no estuviesen presentes los orientales, de acuerdo con las instrucciones del emperador en la carta (**Sacra**) enviada al concilio de la que él era portador. Los presentes adujeron que desconocían cuáles eran las instrucciones porque la carta no había sido leída. Entonces Candidiano procedió a su lectura *para no darles pretexto a desorden*. La lectura fue acogida con grandes aplausos y el ingenuo Candidiano creyó que con ello acataban las instrucciones del emperador. Pero no fue sino una estratagema de Cirilo. La lectura de la carta fue considerada por los presentes como la apertura oficial del concilio con el beneplácito imperial, tras lo cual procedieron a expulsar de su asamblea al propio Candidiano y a los obispos enviados por Nestorio sin permitir que fuese leído el mensaje de que eran portadores⁹⁵.

Después de estos prolegómenos se pidió la presencia de Nestorio en el concilio. La práctica del derecho romano, adoptada por el derecho eclesiástico, exigía que cualquiera que tuviese que comparecer en juicio como acusado fuese convocado tres veces y si, tras la tercera no comparecía, se le consideraba caído en sus derechos. La asamblea de Cirilo decidió considerar como primera citación la comunicación hecha el día anterior anunciando el comienzo de las sesiones. Después se enviaron otras dos delegaciones a la residencia de Nestorio. Los delegados informaron de las dificultades que encontraron para acceder a Nestorio por estar su residencia rodeada de soldados con la orden de no permitir el paso a nadie⁹⁶. Nestorio después explicará en su autodefensa algunos de los hechos aclarando que gracias a la protección de los soldados se

95. F. 151,3 (ACO I, I, 5, 120): relación oficial de Candidiano al concilio de los orientales.

96. F.37-42.

salvó de ser linchado por el pueblo: *Habéis visto a qué acusación me he visto sometido por el hecho de que, para salvar mi vida de los conjurados que se habían levantado contra mí, yo tuve la necesidad de rodear mi morada de soldados para protegerme, con el fin de que no viniesen a mí con violencia y me hiciesen perecer. Tú me acusas de que soldados rodearon mi morada: no era para hacer algún mal, sino para impedirlos a vosotros llevar a cabo males contra mí*⁹⁷.

Evidentemente Nestorio no quería reconocer la legitimidad de la asamblea reunida en torno a Cirilo y Memnón y esperaba la llegada de los obispos orientales para sentirse más arropado y, además, Candidiano le daba la razón protestando contra la ilegalidad de la asamblea. Todo inútilmente. Se procedió a la lectura del credo de Nicea y después a la lectura de la primera carta que Cirilo había dirigido a Nestorio al inicio de la controversia y de la carta de respuesta de éste. Se leyeron también otros documentos aportados por Cirilo, que ya conocemos, como la correspondencia intercambiada entre él y Celestino. Se adujeron igualmente los extractos recopilados por Cirilo de algunas homilías de Nestorio e incluso de algunas frases pronunciadas por éste durante su estancia en Efeso. Muchos de los obispos presentes fueron manifestando uno a uno, con palabras recogidas textualmente en las Actas, la conformidad con la ortodoxia de los escritos de Cirilo, y las *blasfemias* que contenían los escritos de Nestorio⁹⁸.

Aunque las Actas sólo recogen el pronunciamiento expreso de algunos de los obispos presentes, el voto final de todos ellos fue unánime en la condena de Nestorio. La condena no se hizo mediante votación, secreta o pública, o mediando cualquier debate dogmático, sino que Cirilo impuso su punto de vista: Nestorio ya había sido condenado y el concilio debía limitarse a levantar acta.

97. L.H. 119-120.

98. F. 43-47.

El debate fue sustituido por aclamaciones que iniciaba uno de los presentes y repetían todos una o más veces. Las Actas no recogen en este caso, como ocurre en otras más precisas, las veces que era repetida cada aclamación. Seguramente, el notario de Cirilo no se preocupó de contarlas y se limitó a transcribir las distintas voces en estos términos:

Todos los obispos exclamaron a una: «¡Que aquél que no anatematiza a Nestorio, sea anatema! La fe ortodoxa lo anatematiza, el concilio lo anatematiza. El Santo concilio lo anatematiza. ¡Que quien esté en comunión con Nestorio, sea anatema! Todos nosotros anatematizamos la carta y las doctrinas de Nestorio. Todos nosotros anatematizamos al herético Nestorio. Todos nosotros anatematizamos a aquéllos que están en comunión con Nestorio. Nosotros anatematizamos la fe impía de Nestorio. Todos nosotros anatematizamos la doctrina impía de Nestorio. Todos nosotros anatematizamos al impío Nestorio. Toda la tierra anatematiza la religión impía de Nestorio ¡Que aquél que no lo anatematice, sea anatema! La fe ortodoxa le anatematiza. El Santo concilio lo anatematiza. ¡Que aquél que esté en comunión con Nestorio sea anatema! ¡Que se lea la carta del muy santo obispo de Roma!»⁹⁹.

Cirilo logró, no sólo sentar a Nestorio en el banquillo de los acusados, sino condenarlo en una sola mañana, y sin oposición de nadie, en los términos que él mismo deseaba. Los teólogos modernos están de acuerdo en que las manifestaciones de Nestorio que Cirilo había aducido desde el principio de la polémica como heréticas y que se volvieron a leer en el concilio, son perfectamente ortodoxas en base a la doctrina que después se fijará por León Magno y el concilio de Calcedonia y al vocabulario de que entonces se servía la escuela teológica de Antioquía. No era ortodoxa, sin embargo, la doctrina de Cirilo en los "Doce Capítulos". Pero el obispo alejandrino logró que su propia doctrina no se examinase y

99. F. 48.

que Nestorio pasase a la posteridad como la encarnación del hereje blasfemo y diabólico.

El atropello que se produjo en Efeso en la mañana del 22 de junio del 431 se explica por la mentalidad individual y colectiva de los obispos de la época. La mayoría de éstos eran personas de escasa doctrina y sin ninguna personalidad, que se limitaban a seguir fielmente los dictados que les marcaban los líderes de cada momento, fuesen eclesiásticos como Cirilo, o políticos como el emperador. La historia posterior hasta Calcedonia pondrá de manifiesto la forma descarada y servilista con que cambiaban de opinión y voto según las circunstancias. Recuerdan a los diputados de algunos parlamentos modernos que votan ciega y disciplinadamente lo que su portavoz les indica.

Cirilo consiguió sus propósitos sin tener que intervenir personalmente en el concilio. Las Actas reflejan que sólo tomó la palabra en dos ocasiones y para cuestiones accesorias. En realidad fue su notario Pedro quien dirigió las sesiones y hubo algunos obispos que tomaron la palabra para hacerle el trabajo sucio¹⁰⁰. Lograda la condena de Nestorio, que era el objetivo del patriarca alejandrino, los obispos siguieron reunidos para disfrutar del triunfo y tranquilizar sus conciencias asegurándose de que habían obrado correctamente. Por ello consumieron el resto de la jornada, primero contando algunos de los presentes chismorreos sobre ciertas afirmaciones blasfemas que Nestorio habría hecho durante debates privados en los días que precedieron al concilio. Después Pedro leyó una serie de extractos de doctrina cristológica entresacados de

100. Esta es la versión que se desprende de las Actas, que, como dijimos, no son muy fiables. Por el contrario, Nestorio en Libro de Heráclidas atribuirá a Cirilo todo el protagonismo. En cualquier caso, es evidente que, de una manera manifiesta o solapada, él fue el alma del concilio y que éste hizo todo lo que él quería. Hay que manifestar que el obispo Isidoro de Pelusio, que era ajeno a los hechos, no es menos crítico con Cirilo que los enemigos de éste, AC● I, IV, 9.

escritos de diversos Padres griegos y latinos aducidos para confirmar la rectitud de la doctrina de Cirilo y otros extractos de obras de Nestorio que supuestamente eran expresión palpable de su pensamiento blasfemo. Terminada la lectura de éstos, Flaviano de Filipos manifestó: *Puesto que las palabras de Nestorio son horribles y blasfemas y nuestras orejas no soportan ser manchadas más, que cada una de sus blasfemias sea insertada en las Actas como acusación de aquel que las ha enseñado*¹⁰¹. Fue en este momento cuando el notario Pedro quiso rectificar lo que podría considerarse un error formal y procedió a la lectura del mensaje que el obispo de Cartago Capreolo había enviado por medio de su diácono Bessoulas. Terminada la lectura, Cirilo tomó la palabra por segunda vez en la sesión para proponer que se insertase la carta en las Actas. Naturalmente todos los presentes asintieron servilmente: *¡Ésta es la opinión de todos! ¡Todos nosotros lo aprobamos! ¡Es el voto de todos!*¹⁰².

Sólo faltaba redactar y firmar la condena de Nestorio. Esta fue redactada en términos escuetos y precedida de una exposición de motivos. Las Actas no dicen quién fue su autor, pero todo induce a creer que fue el propio Cirilo, pues en su tono, forma y contenido recuerda muy de cerca la condena y deposición de Juan Crisóstomo en el sínodo de la Encina. Como en aquella ocasión Teófilo, también aquí Cirilo se mantiene en segundo plano y se escuda en la autoridad del obispo de Roma. El texto de la condena formal fue el siguiente:

El Santo concilio ha dicho: Entre otras cosas, como el muy bonrado Nestorio no ha querido obedecer a nuestra citación, ni ha recibido a los muy piadosos obispos que nosotros le hemos enviado, nos hemos visto forzados a proceder al examen de las impiedades que él ha manifestado y, como por sus cartas y escritos que se han leído, y por los sermones que ha pronunciado recientemente en esta

101. F. 60 (final).

102. F. 61.

*metrópoli*¹⁰³ sobre lo cuales tenemos testimonios y otros hemos conocido que piensa y predica como a impía, obligados por los cánones y por la carta de nuestro muy santo padre y colega en el ministerio Celestino obispo de la iglesia de Roma, hem llegado no in muchas lárimas, a esta lamentable sentencia contra él: **«Nuestro Señor Jesucristo, blasfemado por él, ha decidido mediante el muy santo presente concilio que el susodicho Nestorio está, a partir de ahora privado de la dignidad episcopal y separado de todo el cuerpo de los obispos»**¹⁰⁴.

La sentencia sigue la firma de 197 obispos. Vimos que acuerda la apertura hasta la firma de sólo 155. Naturalmente algunos se unieron a la asamblea durante el día y se adhirieron a la firma con posterioridad para una posterior data haciendo notar que *después de que este obispo suscribieron la deposición de Nestorio acudieron al santo concilio otros obispos, que también suscribieron la sentencia establecida. Los obispos fueron más de 200. Algunos ocuparon el lugar de otros obispos que no habían podido venir a la metrópoli de Efeso*¹⁰⁵.

Termina la primera sesión del "santo concilio", a Cirilo sólo le quedaba disfrutar del éxito momentáneo. Primer dar a conocer la sentencia al propio Nestorio. Le fue comunicada al siguiente en estos términos

103. Hay que poner de relieve la tendenciosa falsedad de esta afirmación, pues Nestorio desde su llegada a Efeso no pronunció ningún sermón, porque le fueron cerradas las puertas de todas las iglesias de la ciudad. Las manifestaciones que el texto llama "sermone" fueron, como se pone de relieve en las propias Actas, diatribas doctrinales que el obispo de Constantinopla mantuvo con algunos obispos que fueron a visitarle en su residencia.

104. F. 61-62.

105. Ibid. Hay que resaltar que uno de los obispos que firman, Teodoro de Gadara, lo hace por medio de su archidiacono Etéreo, porque él "no sabe escribir". El presbítero Paulo manifiesta que firma en nombre de su obispo Venancio de Hierápolis, porque "él estaba prento y me lo ordenó". Otros cinco más estampan su firma por medio de otros aduciendo que estaban enfermos o tenían algún mal en la mano. Cabe preguntarse si, bajo estas excusas, no se escondía su analfabetismo, y cuántos de los que firman con su propia mano sólo sabían "dibujar" su nombre.

“A Nestorio, nuevo Judas. Sabe que, a causa de tus predicaciones y de tu desobediencia, según el decreto de las sanciones eclesiásticas, el día 22 del presente mes de junio, tú has sido depuesto por el Santo Sínodo y tú estás excluido de toda dignidad eclesiástica”¹⁰⁶.

Después se hizo público el texto de la condena de Nestorio mediante copias que fueron fijadas en los edificios públicos de la ciudad y mediante heraldos que recorrían las calles pregonándolo. Cirilo quiso también compartir su alegría y su éxito con sus fieles de Alejandría. Inmediatamente expidió una carta a su ciudad narrando sucintamente los hechos ocurridos dentro de la iglesia y, con más detalle, su salida triunfal de ésta rodeado de sus obispos y la acogida dispensada por el pueblo de Efeso: *Todo el pueblo de la ciudad permanecía en espera, desde la mañana a la noche, esperando la sentencia del Santo concilio. Cuando supieron que el impío Nestorio había sido depuesto, con una sola voz, comenzaron a bendecir al Santo concilio y a glorificar a Dios porque el enemigo de la fe había caído. Cuando nosotros salimos de la iglesia, el pueblo nos acompañó con antorchas hasta nuestras moradas, pues era ya de noche. Hubo gran jolgorio y luces en la ciudad, hasta el punto de que las mujeres nos precedían con incensarios. El Salvador ha mostrado a aquellos que blasfemaban de su gloria que es Omnipotente. Así pues, cuando hayamos redactado los documentos oficiales sobre la deposición de Nestorio, nos daremos prisa en llegar a vosotros con la gracia de Dios¹⁰⁷.*

106. F. 63.

107. F. 28 (ACO I, I, 1, 117-118). Esta carta ha sido citada frecuentemente en la historiografía oficial de la Iglesia como testimonio de que en el concilio se produjo la proclamación solemne del dogma de María Madre de Dios (Theotokos). En realidad el tema, ni se abordó en el concilio, ni la carta hace alusión alguna a la Virgen Madre, salvo incidentalmente cuando dice que la reunión tuvo lugar en la basílica “denominada María Madre de Dios”. Se trata sólo de un bando de victoria de Cirilo. Pero este día ha pasado de la historia a la leyenda, y ha sido después considerado como el del triunfo de la piedad mariana.

El concilio fue para Cirilo un paseo triunfal: ni uno sólo de los obispos presentes propuso un debate o se opuso a sus deseos - los que se oponían no asistieron-, pero después, en un discurso pronunciado en Efeso para atacar a Juan de Antioquía, no tendrá rubor en calificar su desarrollo como una durísima batalla a la que el obispo antioqueno no había tenido el valor de asistir retrasando voluntariamente su llegada: *Tú nos ves ahora cubiertos del polvo del combate, húmedos todavía por el sudor de la batalla... Pero tú no has tomado parte en la batalla. Tú no has luchado con los combatientes. Tú te has mantenido a distancia observando a quienes luchaban valientemente*¹⁰⁸.

4. El concilio de Juan de Antioquía

Cirilo era demasiado ingenuo si pensaba que el tema iba a quedar resuelto de esta forma, aunque lo intentó. Pero tampoco Candidiano permaneció inactivo. Hizo público un edicto en el que proclamaba sin valor las decisiones del concilio y envió a la Corte su propia relación de los hechos que, aunque no se ha conservado, sabemos que difería totalmente de la enviada por Cirilo. También Nestorio y los obispos que le acompañaban enviaron su propio informe exponiendo las violencias de que habían sido víctimas desde su llegada a Efeso y calificando el concilio de *facción sediciosa*. Curiosamente, Nestorio no menciona en este informe a Cirilo, sino que hace a Memnón el responsable de todos los atropellos¹⁰⁹. El 29 de junio salió de Constantinopla un emisario imperial, el "magistriano" Paladio, como portador de un rescripto imperial por el que se anulaban todas las decisiones tomadas por el concilio

108. F. 78.

109. F. 146 (ACO I, I, 5, 13-15).

110. F. 83 (ACO I, I, 3, 9-10).

y se ordenaba que se examinasen de nuevo todos los temas en disputa con la presencia de todos los obispos¹¹⁰.

Cuando Paladio partió para Efeso los acontecimientos aquí se habían precipitado. Cuatro días después del concilio de Cirilo, el 26 de junio, llegó a Efeso Juan de Antioquía con su séquito de obispos sirios. Con su llegada comenzó una nueva fase, la más larga y complicada del concilio.

La información que poseemos sobre los acontecimientos que se sucedieron después de la primera sesión del día 22 es muy abundante, pero contradictoria. Se han conservado gran cantidad de las numerosas cartas e informes que con afanes propagandísticos y con el deseo de ganarse apoyos emitieron cada uno de los bandos en disputa. Pero, como es de esperar, cada una de las partes da "su versión", que difiere profundamente de la del rival. Contamos también con la versión de los hechos que proporcionó posteriormente Nestorio en su apología. No existe ninguna exposición imparcial y desinteresada de los acontecimientos. Por ello, el historiador se ve en la necesidad de elaborar una secuencia de los hechos en base al cotejo de las diversas versiones con una ecuanimidad que no resulta fácil.

Es de suponer que antes de su llegada a Efeso, Juan tuviese ya noticias de lo que había sucedido en los días anteriores. Apenas cruzó las puertas de la ciudad, los emisarios de Cirilo acudieron a notificarle con la mayor naturalidad la condena de Nestorio y a solicitarle que no se pusiese en contacto con él. No hizo caso e inmediatamente *-sin haberse sacudido el polvo de sus sandalias*, como denunciarán después sus rivales-, convocó a sus partidarios en su propia residencia. Sumaban en total 43 obispos. No se citó a Nestorio para evitar, seguramente, acusaciones de tendenciosidad o cualquier impugnación por la presencia de un obispo depuesto. De hecho, a partir de ahora, Juan de Antioquía hará su propio juego al margen de Nestorio, al que se empieza a considerar un estorbo. Su objetivo y rival es Cirilo. Acudió Candidiano, quien con su presencia y con la lectura de la carta oficial del emperador a los padres

conciliares, dio valor legal a esta asamblea, frente a la presidida por Cirilo, y expuso su versión de los acontecimientos que habían tenido lugar el 22 de junio¹¹¹. Todos los presentes comprendieron inmediatamente que el responsable de todo había sido Cirilo que deseaba evitar ser condenado por los orientales. La interpretación fue semejante a la que, entre lamentos, expresó años después Nestorio: *El (Cirilo) constituía todo el tribunal, porque todo lo que decía lo repetían al mismo tiempo los otros, y para ellos, sin duda, Cirilo hacía las veces de tribunal... El reunió a aquellos que le eran gratos, lejanos o vecinos, y se constituyó en juez. Fui después convocado por Cirilo, que había reunido el concilio y que era el jefe de él. ¿Quién juzgaba?, Cirilo. ¿Quién acusaba?, Cirilo. ¿Quién era obispo de Roma?, Cirilo. Cirilo lo era todo, Cirilo era obispo de Alejandría y ocupaba el puesto del santo y venerable obispo de Roma, Celestino*¹¹².

Junto a Cirilo todos consideraron segundo máximo responsable a Memnón de Efeso. Por ello, la reacción del concilio de los orientales fue tan rápida como contundente: declararon depuestos como obispos a Cirilo y Memnón y, con ellos, a todos sus seguidores, a no ser que condenaran los "Doce Capítulos". Las palabras de Juan de Antioquía fijaron la postura a seguir: *Yo hubiera deseado que ninguno de aquellos que se han entregado al servicio de Dios fuese excluido del cuerpo de la Iglesia. Pero, puesto que es necesario cortar los miembros enfermos para la salud de todo el cuerpo, conviene castigar con la deposición a Cirilo y Memnón como responsables de la irregularidad cometida, como culpables de haber pisoteado las leyes eclesiásticas y los piadosos decretos de nuestros muy piadosos emperadores, y a causa de la herejía de los mencionados «capítulos». Conviene también que los obispos arrastrados por ellos sean excomulgados hasta que, reconociendo su falta, anate-*

111. F. 151 (ACO I, I, 5, 119-124): se trata de las Actas del concilio de los orientales.

112. L.H. 117.

maticen los «capítulos» heréticos de Cirilo, profesando que se adhieren a la fe de los muy santos Padres reunidos en Nicea...¹¹³. Seguidamente los 43 obispos presentes firmaron la condena¹¹⁴.

La condena y deposición no dejan de ser sorprendentes y reflejan, incluso en su redacción, la precipitación con que se llevó a cabo. A Cirilo se le depone por causas dogmáticas, pero sin haberle dado ocasión de defenderse; a Memnón por el protagonismo que tuvo en los hechos anteriores y porque se le atribuye compartir las ideas de Cirilo, lo mismo que a todos los obispos que habían participado en el concilio de éste. En la condena subyace una suposición: quienes han condenado a Nestorio, cuya doctrina consideran ortodoxa los orientales, es porque comparten la doctrina opuesta de Cirilo, que ellos consideran herética.

La sentencia de deposición lleva una exposición de motivos en la que se resumen los hechos según las versiones proporcionadas por Candidiano y los nestorianos y pone de relieve que Juan había llegado a Efeso convencido de la herejía de Cirilo en los "Capítulos" y dispuesto a condenarle si no rectificaba: *Puesto que, sirviéndose de la violencia y del desorden, y con un espíritu herético, habéis constituido un concilio aparte, a pesar de que nosotros nos encontrábamos a las puertas de la ciudad obedeciendo el decreto de nuestros muy piadosos emperadores; y, puesto que habéis llenado la ciudad y el concilio de todo tipo de desórdenes, para que no se examinasen vuestros «capítulos» que concuerdan con la herejía y la impiedad de Apolinar, de Arrio y de Eunomio; y, puesto que no habéis esperado la llegada de los santos obispos venidos de todas partes siguiendo la convocatoria de nuestros muy piadosos emperadores, y todo esto, a pesar de que el magnificéntísimo conde Candidiano os recomendaba por escrito y de palabra que no os atrevieseis a nada semejante, sino que esperaseis la común reunión del concilio*

113. F. 151, 12.

114. Ibid. 16.

lio de los muy santos obispos en su totalidad; por estas razones, sabed que habéis sido depuestos y excluidos del episcopado, tú Cirilo, obispo de Alejandría, y tú Memnón, obispo de esta ciudad, y que vosotros habéis sido apartados de toda función eclesiástica, en cuanto que habéis sido los responsables y promotores de todo el desorden y de toda la ilegalidad y habéis sido la causa de que hayan sido pisoteados los cánones de los Padres y los decretos imperiales¹¹⁵.

La precipitación en la actuación de los orientales se comprende por el afán de contrarrestar las maniobras de Cirilo. Al día siguiente del concilio, inició una actividad frenética enviando cartas e informes a Constantinopla con la idea de conseguir que el emperador ratificase el acuerdo de deposición de Nestorio y que el clero, los fieles y, especialmente, los monjes de la Capital, se movilizasen para presionar en el mismo sentido y procediesen inmediatamente a elegir a un nuevo obispo. Comienza así el enorme dossier de documentos que se han conservado en las colecciones conciliares.

Las versiones que Cirilo da en estos informes son un modelo de manipulación histórica: miente y falsea la información que aporta y silencia aquello que no le interesa, todo ello justificado en base a los más altos principios de la fe cristiana. Al propio tiempo, sus agentes en Constantinopla comienzan a movilizar a su favor al pueblo y a los monjes. Por vez primera aparece en escena el monje Dalmacio, que se convertirá a partir de ahora en líder monástico y en el agente más activo de Cirilo en la Capital. Los informes que «su» concilio envía al emperador proporcionan, naturalmente, una versión similar, pero con una serie de matizaciones respecto a la enviada al clero de Constantinopla, lo que demuestra una vez más el doble lenguaje de que era capaz de hacer uso Cirilo según las circunstancias y el destinatario de sus escritos¹¹⁶. Aquí expone la

115. Ibid 15.

116. F. 81 (ACO I, I, 3, 3-5).

version, que tratará de que se imponga como oficial, de que había procedido a la apertura del concilio porque Juan de Antioquía le había enviado un mensaje diciéndole que iniciase las sesiones sin esperar a su llegada, lo que es desmentido por las cartas e informes conservados de Juan¹¹⁷. Tiene también la desfachatez de decir que Nestorio no se dignó recibir a sus emisarios y que había hecho rodear su residencia por soldados, *a pesar de que no había el más mínimo desorden en la ciudad*. Por vez primera se solicita al emperador que todos los libros de Nestorio sean arrojados al fuego *como ultraje que son a la divinidad*¹¹⁸.

Cuando llegó el rescripto imperial del 29 de junio, del que era portador Paladio, fue ignorado por Cirilo y los suyos, pues era de gran dureza para ellos y decretaba la anulación de todas las actuaciones y volver a la situación del 21 de junio¹¹⁹. El emperador no acepta la validez del concilio de Cirilo porque no se han cumplido los requisitos de la convocatoria al no estar presentes todos los obispos convocados, ni se han examinado y discutido los puntos controvertidos de la fe, sino que se han dejado llevar por el odio, por lo que considera que se ha cometido una "arbitrariedad". En consecuencia, ordena que se reúnan de nuevo todos los obispos para estudiar los dogmas de la ortodoxia y prohíbe que ningún obispo abandone la ciudad de Efeso para dirigirse a Constantinopla o para volver a su ciudad. Comunica el envío de un nuevo comisario imperial para que colabore con Candidiano en implantar el orden y dé una nueva versión de los acontecimientos, y manifiesta que se han dado instrucciones a todos los gobernadores de provincia para que impidan que nadie vuelva a su patria sin permiso imperial. Así pues, lo que el emperador decide es mantener a los

117. Este, por el contrario, manifestará, que Cirilo le había escrito dos días antes diciéndole que esperaba su llegada para comenzar el concilio, F. 153 (ACO I, V, 124); véase Apéndice II.

118.F. 81, 7.

119. F. 83 (ACO I, I, 3, 9-10).

obispos en una especie de detención domiciliaria en Efeso hasta que todos se pusiesen de acuerdo en los temas de la fe.

El rescripto imperial no surtió ningún efecto. Es más, a partir de este momento no hubo uno sino dos concilios en Efeso y los participantes en cada uno de ellos se consideraban los únicos legitimados para proceder a la condena de los rivales. Las sesiones de uno y otro concilio lo único que hicieron fue elaborar repetidos informes y ejercer presiones tendentes a buscar apoyos y, especialmente, el reconocimiento del emperador, a quien todos consideran la única autoridad capaz de dar fuerza legal a sus actuaciones.

Cirilo no sólo intenta el reconocimiento imperial, sino que espera seguir contando también con el apoyo del papa Celestino a quien envía su versión de lo sucedido, cuando aún no habían llegado a Efeso los legados papales¹²⁰. En este informe va subiendo el tono de las acusaciones y el obispo alejandrino no se retrae en los insultos a sus rivales y en los halagos al papa. Si en el informe al emperador se aducía que Juan de Antioquía había pedido que el concilio se iniciase sin su presencia, aquí aduce Cirilo otro de los argumentos a que recurrirá una y otra vez: que el retraso de los orientales fue voluntario, inducido por su mala conciencia, para ultrajar al concilio y para favorecer a Nestorio por razones de amistad, y descalifica con los peores términos a los obispos del concilio rival: *No sólo son apóstatas y blasfemos que secundan a Nestorio, sino que Juan ha reunido una especie de colegio de treinta hombres que de obispos sólo tienen el nombre; algunos no tienen ni patria, viven en el ocio y no detentan iglesia, otros han sido depuestos hace años por motivos graves por sus metropolitanos y con ellos hay Pelagianos y Celestianos y algunos de ellos han sido expulsados de Tesalia.* Al decreto de deposición lo consideran un *folleto ultrajante que ha sido fijado en los muros del teatro para dar un espectáculo de su impiedad.* Ellos se han reunido de nuevo para estudiar la situación

120. F. 82 (ACO I, I, 3, 5-9).

y hubieran querido reaccionar declarando contra Juan y los suyos la misma sentencia que ellos están lanzando contra Cirilo y Memnón, pero *hemos reservado la decisión al juicio de Tu Santidad. Sin embargo, en espera de ésta, les hemos declarado excomulgados y les hemos privado de toda actividad sacerdotal.*

Tampoco Juan de Antioquía y los suyos se mantuvieron inactivos y multiplicaron sus informes y mensajes a la Corte, al clero y al pueblo de Constantinopla, llenos también de acusaciones e insultos hacia Cirilo, Memnón y sus seguidores¹²¹. Los orientales reclaman que para el buen desarrollo del concilio debían admitirse en éste tan sólo dos obispos por cada provincia, interpretando con esta limitación la orden de convocatoria que hablaba de “algunos” obispos. Piden también que Memnón, como responsable principal de los desórdenes en la ciudad, sea alejado de Efeso -después pedirán que el concilio se traslade a otra ciudad más próxima a la Corte-. Paladio, por su parte, partió inmediatamente para la Capital llevando sus propios informes tras haberse entrevistado con ambos bandos¹²².

Entretanto llegaron a Efeso los legados del papa Celestino: los obispos Arcadio y Proyecto y el presbítero Felipe. Naturalmente, entraron de inmediato en contacto con Cirilo siguiendo las instrucciones que habían recibido. El 10 y 11 de julio Cirilo celebró la segunda sesión de su concilio con la presencia de los legados¹²³. Se dio lectura a la carta del papa de que eran portadores, que fue recibida con aclamaciones unánimes y, seguidamente, se procedió a la lectura de las Actas de las sesiones del 22 que los legados aprobaron en su totalidad. Los legados papales no entraron en debates dogmáticos: su única preocupación era poner de manifiesto la primacía de la Sede Romana y ratificar con la autoridad de

121. F. 153-163 (ACO I, I, 5, 124-135).

122. F. 84 (ACO I, I, 3, 10-13).

123. F. 106 (ACO I, I, 3, 53-63).

ésta la deposición de Nestorio. En la actitud de los legados papales, que no hacen sino seguir las instrucciones de Roma, se advierte una maniobra manifiesta: si Cirilo se estaba sirviendo de Roma para lograr sus propósitos, Roma se servirá de él por razones de política eclesiástica, a saber, para afirmar su primacía en Oriente. Se explica así que Roma se obstinase en reconocer como único concilio válido el de Cirilo.

5. La primera intervención imperial: deposición y arresto de Cirilo y Memnón

Los acontecimientos que tenían lugar en las dos asambleas conciliares y las reacciones de la Corte imperial eran seguidas con enorme pasión popular, tanto en Efeso como en Constantinopla, que es donde en realidad tenía que decidirse la suerte de los acontecimientos, pues sólo el emperador tenía poder para reconocer una u otra asamblea episcopal. En Efeso el pueblo estaba masivamente a favor de Cirilo y Memnón y expresaba su apoyo con continuos actos de violencia hacia los rivales. Los orientales denunciarán una y otra vez manifestaciones de hostilidad y violencia. Contaban con el apoyo de las tropas imperiales bajo las órdenes de Candidiano, por lo que los cirilianos denunciarán la violencia que sobre ellos ejercían los soldados. Nadie hacía nada por calmar los ánimos. Tras su deposición por los orientales, Cirilo y algunos de sus obispos se dedicaron a predicar en las iglesias de Efeso encendidos sermones, llenos de insultos contra sus rivales, con los que trataban de mantener al pueblo soliviantado¹²⁴. Por su parte, Juan de Antioquía habría intentado consagrar a otro obispo para Efeso en sustitución de Memnón, lo que le habría sido impedido por una sublevación popular¹²⁵. Pero

124. F. 70-80 (ACO I, I, 2, 70-104).

125. F. 101 (ACO I, I, 3, 46-47): la información procede de Memnón.

Juan dará otra versión completamente diferente de los hechos, manifestando que sólo había querido celebrar un acto de acción de gracias en la basílica de S. Juan cuando tuvo conocimiento del rescripto imperial anulando los acuerdos de la asamblea del 22 de junio¹²⁶. Cualquiera que sea la versión real, resulta difícil pensar que Juan tuviese la osadía de sustituir a Memnón sabiendo que éste contaba con todo el apoyo popular, por más que se sintiese arrojado por los soldados de Candidiano, aunque la actitud de Juan podría explicarse como una reacción ante el hecho de que Cirilo, al día siguiente de deponer a Nestorio, había escrito al clero de Constantinopla instándole a que procediesen a elegir un nuevo obispo.

Candidiano, siguiendo instrucciones de la Corte, impuso un férreo bloqueo en Efeso para evitar, no sólo la salida de ningún obispo, sino el envío de mensajes a Constantinopla. Los cirilianos se quejaban de que sólo les afectaba a ellos, pero consiguieron burlarlo. Escondido en el bastón de un mendigo, lograron enviar un mensaje a los monjes de Constantinopla pidiéndoles que se movilizasen ellos y que movilizasen a la población para presionar al emperador. Comenzó así el protagonismo del monje Dalmacio que se constituye en el primer abanderado de los intereses de Cirilo en Constantinopla. Era un monje muy respetado por el emperador - recuérdese que le había intentado nombrar obispo antes de Nestorio y él se había negado- y enormemente popular por su fama de santidad. Dalmacio saltó a la vía pública en defensa de Cirilo declarando que por vez primera salía del monasterio después de cuarenta y ocho años para defender la ortodoxia mancillada por Nestorio¹²⁷.

Por su parte, los orientales enviaron a la Corte a Ireneo, el **comes** que acompañaba a Nestorio en Efeso, para contrarrestar

126. F. 154, 4 (ACO I, I, 5, 127); F. 159 (ACO I, I, 5, 131); F. 162 (ACO I, I, 5, 133).

127. F. 66-67 (ACO I, 2, 1, 65-68).

esta propaganda. El informe que envió desde la Capital a los orientales es la mejor descripción del ambiente de tensión y enfrentamiento que reinaba en Constantinopla¹²⁸. Por vez primera se alude claramente a los sobornos de Cirilo a cortesanos y altos funcionarios, un tema que, a partir de ahora, será cada vez más frecuente en las quejas de los orientales.

Así pues, el mes de julio transcurrió entre presiones de uno y otro bando ante la Corte y movilizaciones populares en Efeso y en Constantinopla. Parece que en la Corte se impuso la idea de que Nestorio era un obstáculo y había que abandonarlo a su suerte, pero que, en contrapartida, había que prescindir también de Cirilo y Memnón. Hasta qué punto en Constantinopla no se sabía qué hacer en una situación tan complicada lo demuestra el hecho de que hasta primeros de agosto no llegó a Efeso el nuevo emisario que el emperador había prometido enviar en su rescripto el 29 de junio. Se trató del **comes sacrarum largitionum** Juan, quien se presentó con un nuevo rescripto imperial¹²⁹. Este va dirigido a los obispos presentes en Efeso, pero se incluyen algunos nombres de obispos que no habían asistido como el papa Celestino, Rufo de Tesalónica y Agustín de Hipona muerto un año antes. Este hecho ha sido considerado por algunos críticos modernos como una prueba del desconocimiento total que había en la Corte de lo que estaba sucediendo en Efeso. Se trata más bien de un mero formalismo de la cancillería imperial: al elaborarlo se había tomado el listado de obispos a quienes se había enviado la convocatoria de concilio.

El rescripto está concebido con astucia diplomática. El emperador parece ignorar que ha habido dos concilios diferentes y finje aceptar que sólo ha habido uno en el cual se ha acordado la deposición de Nestorio, Cirilo y Memnón. En consecuencia, se limita a aceptar estos acuerdos y encarga al **comes** Juan que los

128. F. 164 (ACO I, V, 135-137).

129. F. 93 (ACO I, I, 3, 31).

ejecute. Y, como si nada hubiese ocurrido, pide a todos los obispos que retornen tranquilamente a sus casas: *Nosotros aprobamos la deposición de Nestorio, de Cirilo y de Memnón que Vuestra Piedad nos ha dado a conocer, pero condenamos todas vuestras actuaciones, respetando, en lo que afecta al cristianismo, la fe y la ortodoxia que hemos recibido en tradición de nuestros antepasados y que el muy Santo concilio (Nicea), reunido bajo el difunto Constantino, ha sancionado unánimemente. Cada uno de los miembros de vuestro muy Santo concilio velará, pues, poniendo fin a toda controversia y desechando todos los escándalos, por volver en paz y en concordia a su patria.*

El acuerdo se fundamenta en la recomendación propuesta por el anciano obispo Acacio de Berea a quien se había solicitado consejo. Bajo esta apariencia de ingenuidad se esconde la convicción de la Corte de que lo que estaba en juego eran personalismos y rivalidades y que, eliminados los protagonistas, todo se solucionaría. Pero los ánimos estaban demasiado excitados y ambos bandos habían tomado decisiones demasiado graves como para que fuesen capaces de olvidar lo sucedido.

Los primeros contactos del conde Juan con las partes le pusieron de manifiesto lo difícil de su misión. Para proceder a la lectura de la carta imperial convocó a ambos bandos pero hubo negativas tajantes a acudir -hay que recordar que desde su llegada a Efeso ni Nestorio ni Juan se habían visto con Cirilo y Memnón y que los escasos contactos se produjeron mediante intermediarios y mensajeros-, pues los miembros de cada bando se negaban a que estuviesen presentes los líderes del otro. Después de un día entero de negociaciones y discusiones, el delegado imperial impuso por la fuerza que pudiese ser leída la carta sin la presencia ni de Cirilo ni de Nestorio¹³⁰. La carta establecía que los depuestos Cirilo, Memnón y Nestorio quedasen, a partir de ahora, en arresto domiciliario.

130. F. 45 (Ath.), (ACO I, I, 7, 67).

La deposición de éstos líderes significaba un triunfo para Juan y los orientales. Estos expresaron su satisfacción en una carta al emperador¹³¹, mientras los cirilianos expresaron en otra carta simultánea su total desacuerdo reafirmandose en que el único concilio válido y ecuménico era el suyo¹³². A partir de este momento se intensifican de nuevo las campañas de informes, presiones de todo tipo y descalificaciones a los rivales¹³³. La decisión del emperador no logró más que afirmar a cada bando en sus posturas y ahondar los odios y las diferencias. Las acusaciones de herejía del rival se acentuaron y la situación no podía prolongarse indefinidamente. Los obispos llevaban tres meses reunidos en Efeso sin que los miembros de cada bando no sólo no entrasen en diálogo, sino que ni siquiera se dirigiesen la palabra. A la vista de esta situación, el emperador tomó una nueva decisión, convocar en la Corte a una delegación de cada concilio para que, en su presencia, tratasen de alcanzar algún acuerdo.

6. La segunda intervención imperial: reunión de Calcedonia, dimisión de Nestorio y disolución del concilio.

Teodosio II convocó en Constantinopla, a comienzos de septiembre, a dos delegaciones de siete miembros de cada concilio. En cierto modo, es lo que habían reclamado Juan de Antioquía y los suyos desde su llegada a Efeso, que se convocase un nuevo concilio.

131. F. 48 (Ath.), (ACO I, I, 7, 69).

132. F. 94 (ACO I, I, 3, 32-33).

133. F. 99 (ACO I, I, 3, 43-44): carta de los cirilianos a sus agentes en Constantinopla; F. 100 (ACO I, I, 3, 45): carta de Cirilo al clero de Constantinopla; F. 102 (ACO I, I, 3, 47): nueva carta de los cirilianos al emperador; F. 103 (ACO I, I, 3, 49): petición del clero de Constantinopla a favor de Cirilo y Memnón; F. 104 (ACO I, I, 3, 50): carta de Cirilo a sus agentes de Constantinopla; F. 105 (ACO I, I, 3, 51-53): nueva carta del concilio de Cirilo al clero de Constantinopla.

lio o que el de Efeso se trasladase a Constantinopla. Se trataba ahora de un concilio restringido, por delegación.

La delegación de los orientales estuvo encabezada por el propio Juan y contaba entre sus miembros a teólogos tan destacados como Teodoreto de Ciró. La delegación de los cirilianos la encabezaba el intrigante Juvenal de Jerusalén, que había logrado adquirir cada vez más protagonismo, y estaban también los legados papales Arcadio y Felipe. Cada bando partió con claras instrucciones de sus respectivos concilios en los que se hacía hincapié en la intransigencia hacia el rival. Sólo si éste claudicaba podía haber acuerdo¹³⁴. En una última rectificación, el emperador decidió que el encuentro se celebrase, no en Constantinopla, sino en Calcedonia, a la otra orilla del Bósforo, para estar más alejados de las agitaciones que en la Capital promovían los monjes y el pueblo. A los representantes de ambos partidos se les prohibió también el acceso a la Capital.

Poco después de la partida de las delegaciones, Nestorio decidió renunciar a su sede episcopal de Constantinopla y retirarse a vivir en su antiguo monasterio de Antioquía. Resulta difícil conocer los móviles reales de esta decisión. Si nos atenemos a las explicaciones que dará en el Libro de Heráclidas, fueron varios los motivos que le indujeron a ello: el desánimo al constatar que había perdido el apoyo en la Corte y que para los propios orientales su persona constituía un obstáculo para alcanzar un acuerdo, y el deseo de contribuir con su retirada del escenario a apaciguar la situación. Aducía además que, al aceptar el episcopado, no le había movido afán alguno de gloria mundana y que añoraba profundamente su anterior retiro monástico: *Había solicitado e insistido muchas veces ante aquellos que gozaban de la confianza del emperador que no se trataba, para mi, de la gloria humana del episcopado, sino que, por el contrario, yo echaba de menos mi celda*

134. F, 95 (ACO I, I, 3, 33-36): instrucciones de los cirilianos a sus diputados; F, 69 (ACO I, I, 3, 36-39): instrucciones de los orientales a sus diputados.

monástica y pedía esto como favor... Había visto las insidias y luchas que se habían planteado desde el comienzo contra mí: puesto que no había ningún motivo de acusación contra mi persona que fuese válido para deponerme de la sede de Constantinopla, habían buscado los pretextos de la fe. En su animosidad contra mí implicaban también la fe. Me pareció, por tanto, conveniente y útil olvidar mi persona para que sucediese lo que era necesario: porque, una vez tranquilizado el odio, podría suceder que imperase la razón¹³⁵.

Con la renuncia de Nestorio, Cirilo había logrado un gran objetivo, aquel que le había movido a provocar toda la «tragedia» en que había implicado a la iglesia entera. Pero, a su vez, Nestorio pensaba que su renuncia iría acompañada de la ratificación por parte del emperador de la destitución de Cirilo. Sería así una guerra sin vencedores ni vencidos, como manifiesta en la carta que escribió al Prefecto del Pretorio Antíoco cuando éste le comunicó que el emperador había aceptado su dimisión y que podía retirarse a su monasterio de Antioquía: *Hemos recibido la carta de Tu Magnificencia por la cual hemos sabido que nos ha sido prescrito por el Muy Piadoso y Muy Celebrado emperador retirarnos al monasterio. Nosotros hemos besado el regalo que supone este decreto, pues nada nos es máspreciado que el retiro por motivos de piedad. Pero yo suplico a Vuestra Magnanimidad que haga al Muy Piadoso emperador las recomendaciones necesarias respecto a la religión para que, habiendo sido condenadas por Su Piedad las vocinglerías de Cirilo, notifique esta condena mediante carta imperial por doquier a todas las iglesias de los ortodoxos, no sea que corriendo la voz de que las palabras de Cirilo han sido condenadas por el emperador sin una carta imperial, sea para los simples un motivo de escándalo, pues esta condena no se tomaría por verdadera¹³⁶.*

135. L.H. 248-249.

136. F.56 (Ath.), (ACO 1, I, 7, 71).

Pero una vez más se engañó y pecó de ingenuidad. No sospechaba que el dinero que los agentes de Cirilo repartían a manos llenas en Constantinopla iba a doblegar también la voluntad del emperador, pues la situación estaba cambiando en la Corte: el oro, y las presiones que ejercían los representantes de Cirilo y los monjes, encabezados por Dalmacio, estaban empezando a dar los primeros frutos.

Es fácil comprender la situación embarazosa en que se veía sumido el débil y piadoso Teodosio II cuando, por ambos bandos, se aducían argumentaciones de carácter religioso y sagrado. Es de resaltar que en los últimos informes favorables a Cirilo, en especial en el redactado por el clero de Constantinopla, intentan aprovecharse cada vez más de la psicología y de los sentimientos del emperador: se apela a la fe de sus antepasados y en especial de Constantino, se sugiere sutilmente que se puede convertir en responsable de la ruptura de la paz de la iglesia y en iniciador de una nueva era de mártires cristianos¹³⁷.

Los que veían la situación desde fuera, sin estar implicados en la contienda, eran los mejor capacitados para comprender que todo el drama había sido organizado por Cirilo para satisfacer su orgullo y sus ambiciones. Es el caso del santo obispo Isidoro de Pelusio, el único obispo egipcio que nunca se plegó a la voluntad de Cirilo. Posiblemente data de esta fecha una carta suya a él dirigida en que se expresa con su tradicional libertad de palabra: *El odio no permite examinar la realidad... No pronuncies sentencias violentas... Muchos de los que se han visto coaccionados en Efeso testifican que tú sólo intentas perseguir y vengar enemistades y que investigas de forma poco ortodoxa las cosas de Jesucristo. Y dicen «Es sobrino de una hermana de Teófilo y sigue sus ideas y sus sentimientos. Por ello, del mismo modo que aquel desahogó su furor contra el inspirado por la divinidad y caro a Dios, Juan, así también*

137. F. 103 (ACO I, I, 3, 49).

*éste apetece poderse gloriar y jactarse...*¹³⁸. Al propio tiempo escribía a Teodosio aconsejándole que no cayese en el círculo de *odios turbulentos*³⁹.

La renuncia de Nestorio sirvió para reforzar la postura de los delegados de Cirilo en Calcedonia: en cierta medida significaba darles la razón. Los orientales, por su parte, se reafirmaron en su intento de conseguir la condena de Cirilo por los "Doce Capítulos". A las discusiones acudió el propio emperador y, en un primer momento, los orientales parecían haber logrado sus propósitos, pues el propio emperador se escandalizó con las afirmaciones teológicas de Acacio de Mitilene, el mejor pensador del bando ciriliano⁴⁰. Pero cada bando no hizo sino cerrarse en sus posturas y los orientales pronto se convencieron de que la táctica de los cirilianos era ganar tiempo en espera de que los poderosos medios de corrupción desplegados en la Corte por los delegados de Cirilo produjesen sus efectos. Lo recordará después el anciano Acacio de Berea, que observaba los hechos desde su lejana ciudad, en carta a Alejandro de Hierápolis: *Habiéndose llevado a cabo la discusión de las dos partes ante el piísimo y amadísimo de Dios nuestro emperador, mientras el piísimo emperador estaba en todo de acuerdo con los orientales y así lo manifestaba, el mucho dinero que entregó Cirilo echó abajo la verdad por nuestros pecados. Pues, cuando murió el eunuco Escolástico, el piadosísimo emperador, al investigar sus cosas, encontró un cofre que contenía la infinita cantidad de oro que había dejado, pues había recibido muchas libras de oro de Cirilo. Este oro era entregado por cierto Pablo, hijo del hermano de Cirilo alejandrino, que era allí comes consistorianorum, además de otros muchos regalos de diversos tipos que fueron ofrecidos a diversas personas*⁴¹.

138. Isid. Pelusio, Epist. 310 (P.G. 78, 361).

139. Id., Epist. 311 (P.G. 78, 361-364).

140. F. 66 (Ath.), (ACO I, I, 7, 77).

141. ACO I, IV, 85 (Synodicon 130).

La constatación de esta situación desanimó a los orientales que comenzaron a solicitar que se diese el tema por concluido y se les permitiese volver a sus casas. Así al menos se presentan los hechos por su parte: *Viendo que los cirilianos habían subvertido, por así decirlo, casi todo con su tiranía, seducción, adulación y regalos, frecuentemente suplicamos al piadosísimo emperador y magnificentísimo juez que nos permitiese volver a nuestras casas de Oriente, pensando que permanecíamos allí para nada y que nada nos servía en la causa presente*¹⁴². Pero no eran sólo los sobornos y presiones de Cirilo lo que les hizo ver a los orientales que su causa estaba perdida. En Constantinopla la guerra propagandística seguía en todo su apogeo. Las fuentes cirilianas intentan poner de manifiesto que todo el clero y pueblo de Constantinopla estaban en contra de los orientales, pero éstos intentarán contrarrestar esta propaganda y escriben a sus partidarios que permanecían en Efeso resaltando el gran número de personas de la Capital que apoyaban sus planteamientos teológicos y venían a Calcedonia a escuchar sus sermones¹⁴³. Seguramente exageraban. Estos les contestan desde Efeso exhortándoles *a resistir hasta la sangre, luchando por la verdad contra la impiedad, sabiendo que, de acuerdo con Vuestra Santidad, todos nosotros estamos dispuestos a entregar nuestras vidas antes que a aceptar algunos de los capítulos heréticos de Cirilo de Alejandría*¹⁴⁴.

Lo cierto es que ahora donde más peligraba la vida de los obispos era en Calcedonia. La mejor descripción, desde el bando oriental, de la situación que allí reinaba nos la ofrece Teodoreto de Ciro en carta a Alejandro de Hierápolis¹⁴⁵. Teodoreto predicaba en Calcedonia y una gran masa de laicos venía a escucharle, pero los monjes sembraban el terror. En una ocasión, al terminar un sermón

142. ACO I, IV, 71 (Synodicon 120).

143. F. 66 (Ath.), (ACO I, I, 7, 77).

144. F. 67 (Ath.), (ACO I, I, 7, 77).

145. F. 69 (Ath.), (ACO I, I, 7, 79-80).

a favor de Nestorio, los monjes le persiguieron a él y a sus partidarios a pedradas y bastonazos, y termina la carta con estas palabras: *Nuestras asambleas, pues, crecen en número y la masa hace la travesía (del Bósforo) y escucha con el mayor placer nuestras enseñanzas. Que Vuestra Piedad rece para que todo el asunto encuentre un final agradable a Dios, pues nosotros estamos todos los días en peligro ante los desafíos de los ataques de los monjes y los clérigos y viendo el humor cambiante de los poderosos.* Teodoreto habla también de falsos monjes y los orientales, en otro informe al emperador, de que habían sido atacados a pedradas por esclavos travestidos con hábitos de monje¹⁴⁶.

Los malos presagios de Teodoreto, cuando en la misma carta a Alejandro de Hierápolis dice *que aquí no hay nada nuevo que esperar, porque todos han sido convencidos por el oro de que sólo hay una naturaleza de la deidad y de la humanidad*, se cumplieron enseguida. A finales de septiembre se produjo el giro decisivo de Teodosio II. Decidió abandonar Calcedonia y dirigirse a la Capital acompañado de los delegados cirilianos. Al propio tiempo, ordenó que todos los obispos que permanecían en Efeso volvieran a sus casas, a excepción de Cirilo y Memnón, a los que seguía considerando depuestos, y que debían continuar bajo arresto¹⁴⁷. Los delegados de Cirilo que con él se trasladaron a Constantinopla tenían como única misión consagrar un nuevo obispo para la ciudad en sustitución de Nestorio. El que sólo participasen los cirilianos supuso el golpe de gracia para los orientales. Además Cirilo, después de obtener los oportunos cómplices, mediante los acostumbrados sobornos, según denunciaron los orientales, evadió sin problemas la vigilancia a que estaba sometido y volvió a Alejandría donde hizo su entrada como gran vencedor el 31 de octubre del 431.

146. F. 63 (Ath.), (AC● I, 1, 7, 74).

147. ACO I, IV, 69.

Así pues, el concilio, que había sido convocado como el gran encuentro de todos los obispos de la Cristiandad, que debía reconocer y ratificar el concilio de Nicea, terminó de la manera más vergonzante que podía imaginarse. Y es que Teodosio II no tenía la personalidad de Constantino para imponer su autoridad como éste lo había hecho en Nicea.

Para los orientales y Nestorio fue un fracaso. Para los cirilianos un éxito. La historia la escriben los vencedores y el concilio de Efeso ha pasado a la posteridad como la asamblea donde se impuso Cirilo y la ortodoxia con el apoyo y beneplácito del papa. El fracaso lo recoge el decreto del emperador con que oficialmente se clausura el concilio, una vez que los obispos han vuelto a sus lugares de origen y Cirilo ha huido a Alejandría, hecho que el emperador se ve obligado a ratificar: *Puesto que ha sido imposible que vosotros os unieseis y Vuestras Reverencias no han consentido entrar en discusión de los temas en litigio, Nosotros hemos decretado que los obispos orientales volviesen a sus patrias y a sus iglesias y que el concilio de Efeso fuese disuelto con la condición de que Cirilo volviese a Alejandría y que Memnón quedase en Efeso. Por otra parte, hacemos saber a Vuestra Piedad que, en tanto que vivamos, Nosotros no podemos condenar a los orientales, porque no se les ha demostrado en nuestra presencia ningún error, pues nadie ha accedido a discutir con ellos. Así pues, si os queda alguna voluntad de paz, escoged la paz sin contiendas y hacéndonos saber. Nosotros no somos los culpables, pero Dios sí conocerá a los culpables*¹⁴⁸.

Por su parte, los cirilianos darán una versión de los hechos muy diferente de la oficial: *Llegados a Constantinopla (scil. Calcedonia) siete obispos de cada partido, el emperador pudo saber que el Santo concilio ecuménico había depuesto a Nestorio observando todo cuanto estaba escrito en los cánones y según el procedimiento regular. Por ello, una vez aprobada la sentencia de los delegados*

148. F. 97 (Ath.), (ACO I, I, 7, 142).

del concilio, (el emperador) condenó a los orientales y exilió a Nestorio. Además, a los delegados del concilio les ordenó dirigirse a la iglesia y proceder a la ordenación del nuevo obispo de la santa iglesia de Constantinopla. Ellos, después de entrar en la iglesia, hacen obispo a Maximiano. Después de esto, el emperador ordenó a todos los obispos que volviesen a sus lugares de origen. Juan de Antioquía y los obispos que se adhirieron a él permanecieron en el cisma. El obispo Cirilo volvió a Alejandría al 30 de octubre y la ciudad lo recibió con gran júbilo y honores¹⁴⁹.

La versión de los orientales refleja bien la indignación de éstos: *Después de muchas insistencias, el emperador ha ordenado que cada uno vuelva a su sede, de forma que el Egipto y Memnón de Efeso conservan sus sedes. El Egipto ha podido cegar a todo el mundo con sus regalos hasta el punto que, el que ha cometido mil fechorías, vuelve a sentarse en su trono, mientras aquel hombre inocente (Nestorio) ha sido enviado a su monasterio⁵⁰.*

Cirilo, de momento, consiguió todos sus objetivos. En Constantinopla, para suceder a Nestorio, se reprodujeron las mismas ambiciones de otras ocasiones por sentarse en el trono episcopal. De nuevo Proclo y Felipe de Side aspiraban al cargo, pero Cirilo logró que la elección recayese en un oscuro y anciano presbítero, antiguo monje, de nombre Maximiano. Sócrates lo describe así: *Totalmente ignorante y desconocedor de las letras, se propuso llevar a cabo una vida tranquila y en nada molesta para los otros⁵¹.* En especial para Cirilo. Uno de los primeros actos del nuevo obispo fue escribir a su colega alejandrino en estos tonos serviles: *Tu deseo se ha cumplido, muy caro a Dios. Lo que tú habías emprendido en defensa de la ortodoxia ha sido llevado a término. Tú te has convertido en un espectáculo para los ángeles y para los hombres y para*

149. AC● I, I, 3, 67.

150. F. 70, 3 (Ath.), (AC● I, I, 7, 81-82).

151. H.E. VII, 35.

todos los sacerdotes de Cristo. No sólo tú has creído en Cristo, sino que has sufrido por él. Sólo tú has sido juzgado digno de sufrir la pasión de Cristo, juzgado digno de llevar los estigmas en tu cuerpo. Tú le has confesado delante de los hombres, El te ha confesado delante del Padre y delante de los santos ángeles. Tú te has ceñido la corona de los combates por la piedad. Tú lo has podido todo en Cristo, que te ha dado la fuerza. Tú has humillado a Satán con la paciencia. Tú te has burlado de los castigos. Tú has arrojado a tus pies la cólera de los magistrados. Tú has despreciado el hambre. Tú has recibido, en efecto, el pan descendido del cielo y que ha dado la vida a los hombres desde lo alto¹⁵².

A su vez, Cirilo, una vez en Alejandría, escribió a Teodosio una larga apología de sí mismo en que resume y repite los argumentos y la versión de los hechos que había ofrecido una y otra vez desde que comenzó el «affaire» y que terminó por imponerse a la posteridad¹⁵³. Nestorio es *la serpiente apóstata y satánica... , una peste que ha devastado toda la tierra y que tiene como origen el engaño y como padre a Satán. Juan de Antioquía y los obispos orientales son hombres apátridas y que habían sido depuestos de sus sedes, satélites de la locura de Nestorio que, por culpa de su enorme estupidez, han compartido con él el crimen de la blasfemia de Cristo*. La apología es, además, una joya de la mejor literatura de servilismo ante el poder imperial en clave cesaropapista: *Es una disposición serena y dulce lo que conviene a los seres de una excelencia en todo sublime. Esta disposición pertenece de una forma eminente a la naturaleza divina y suprema, pero pertenece también, en cuanto que imitáis la naturaleza divina, a Vuestra Majestad, emperadores amigos de Cristo, puesto que Vos sois, para los habitantes de la tierra, como una impronta y una imitación del reino celestial y sólo Vos habéis obtenido el poder sobre todas las*

152. F. 114 (ACO I, I, 3, 71).

153. F. 118 (ACO I, I, 3, 75-90).

*cosas, protegiendo a vuestros súbditos por el temor y la dulzura y desplegando sobre todos los habitantes de la tierra una paz serena y brillante...*¹⁵⁴ Y concluye Cirilo con estas palabras: *con todos los demás santos obispos y monjes de toda vuestra tierra de Egipto, nosotros elevamos himnos de reconocimiento por vuestro poder, vuestra victoria y vuestra perpetuidad al muy santo Cristo, por quien y con quien, junto con el Espíritu Santo, gloria a Dios Padre, por los siglos de los siglos. Amén*¹⁵⁵.

154. Ibid. 3.

155. Ibid. 30.

EPÍLOGO: DESPUÉS DEL CONCILIO

Después de la dimisión de Nestorio y del regreso de Cirilo a Alejandría, éste parecía el gran triunfador. El último escenario de la lucha había sido la villa de "Rufiniana" en Calcedonia, el mismo lugar donde Teófilo había reunido el sínodo de "La Encina " contra Juan Crisóstomo. Cirilo contaba ahora con un obispo incompetente, dócil y sumiso en Constantinopla.

Pero el concilio no sólo no logró ninguno de los objetivos con que había sido convocado, sino que había servido únicamente para profundizar en los odios e incomprensiones. De esto eran conscientes todos los protagonistas, salvo el papa. Celestino parece que fue el único que no se enteró de lo que había realmente sucedido y de cuáles eran los problemas que se debatían y que aún quedaban por resolver. En la Navidad del 431 el papa recibió la comunicación oficial de los "éxitos del concilio" y de la consagración de Maximiano como obispo de Constantinopla. Respondió el 15 de marzo del 432 con una carta dirigida al propio Maximiano, al clero y pueblo de Constantinopla, al emperador, y a los padres conciliares, que hacía medio año que estaban ya en sus casas, con cartas de un contenido similar todas ellas¹⁵⁶. El papa demuestra no haberse movido un ápice del ultimátum a Nestorio del 430 y su única preocupación es que éste, permaneciendo en Antioquía podría seguir contaminando a la Iglesia con su "blasfemia". La realidad es que el papa nunca llegó a enterarse, o no quiso enterarse de los hechos. Y esta visión, basada en la total ignorancia de la realidad, será en el futuro la oficial de Roma, la que se impuso en la tradición eclesiástica y en los manuales de historia y de teología. Es la visión recogida en el Breviario romano en la fiesta de San Cirilo de Alejandría: *su celo singular por la incolumidad de la fe católica*

brilló sobre todo contra Nestorio, obispo de Constantinopla, el cual afirmaba que Jesucristo había nacido de María Virgen como simple hombre y no Dios y que la divinidad le había sido concedida después en razón de sus méritos. Una muestra más de la ignorancia que Roma tuvo de los hechos es que se ha podido demostrar que en los archivos romanos, hasta el concilio de Calcedonia del 451, sólo había dos documentos relativos a Efeso, precisamente dos cartas de Cirilo traducidas al latín.

Pero los protagonistas de Efeso sabían que la realidad era muy diferente y quedaban por delante dos años de intensas negociaciones a tres bandas, Alejandría, Antioquía y la Corte de Constantinopla, para que se impusiese un mínimo consenso entre las partes que permitiese una paz precaria. La historia de las negociaciones es larga, compleja y la tenemos ilustrada por numerosos documentos de cada una de las partes. Rebase los objetivos de nuestro ensayo exponer el desarrollo de estas negociaciones; nos limitaremos a resumir sus grandes líneas y las conclusiones.

Fue el emperador quien tomó sobre sí la tarea de reducir el cisma. Primero, siguiendo indicaciones de Maximiano, creyó poder recurrir a un procedimiento ya insinuado en la carta de Celestino: conseguir una entrevista entre Cirilo y Juan en la que éste subscribiese la deposición de Nestorio y condenase su doctrina, tras lo cual Cirilo lo recibiría en su comunión. Era mucho pedir, sin ninguna contrapartida: Juan exigía que Cirilo condenase o retirase sus "capítulos". Es ésta la solución a que se llegaría tras largas negociaciones. Fueron llevadas, en nombre del emperador, por el tribuno Aristolao. También se pidió la mediación del viejo Acacio de Berea. Este, por consejo de Juan y a petición del emperador, transmitió a Cirilo el texto de una proposición que recogía como regla de fe el símbolo de Nicea; se abandonarían los otros documentos de la querrela reciente, entre ellos "las cartas y capítulos", es decir, las cartas dogmáticas de Cirilo y sus anatematismas. Para nada se hablaba de Nestorio, aunque algunos, especialmente Teodoreto de Ciro, se negaban tajantemente a abandonarle.

La respuesta de Cirilo a Acacio fue, al comienzo, negativa: retirar los anatematismas significaba reconocer su error y que había embarcado en él a los obispos en Efeso. Pero dejaba una puerta abierta a las negociaciones: estaba dispuesto a admitir que él había deslizado algunas inexactitudes y ofrecía una profesión de fe que era aceptable para los orientales y rechazaba la cristología de Arrio y Apolinar; los anatematismas habían sido redactados sólo contra Nestorio y era en función de sus blasfemias como había que interpretarlos.

Sin embargo, ambas partes quedaron durante tiempo acantonadas en sus posiciones. Maximiano y el clero de Constantinopla giraron en su postura y pidieron que Cirilo facilitase la paz abandonando sus textos polémicos. En la Corte, funcionarios importantes le atacaban directamente, la emperatriz Pulqueria, su principal apoyo, se había enfriado en sus sentimientos hacia él, y había el peligro de que Teodosio cambiase una vez más de opinión¹⁵⁷. Al recibir esas noticias cayó enfermo y, alarmado, recurrió una vez más a los sobornos, que dejaron sus arcas exhaustas. Algunas explicaciones ofrecidas por Cirilo contribuyeron a clarificar la situación y Juan tomó una iniciativa decisiva: pedir a Cirilo que se adhiriese a una fórmula que asegurase la doctrina **dyophysita** comprometida por los "capítulos". Es éste el sentido de una carta que hizo llegar a Alejandría por su hombre de confianza Pablo de Emesa, seguramente en otoño del 432. La negociación se demoró por la enfermedad de Cirilo y Pablo tuvo que hacer más de un viaje. Se producen intercambios de cartas entre Cirilo y Acacio, entre Cirilo y Juan y el alejandrino terminó por aceptar un espíritu de conciliación. A principios del 433 Pablo llevó a Antioquía la famosa epístola **Laetentur coeli** redactada por Cirilo y que significaba el acuerdo entre ambas sedes¹⁵⁸.

157. Véase Apéndice I

158. F. 127 (ACO I, I, 4, 15-20).

La carta comienza con un proemio en que trata de olvidar los penosos incidentes de años atrás y ensalza sin medida al emperador Teodosio II como responsable de la paz devuelta a la Iglesia: *«¡Que se alegren los cielos y exulte la tierra!»* (Ps. 95, 11). *La barrera que nos separaba ha sido abatida, lo que nos entristecía ha llegado a su fin, toda forma de disensión ha sido suprimida. Nuestro Salvador común, Cristo, otorgó la paz a sus iglesias y hemos sido invitados a ello por los emperadores Muy Piadosos y Muy Queridos por Dios, quienes, excelentes imitadores de la Piedad de sus antepasados, conservan en sus almas la fe recta, segura e inquebrantable y tienen un cuidado especial por sus santas iglesias, para obtener una gloria ilustre para la eternidad y hacer su reinado en todo floreciente, el de ellos, a quienes el Señor de las Potencias distribuye los bienes de una manera generosa, les concede imponerse a sus adversarios y les otorga la victoria*¹⁵⁹. Transcribe después el símbolo de fe enviado por Juan y hace una serie de aclaraciones que son importantes concesiones dogmáticas.

La contrapartida de Juan de Antioquía fue reconocer la deposición de Nestorio, su heterodoxia y aceptar la elección de Maximiano. Juan, tras pedir que mediante la subscripción común del símbolo propuesto se devuelva la paz a la iglesia, añade: *Aceptado así este símbolo de fe, nos ha parecido bien, para eliminar toda disputa, para devolver la paz ecuménica a las santas iglesias de Dios, para que cesen todos los escándalos que han surgido, considerar depuesto a Nestorio, antes obispo de Constantinopla. Nosotros condenamos también sus manifestaciones perversas y profanas porque nuestras iglesias poseen la fe recta y sana, la conservan y la transmiten a sus gentes al igual que Vuestra Santidad. Nosotros nos adherimos a la ordenación del muy santo y muy piadoso Maximiano, obispo de la santa iglesia de Dios de Constantinopla y esta-*

159. F. 127, 1

*mos en comunión con todos los muy piadosos obispos del Imperio que conservan y predicán la fe verdadera y sin reproche*¹⁶⁰.

Cirilo, a su vez, celebró el asentimiento de Juan a condenar a su viejo amigo Nestorio con otra carta al antioqueno que se inicia con estas expresiones: *El dragón apostata, esta bestia verdaderamente peligrosa y enemiga de Dios, no ha estado tranquila, no ha puesto nunca término a su perversidad, sino que, alimentando en su seno un odio incansable contra las santas iglesias, se ha atrevido a oponer a los dogmas de la verdad las lenguas desvergonzadas de hombres impíos y profanos marcados con el hierro candente. Pero ha sido sorprendido y vencido en todas partes, pues nuestro Salvador común, Cristo, ha hecho ineficaces su perversidad y la fuerza de sus acciones*¹⁶¹.

Enorme injusticia. No hay duda de que Nestorio habría firmado sin dudarle el símbolo de fe propuesto, que era el que él y el propio Juan habían defendido en Efeso. Lo manifiesta en el Libro de Heráclidas. Allí declara que esta doctrina era la suya y que, al adherirse a ella, Cirilo se retractaba de los "capítulos", causa de todos los debates: *Es por esto, porque han admitido las cosas que antes no admitían, que se condenan ellos mismos y anulan lo que ha sido hecho contra mí. Porque, condenando los capítulos, se anula al mismo tiempo mi deposición, pues ¿no es, en efecto, por no haberlos admitido que yo he sido depuesto? Porque no existe otra causa de mi deposición*¹⁶².

Nestorio, pues, fue la víctima del acuerdo, abandonado por casi todos. Pero éste no se impuso sin dificultades. Cirilo las tuvo con los suyos: si no oposición, sí desconfianza incurable, pues era el sacrificio de la doctrina monofisita bajo la forma larvada de que se revestía entre muchos cirilianos. Se consideraba un sacrificio en

160. F. 123 (ACO I, I, 4, 7-9).

161. F. 133 /ACO I, I, 4, 37, 39).

162. L.H. 257.

favor del diofisismo sospechoso y, por lo tanto, del "nestorianismo". De ello tuvo que defenderse en algunas cartas que se han conservado, entre ellas la dirigida a Acacio de Mitilene y que el propio Nestorio utilizó en su autodefensa. Juan tuvo que enfrentarse a las resistencia de los amigos de Nestorio. Donde mejor se expresa este sentimiento es en una carta de Teodoreto de Ciro a Juan donde, además, se le acusa de concesiones doctrinales a Cirilo. El conde Ireneo se preocupó de recoger en su **Tragoedia** un amplio dossier de las cartas intercambiadas por Teodoreto y sus amigos entre ellos y con Juan. Mucho le costó a éste hacer frente a esta oposición y, finalmente, tuvo que recurrir, en algunos casos, al brazo secular.

El 12 de abril del 434 murió el sucesor de Nestorio, el anciano Maximiano. Los partidarios del antioqueno se movilizaron de nuevo y la Corte se apresuró a nombrar al eterno candidato, Proclo. Urgía ahora atraer a los obispos partidarios de Nestorio a la condena de éste. Juan logró atraerse a Teodoreto, pero una quincena de recalcitrantes fueron depuestos y enviados al exilio. El más polémico, Alejandro de Hierápolis, terminó en las minas de Egipto. El propio Nestorio no se resignaba a su suerte: ya cuando se firmó el acuerdo con Cirilo se rebeló aduciendo que su renuncia había estado condicionada a la deposición de Cirilo en bien de la paz. Ahora continuaba activo y constituía un estorbo para Juan. Por influencia de éste, el emperador publicó un edicto enviándole al exilio en Petra. Poco después, hacia el 435-436 una nueva orden le enviaba al Gran Oasis en Nubia. Previamente, otro edicto imperial había condenado todos sus escritos y a sus seguidores: *Nosotros decretamos, además, que nadie se atreva a poseer, leer o copiar, los impíos libros del mencionado impío y sacrílego Nestorio relativos a la religión pura de los ortodoxos y contra los dogmas del santo concilio en Efeso. Se deben buscar con toda prontitud estos libros y quemarlos en público. De esta forma, tras haber arrancado de raíz toda impiedad, el pueblo santo y que fácilmente puede ser engañado, no podrá nunca encontrar ningún tipo de error. Que, por*

otra parte, en cualquier sermón religioso no se trate a estos hombres tan perdidos con otro nombre que el de simonianos, y que no les sea proporcionado para reunirse, secreta o abiertamente, ni casa, ni terreno, ni residencia suburbana, ni cualquier otro lugar. Nosotros decretamos que tales hombres sean privados de toda facultad de reunirse, quedando claramente establecido para todos que quien transgreda esta ley o quien imite a Nestorio será castigado con la confiscación de sus bienes⁶³.

Así pues, Imperio e Iglesia ratificaron oficialmente la condición de hereje de Nestorio. Es lo que desde un principio había perseguido Cirilo, pero las disensiones no desaparecieron con la muerte de los principales protagonistas. Juan de Antioquía murió en 441 o en 442. A Cirilo aún le quedó algún año más para disfrutar de su triunfo. Cuando murió en el 444 circuló una carta bajo el nombre de Teodoreto de Ciro que comentaba en estos términos la noticia: *Finalmente ha muerto este sinvergüenza... Su desaparición alegra a los supervivientes, pero debe haber aterrorizado a los difuntos. Existe, pues, el peligro de que se cansen pronto de él y nos lo envíen de nuevo. Será necesario colocar sobre su sepulcro una losa muy pesada para que no se le pueda volver a ver.* La carta es seguramente apócrifa, pues está dirigida a Juan de Antioquía que ya había muerto, pero fue leída como auténtica en el V concilio Ecuménico del 553 y refleja bien lo que pensaban sus contemporáneos del obispo alejandrino.

Nestorio sobrevivió a todos en su exilio del Gran Oasis. La teología antioquena recuperó un nuevo vigor en la pluma de Teodoreto de Ciro que se liberó de ciertas imprudencias en el lenguaje que antes le habían comprometido: con él el diofisismo adquirió

163. F. 111 (ACO, I, I, 3, 68). Esta ley se ha conservado también en C.T. XVI, 5, 66 con fecha 6 de agosto del 435, pero Schwartz ha puesto de manifiesto que la fecha está equivocada y es algo anterior. También su fiel amigo Ireneo que había sido consagrado obispo de Tiro, fue exiliado a Petra por su apoyo al depuesto obispo.

definitivamente carta de ortodoxia y, como reacción, algunos seguidores de Cirilo exageraron la doctrina de éste hasta desembocar en el monofisismo.

Las diferencias teológicas que deberían haber sido abordadas en el concilio de Efeso no lo fueron y el sucesor de Cirilo, Dióscuro, hizo pronto bueno a su predecesor. En el concilio Ecuménico de Efeso II del 449 impuso a todos los obispos orientales, esta vez con el apoyo imperial y de los monjes encabezados por el archimandrita de Constantinopla, Eutiques, y recurriendo a métodos de violencia que empequeñecieron los empleados el 431 por Cirilo y Memnón, una doctrina monofisita. Los obispos presentes fueron obligados a firmar en blanco. Muy pocos se opusieron, como el obispo de Constantinopla, Flaviano que murió a los tres días, según se dijo, víctima de los golpes que le proporcionaron Dióscuro y los monjes que le rodeaban. Un año después murió el piadoso pero débil e inconstante Teodosio II. El nuevo emperador Marciano, con el apoyo de Pulqueria, la hermana de Teodosio con quien había contraído matrimonio, y del activo y enérgico Papa León Magno, convocó un nuevo concilio Ecuménico en Calcedonia, en el 451. Esta vez fue condenado Dióscuro con el voto de todos los obispos que dos años antes se habían plegado a sus presiones y amenazas y fueron anulados los acuerdos de Efeso del 449, que pasó a la historia con el nombre de "Conciliábulo" o "Latrocinio de Efeso".

En Calcedonia triunfó el "diofisismo", doctrina oficial que aún mantienen las iglesias católicas y ortodoxas. Pero la iglesia egipcia y otras muchas de Oriente siguieron fieles al "monofisismo" considerándose continuadores e intérpretes fieles de la doctrina de Cirilo de Alejandría. Nestorio, desde su destierro, tuvo tiempo de saber, antes de morir, cómo en Calcedonia se aprobaba una doctrina coherente con su pensamiento teológico, pero nadie se acordó de él. Sin embargo, los avatares de la historia determinaron que Cirilo sea considerado santo y doctor de la iglesia por los católicos, los ortodoxos y los monofisitas, mientras Nestorio siguió durante siglos

siendo tenido por la herejía personificada, nuevo Judas y encarnación del diablo. Sólo una pequeña minoría de obispos permaneció fiel a su memoria, los representantes de la iglesia Nestoriana, que siglos después alcanzaría una enorme expansión hasta el Turquestán y China, expansión que fue frenada por las invasiones de Tamerlán. Han tenido que pasar 1.500 años para que los teólogos primero, y ahora el Papa de forma oficial, reconozcan que su doctrina era perfectamente ortodoxa y que, como dice el comunicado conjunto de Juan Pablo II y del Patriarca Nestoriano: *Las controversias del pasado condujeron a anatemas que recayeron (no sobre ideas), sino sobre personas y cosas.* Es significativo que el Papa con estas palabras viene a dar la razón al emperador Teodosio II cuando al disolver el concilio manifestó: *Nosotros no podemos condenar a los orientales porque no se les ha demostrado delante de nosotros ningún error, puesto que ninguno ha acudido a discutir con ellos.*

APÉNDICE I: La violencia como arma de política eclesiástica: el papel de los monjes, el pueblo y los soldados en el concilio

La violencia, fruto del odio entre los obispos, es quizá el término que mejor expresa la atmósfera en que se desarrolló el concilio, o los concilios, durante el verano del 431. Una violencia que afectó a las relaciones entre los propios obispos, y que parece que alcanzó su punto de máxima tensión cuando en el mes de agosto llegó a Efeso, como emisario del emperador, el conde Juan, comunicando la decisión de la Corte de aceptar la deposición de los principales implicados, Nestorio, Cirilo y Memnón. En el informe posterior que envió a la Capital dice que mandó reunirse a los obispos de los dos bandos para dar lectura del rescripto imperial: *Tuve que introducir las tropas en los lugares en que se reunían con el fin de que no llegasen a las manos entre ellos, pues se podía esperar esto a causa del odio que les ha invadido, yo no sé cómo. Describe después la situación diciendo que había grandes disputas, o más bien, guerra y batalla. Por todo ello, para lograr reunirlos tuve que servirme de la persuasión, o si he de decir la verdad, de la violencia. Y termina su informe en estos términos: Veo a los obispos muy queridos por Dios enfrentados inexorable e implacablemente los unos contra los otros, y no sé cómo han podido llegar a este grado de odio y aversión*¹⁶⁴.

Pero no sólo fue la violencia interna lo que caracterizó el desarrollo de los hechos, sino también la violencia externa. Los concilios, no sólo se celebraron transgrediendo muchas normas legales y las instrucciones dictadas por el emperador, cuya competencia para intervenir en los asuntos eclesiásticos nadie discutía, sino que hubo una enorme presión externa sobre los protagonistas,

164. F. 45 (Athen.), (ACO I, I, 7, 67).

los obispos, y sobre la Corte Imperial, que los informes de uno y otro bando se reprochan mutuamente. A lo largo de la exposición hemos tenido ocasión de ver que la atmosfera que se había creado en Efeso antes del concilio era la menos apropiada para celebrar una asamblea ecuaníme y tranquila de obispos, aunque Cirilo en el primer informe oficial al emperador diga que Nestorio no acudió cuando fue citado, *a pesar de que no había el más mínimo desorden en la ciudad*.¹⁶⁵ Además la mayoría de los obispos acudieron con ideas preconcebidas y dispuestos a imponerlas como fuese. Durante el desarrollo de las sesiones este ambiente se fue haciendo cada vez más tenso hasta alcanzar cotas de verdadera violencia, o de *guerra civil*, como denominan la situación algunos de los informes. Y esto sucedió no sólo en Efeso, sino también en Constantinopla, el escenario donde realmente se decidía la disputa, y en Calcedonia cuando Teodosio II convocó allí a los delegados de ambos bandos. De la creación de este ambiente fueron responsables todos, los cirilianos y los orientales, aunque parece que los primeros fueron los más activos o, al menos, los más eficaces. En los tumultos, desórdenes y manifestaciones participaron grupos sociales muy diferentes, aunque fueron las masas populares en Efeso y los monjes en Constantinopla los más activos.

Desde finales del siglo IV, el protagonismo de los monjes en los enfrentamientos religiosos, o que se encubrían bajo cobertura religiosa, no había hecho sino aumentar en todo el Oriente, y especialmente en Constantinopla donde el monacato urbano tenía un enorme desarrollo. En Efeso y sus alrededores parece que los monjes no habían proliferado como en otros lugares, y ésta pudo ser una de las razones que movió al emperador a elegir esta ciudad para sede del concilio, pero en la Corte de Constantinopla conocían bien la movilidad de los monjes, sobre todo si eran convocados por los obispos para defender cualquier causa "santa". Por ello,

165. F. 81, 4 (ACO I, I, 3, 4).

en las instrucciones que el emperador dio a Candidiano se establecía que impidiese la entrada de cualquier monje en la ciudad¹⁶⁶. Pero Candidiano, o no quiso, o no pudo hacer frente a la situación, entre otras razones, porque eran los propios obispos quienes contravenían las órdenes.

Ya vimos cómo Cirilo llegó acompañado de un gran ejército en el que se mezclaban monjes, marineros, clérigos y los temibles **parabalani**. Sus enemigos le acusarán de haber traído también gentes de los baños de Alejandría y a un grupo de vírgenes consagradas, aunque él dirá que esto era una calumnia¹⁶⁷. El mismo Sócrates, que se distingue por su animadversión hacia el obispo de Constantinopla, dice que Cirilo desde su llegada a Efeso intentó aterrorizar a Nestorio¹⁶⁸. Este parece que no se hizo acompañar de monjes - los de Constantinopla le eran hostiles - y tampoco Juan de Antioquía, aunque a éste sí le era fácil movilizar a muchos de los que proliferaban a millares por Antioquía y su entorno. Pero en Efeso debió de haber monjes que participaron apoyando a uno y otro bando y parece que éstos se introdujeron incluso en las asambleas de los obispos. Esto es lo que se deduce del informe de Nestorio al emperador proponiéndole medidas para un desarrollo pacífico de las sesiones: una de las que sugiere es que *nadie, ni clérigos ni monjes, ni de los nuestros ni de los egipcios, se introduzca en la asamblea*¹⁶⁹. En cambio, sus enemigos y autores más imparciales, como el historiador Sócrates, le acusan de haberse hecho acompañar de gentes extraídas de los bajos fondos de Constantinopla. Por su parte, Memnón se dedicó a movilizar sistemáticamente a la población en contra de Nestorio, y le resultó fácil. Ya en su primer informe al emperador Nestorio denuncia que el obispo con sus satélites había hecho de la ciudad un *tumulto*.

166. F. 31 (ACO I, I, 1, 120).

167. F. 104 (ACO I, I, 3, 50).

168. H.E. VII, 34.

169. F. 146, 5 (ACO I, I, 5, 15).

En estas circunstancias se comprende que al conde Candiano se le escapase la situación de las manos. Las tropas que el gobierno imperial había puesto a su disposición constituían un arma de doble filo: si enfrentaba a los soldados con la población y con los obispos, se podía provocar un motín general de consecuencias imprevisibles. Por ello, parece que se mantuvo en una actitud pasiva y que los soldados se limitaron a proteger las residencias de Nestorio y de Juan de Antioquía y de sus seguidores de los asaltos de los revoltosos. No obstante, los cirilianos le acusarán de parcialidad y de que sus soldados atacaron con frecuencia a los obispos y al pueblo. Lo cierto es que, cuando Cirilo abrió el concilio el 22 de junio, toda la ciudad estaba movilizada a favor de los obispos reunidos en la iglesia de María. Es el propio Cirilo el que dice que el pueblo rodeó durante todo el día la Iglesia en espera de conocer los acuerdos y que, al anunciarse la condena de Nestorio, toda la ciudad lo celebró durante la noche con grandes manifestaciones de júbilo¹⁷⁰.

Así pues, cabe preguntarse cuántos de los obispos que apoyaron a Cirilo y Memnón desde el primer momento, o que se pasaron después a su bando, no lo hicieron amedrentados por la población y por las amenazas de éstos. En la exposición de motivos de su deposición por parte de los orientales se alude, entre otras cosas, a que Memnón había enviado a sus clérigos a amenazar a los obispos que no acudiesen al concilio¹⁷¹, y son numerosas las ocasiones en que aluden a que muchos de los obispos que apoyaban a Cirilo habían sido ganados por las coacciones, las amenazas, o el engaño¹⁷². Los métodos de coacción parece que fueron de lo más variado: los orientales hablan de que los marineros y el clero egipcios, junto con los campesinos de Asia *hacían las peores*

170. F. 28 (ACO I, I, 1, 117-118).

171. F. 157, 2 (ACO I, I, 5, 128).

172. F. 157, 2 (ACO I, I, 5, 128); F. 160 (ACO I, I, 5, 160); F. 163 (ACO I, I, 5, 133-135).

*amenazas, aterrorizaban a los más débiles, señalaban sus casas por fuera para que fuesen inmediatamente reconocidos aquellos que debían ser sitiados y forzar así a los desgraciados a consentir en sus medidas ilegales*¹⁷³. En otra ocasión se lamentan en estos términos: *Nuestras casas han sido ya dos veces marcadas por un signo para que resulten visibles e identificables a los ojos de quienes quieran atacarlas... Afligidos por la enfermedad y deseosos de respirar un poco de aire, no nos atrevemos a asomar la nariz temerosos de las gentes de nuestra raza, como si fuesen los bárbaros más peligrosos... Nos hemos encerrado y miramos a todos lados esperando los asaltos*¹⁷⁴.

Se comprende así también la actitud de Candidiano al permitir la celebración del concilio de Cirilo. No se nos ha conservado la relación oficial que envió al emperador para justificarlo, pero sí la versión que dió pocos días después al iniciarse el concilio de Juan de Antioquía. Dice allí que procedió a dar lectura a la carta imperial, que contenía el saludo a los padres conciliares, coaccionado por los obispos reunidos y para no dar ocasión de sedición a la turba¹⁷⁵.

Cuando llegaron Juan de Antioquía y los orientales y procedieron a la deposición de Cirilo y Memnón, la tensión aumentó. Mientras que Nestorio, desde su llegada a Efeso, parece que se recluyó en su residencia oficial y, tras los intentos frustrados de celebrar los oficios divinos, no salió de allí, Juan se mostró mucho más activo y hasta provocador, confiado en el apoyo de los soldados imperiales. Sus enemigos le acusaron de haber fijado el decreto de deposición de Cirilo y Memnón en los muros del teatro¹⁷⁶, pero quizás esto fue una reacción ante el hecho de que Candidiano

173. F. 157, 2 (ACO I, I, 5, 128).

174. F. 161 (ACO I, I, 5, 132).

175. F. 151 (ACO I, I, 5, 119).

176. F. 82, 7 (ACO I, I, 3, 5-9).

había manifestado que el decreto similar contra Nestorio, no sólo había sido expuesto públicamente, sino que había sido leído en el foro por los pregoneros públicos con gran parafernalia¹⁷⁷. Lo cierto es que, es a partir de la llegada de Juan, cuando los cirilianos insisten en las quejas de violencia e imparcialidad por parte de las autoridades imperiales. En la primera relación al emperador, la única queja de los cirilianos es que los emisarios enviados a llevar la citación a Nestorio *fueron expulsados con vergüenza y violencia por los soldados emplazados delante de su casa*, aunque esta afirmación resulta poco creíble si se tiene presente que previamente habían acusado a éste de hacer rodear su casa de soldados, *a pesar de que no había el más mínimo desorden en la ciudad*¹⁷⁸. Poco después, en la segunda relación, acusarán de violencia al conde Ireneo *que ha colgado el terror sobre la cabeza de los muy santos obispos y con un ataque desde fuera que ha puesto en peligro la vida de muchos de nosotros*; y terminan la relación con la siguiente apostilla sobre los obispos que han participado en el concilio de Nestorio: *Estos individuos, que son los únicos sectarios de los dogmas impíos de Juan, recorren la ciudad y suscitan desórdenes y movimientos sediciosos, prometen ordenaciones de forma que todos los ortodoxos que hay en la ciudad, aterrorizados por ello, intentan impedir sus propósitos ilícitos*¹⁷⁹.

Evidentemente, la tensión fue en aumento, pero aumentó también la violencia en el vocabulario, no sólo por el nerviosismo de los protagonistas, sino como instrumento de propaganda hacia el exterior. Se pone de manifiesto, por ejemplo, en las expresiones que utilizan en la sesión del 16 de julio los obispos que habían sido enviados a llevar la citación de Juan de Antioquía ante el concilio: *Nos acercamos a su casa y vimos una multitud de soldados y otros*

177. F. 151, 6 (ACO I, I, 5, 119-124).

178. F. 81, 4 (ACO I, I, 3, 3-5).

179. F. 84, 5 (ACO I, I, 3, 10-13).

*individuos, provistos de armas y espadas que no nos permitieron acercarnos a la puerta...; hubo muchas palabras por una y otra parte, y también manifestaciones injuriosas contra el concilio y contra la fe ortodoxa, pero, a causa del tumulto que se formó, no podemos reproducir las palabras con exactitud... Nosotros soportamos grandes alborotos y poco faltó para que estuviésemos en peligro cuando llegamos a la casa del Muy Reverendo obispo Juan porque los soldados habían sacado sus espadas y tenían garrotes en sus manos, y nos amenazaban, y había una multitud en torno a nosotros*¹⁸⁰. En otra ocasión Cirilo acusará a Juan de atrincherarse en su casa¹⁸¹.

Cuando Teodosio decreta la deposición de Nestorio, Cirilo y Memnón, ordena que ningún obispo pueda salir de la ciudad, que es sometida a un estrecho bloqueo. Los cirilianos se quejan de encontrarse en un estado de sitio, lo cual era cierto pues así lo había decretado el emperador: *estamos estrechamente sitiados por tierra y por mar*¹⁸²; *estamos prisioneros*¹⁸³; *habitamos en Efeso como en una prisión*¹⁸⁴; *estamos en una gran aflicción porque nos encontramos vigilados por los soldados y porque los hay, incluso, que duermen en nuestras habitaciones, en especial en las de nosotros (Cirilo y Memnón)*¹⁸⁵. Memnón se queja de que Candidiano *ha excitado contra nosotros a los soldados y ha llenado la ciudad de tumulto y nos ha privado de la importación de los productos necesarios por el hecho de que nos vigila*¹⁸⁶. Cirilo amenaza con el peligro de que todos mueran, unos víctimas de la enfermedad, otros del desánimo¹⁸⁷.

180. F. 89, 2 y 3 (ACO I, I, 3, 16-17).

181. Ibid. 5 y 92, 3 (AC, I, I, 3, 29).

182. F. 99, 3 (ACO I, I, 3, 43).

183. F. 104 (ACO I, I, 3, 50).

184. F. 105, 1 (ACO I, I, 3, 51).

185. F. 100, 3 (ACO I, I, 3, 45).

186. F. 101, 1 (ACO I, I, 3, 46).

187. F. 105, 5 (ACO I, I, 3, 53).

Pero en estas afirmaciones debía de haber mucho de propaganda: ya en el informe enviado a la Corte a mediados de julio, cuando llegaron los legados papales y ratificaron los acuerdos del 22 de junio, solicitan al emperador que dé por terminado el concilio - con la ratificación, naturalmente, de sus acuerdos - para *liberarnos de las preocupaciones y de las molestias por la estancia en un país extranjero, pues unos estamos agobiados por la pobreza, otros somos víctimas de la enfermedad, otros nos vemos doblegados por la vejez, y somos incapaces de soportar más la presencia en un país extranjero, hasta el punto de que algunos de nosotros, obispos y clérigos, han muerto*¹⁸⁸.

En medio de las acusaciones, cada vez más fanáticas, de violencia por una y otra parte alegra comprobar algún detalle de humanidad como el que mostraron unos soldados de Trípoli de Lidia. Cuando el obispo de esta ciudad, Cómodo, fue enviado a la residencia de Juan de Antioquía para citarle ante el sínodo en que iba a ser depuesto, otro de los obispos que le acompañaban hizo constar en su informe la deferencia que los soldados que protegían a Juan mostraron hacia el obispo de su ciudad al reconocerle: *Por otra parte, nosotros damos gracias a los soldados, pues como éstos reconocieron al muy piadoso obispo Cómodo porque estaban de guarnición en su ciudad, ellos retuvieron a todos los clérigos que se precipitaban contra nosotros*¹⁸⁹. Entre tanto odio y violencia, parece que fueron estos soldados los únicos que mostraron un comportamiento humanizado al reconocer a su obispo.

Los informes que hablan de la violencia y terror que imperaba en Efeso mencionan, generalmente, al pueblo y a los soldados como principales protagonistas. Pero, entre las masas populares, debía haber grupos bien diferenciados. Los nestorianos hablan de los marineros egipcios¹⁹⁰, y los cirilianos aluden a los habitantes de

188. F. 107 (ACO I, I, 3, 63).

189. F. 89, 17 (ACO I, I, 3, 25).

190. F. 156 (ACO I, I, 5, 127).

Zeuxippo, barrio bajo de Constantinopla, que acompañaban a Nestorio¹⁹¹. Pero hay un grupo muy singular sobre el cual la información es poco precisa para que podamos conocer su origen. Tanto un bando como otro se recriminan con frecuencia que los rivales recurrieron a grupos de "campesinos" que implantaban el terror. Así Memnón dice que Nestorio estaba acompañado, además de por los habitantes de Zeuxippo que se había traído de la Capital, *por una gran multitud de campesinos* (chorikoi) *de tierras de la iglesia*¹⁹². A campesinos aluden también los orientales, pero diciendo que eran Memnón y los suyos quienes les habían convocado. Cuando Juan llegó a Efeso escribió al emperador diciendo que se encontró la ciudad y la iglesia en una verdadera guerra civil y que Cirilo y Memnón habían reunido a una *multitud de campesinos* (agroikoi)¹⁹³. En la relación al senado de Constantinopla dicen que se han servido de *campesinos de Asia* junto con los marineros egipcios¹⁹⁴. En otra ocasión hablan de *masas de gentes del campo*¹⁹⁵.

Resulta difícil comprender quiénes eran estos campesinos: posiblemente se tratase de colonos de las propiedades de la iglesia a quienes se movilizó para colaborar con otros elementos de la población urbana en la política de terror y violencia que se implantó. Y resulta difícil comprender también que Nestorio o Juan de Antioquía estuviesen en condiciones de movilizar a estos campesinos de los alrededores de Efeso. La acusación de Memnón se podría explicar en el contexto de las tácticas que siguieron ambos bandos de acusar al rival de los delitos que ellos mismos cometían.

191. F. 101, 1 (ACO I, I, 3, 46).

192. Ibid.

193. F. 153 (ACO I, I, 5, 124); Cf. et. 151, 11 (ACO I, I, 5, 119-124): Acta oficial del concilio de los orientales.

194. F.156 (ACO I, I, 5, 127); de la misma expresión se sirven en la relación al pueblo de Constantinopla, F.157, 2 (ACO I, I, 5, 128).

195.F. 158, 2. (ACO I, I, 5, 129).

Otras alusiones circunstanciales dejan entrever que en las movilizaciones tomaron parte los estratos más bajos de la población de Efeso. Así, Juan de Antioquía dice que las bandas que le impidieron entrar en la basílica de San Juan estaban compuestas de siervos o esclavos: *Cuando nos vieron, nos cerraron inmediatamente el templo; cuando retornábamos, después de haber orado afuera, salió una masa de siervos (oiketai). Apresaron a algunos de nosotros, a otros les quitaron sus monturas, hirieron a otros, y nos persiguieron un largo trecho, por lo que nos vimos obligados a huir con gran rapidez, como si fuesen bárbaros los que nos perseguían*¹⁹⁶. En la versión que de este mismo hecho da Memnón, y que naturalmente difiere totalmente de la anterior, los siervos de Juan se transforman en mendigos: *habiendo subido a la iglesia del apóstol Juan y habiendo anunciado que debía consagrar allí a un obispo, ha provocado en el lugar revuelta y tumulto; y había subido con soldados indisciplinados, provistos de armas, de forma que dejó a algunos de los mendigos de allí medio muertos*¹⁹⁷.

Así pues, todo parece indicar que en la situación de "fronda" en que vivió Efeso durante el verano del 431 tomó parte toda la población de la ciudad y que elementos importados por uno y otro bando participaron activamente en los disturbios, pero fueron Cirilo y Memnón quienes se sirvieron principalmente de los elementos populares, pues sólo ellos eran capaces de movilizarlos, mientras que Nestorio y Juan contaban con el apoyo del ejército. La presencia de éste debió ser considerada por gran parte de la población como una provocación y debió contribuir a excitar los ánimos, pero en ninguno de los informes se habla de que hubiese muertos en los enfrentamientos. Ello hay que considerarlo como un éxito de Candidiano quien, en una situación de revuelta permanente, parece que logró mantener el control sobre sus soldados.

196. F. 154, 4 (ACO I, I, 5, 127); Cf. et. F. 159 (ACO I, I, 5, 139).

197. F. 101, 3 (ACO I, I, 3, 46); esclavos travestidos de monjes mencionan, como ya vimos, los orientales en los disturbios que se produjeron durante la estancia de las delegaciones en Calcedonia (F. 63 (Athen.); (ACO I, I, 7, 74).

APÉNDICE II: El retraso de Juan de Antioquía

Uno de los temas que más polémica originaron en su momento, y que ha seguido abierta hasta nuestros días, es si el retraso de los obispos orientales con Juan de Antioquía a la cabeza, estuvo justificado u obedeció a un cálculo preconcebido. Cirilo, en sus informes, insiste repetidamente en que Juan no llegó antes porque sabiendo que su amigo Nestorio iba a ser condenado, no quería tener que participar en esta condena, o porque temía ser condenado él mismo. Así en la relación que envió al papa Celestino dice: *Juan de Antioquía no se presentó, no por simple inadvertencia, tampoco porque la distancia del viaje se lo hubiese impedido, sino porque escondía en su espíritu un proyecto y una resolución en desacuerdo con Dios, como no mucho después, una vez llegado a Efeso, puso de manifiesto*¹⁹⁸. Aduce, además, en diversas ocasiones, como prueba de ello, que dos obispos que envió por delante como emisarios, Alejandro de Apamea y Alejandro de Hierápolis, le comunicaron de parte de Juan que comenzase las sesiones sin esperarle¹⁹⁹.

Los argumentos de Cirilo carecen de peso y credibilidad y fueron ya refutados por el mismo Juan y por historiadores antiguos y modernos; además, el propio Cirilo cae en contradicciones. Juan no sólo niega que le enviase el citado mensaje, sino que, por el contrario, afirma que Cirilo le había escrito dos días antes de que se reuniese el concilio tranquilizándole en el sentido de que esperaba su llegada²⁰⁰. Por otra parte, la veracidad de la versión de Cirilo

198. F. 82, 2 (ACO I, I, 3, 5).

199. F. 81, 3 (ACO I, I, 3, 3-4) (relación oficial a los emperadores); F. 82, 3 (ACO I, I, 3, 6) (relación a Celestino); F. 67 (ACO I, II, 1, 67-69) (carta al clero de Constantinopla). F.118, 18 (ACO I, I, 3, 81) (discurso apologético a Teodosio).

200. F. 153 (ACO I, I, 5, 124): relación de los orientales al emperador comunicándole la deposición de Cirilo y Memnón. Hay que hacer constar, sin embargo, que esto no se aduce en la exposición de motivos de la deposición tal como se conserva en las Actas (F.151 (ACO I, I, 5, 119-124).

fue ya desmentida por los propios protagonistas y ambos, no sólo no se adhirieron al concilio de Cirilo, sino que Alejandro de Hierápolis será hasta su muerte uno de los más encarnizados enemigos del alejandrino. El propio Cirilo cae también en contradicciones. Así, en el discurso apologético que después dirigió al emperador reproduce textualmente el mensaje que recibió de Juan en donde éste únicamente le comunicaba su próxima llegada, no que comenzasen sin él las sesiones²⁰¹. O en la misma relación oficial del concilio a los emperadores, donde dice que Juan ha condenado a Cirilo y Memnón para no tener que rendir cuentas de su retraso, tal *como hemos sabido por ciertos rumores*²⁰².

Cabe preguntarse, por lo tanto, cuál fue la causa del retraso, si éste no fue deliberado. De ello intentó dar explicaciones Juan en su primera relación al emperador diciendo que hicieron el viaje por tierra lo más rápido posible y que ello les ocupó cuarenta "estaciones", es decir, días. Esto significa que si hubiese partido de Antioquía el día después de Pascua, como preveía el decreto imperial de convocatoria del concilio, habría llegado a Efeso el día mismo previsto para la apertura, la festividad de Pentecostés. Pero hubo diversas causas que retrasaron la salida. Juan aduce dos: *Se produjo en Antioquía una hambruna y fuimos retenidos en la ciudad por los tumultos populares que se producían cada día, y por una violenta lluvia intempestiva, que incluso había puesto en peligro la ciudad por las inundaciones*²⁰³. Se ha conservado además otra carta que envió a Cirilo pocos días antes de llegar a Efeso pidiendo disculpas por su retraso. En ella no alude a ninguna de estas circunstancias, pero sí manifiesta que ha hecho el viaje lo más rápido que le ha sido posible y que éste requería cerca de cuarenta días: *Yo no estoy poco molesto por haberme retrasado estos pocos días siendo así que Vuestra Santidad está ya presente en Efeso. Más aún que la*

201. F. 118, 20 (ACO I, I, 3, 82).

202. F. 92, 2 (ACO I, I, 3, 28-29).

203. F. 153 (ACO I, I, 5, 124).

necesidad, es el deseo de (encontrarme con) Tu Santidad lo que me empuja a acabar rápidamente el viaje. En efecto, desde hace treinta días - éste es el número de días que exige la duración del viaje - estoy en camino, sin haberme concedido absolutamente ningún descanso en ningún lugar, a pesar de que muchos de los obispos muy amados de Dios se han indispuerto en el camino y muchos caballos han caído por lo rápido de la marcha. Ruego, pues, Señor, que nosotros acabemos sin pena estas cinco o seis etapas que nos quedan y que acudamos a abrazar tu santa cabeza que nos es sagrada²⁰⁴.

El historiador de la Iglesia bizantino, Evagrio Escolástico, adujo en su momento nuevas razones que hacen aún más verosímil el retraso: el territorio sobre el que se extendía el patriarcado de Antioquía era muy grande - además de Siria, Arabia y Persia -, hasta el punto de que el desplazamiento desde algunos de estos lugares hasta Antioquía requería doce días. Señala además que era costumbre en Oriente que después de Pascua se celebrase un solemne octavario al que no podían faltar los obispos, por lo que sólo el 27 de abril pudieron abandonar sus sedes para dirigirse a Antioquía, pero parece contradecir a Juan cuando afirma que el viaje de Antioquía a Efeso requería treinta días, frente a los cuarenta que éste empleó²⁰⁵. Otras fuentes antiguas nos dan a conocer que Juan aprovechó la confluencia de todos los obispos orientales en Antioquía para celebrar un sínodo con ellos y unificar la postura a adoptar en Efeso, que no iba a ser otra que condenar a Cirilo u obligarle a retractarse de los "Doce Capítulos". Esto es perfectamente explicable, así como el deseo de hacer el viaje todos juntos por razones de seguridad. En cualquier caso, los silencios de Juan, o sus explicaciones parciales y en parte contradictorias, demuestran lo taimados y poco fiables que eran, por lo general, los obispos de la época.

204. F. 30 (ACO I, I, 1, 119).

205. Evagrio, H.E. I, 2.

Pero resulta mucho más verosímil y creíble la versión del antioqueno que la del alejandrino. Si Juan hubiera estado presente, le hubiera correspondido a él presidir el concilio porque, aunque Nestorio y Cirilo tenían una prominencia de honor sobre él, estaban incapacitados porque ambos debían comparecer como acusados. Todo parece apuntar hacia el hecho de que Cirilo se sirvió de una argucia formal. El tiempo exigido para hacer normalmente el recorrido era de treinta días: Cirilo esperó este espacio de tiempo, y, al cumplirse, reunió el concilio, sin esperar los cuatro o cinco días que Juan le había anunciado de retraso, - efectivamente llegó cuatro días después -. Esto lo utilizó como coartada para aducir que Juan se había retrasado voluntariamente para no asistir a la condena de Nestorio. Todo indica, pues, que Cirilo jugó, como en otros muchos casos, la carta más arriesgada, la de la política de hechos consumados en la que, a su vez, embarcó a toda la Iglesia.

APÉNDICE III: Los sobornos de Cirilo

Desde que se inició el concilio, y sobre todo desde que se vio la imposibilidad de encontrar una salida negociada al conflicto, comenzó a repetirse una y otra vez por parte de los orientales que Cirilo intentaba "corromper todo con su oro". Que estas acusaciones afloraran pronto en los labios de los enemigos del obispo alejandrino no debe sorprender porque, al menos desde la época de Teófilo, era un sentimiento generalizado entre los obispos de Oriente la facilidad con que los obispos de Alejandría recurrían al dinero para lograr sus objetivos, especialmente en la Corte de Constantinopla. Baste recordar las acusaciones de Paladio de Helenópolis contra Teófilo cuando éste se presentó en la Capital del Imperio dispuesto a sentar en el banquillo y deponer a Juan Crisóstomo, siendo así que el acusado era él: *De este modo se presenta Teófilo cargado, como un escarabajo pelotero²⁰⁶ de los más bellos tesoros de Egipto y de la misma India, cuyos perfumes agradables expande para ocultar el mal olor de sus odios.*²⁰⁷ Se explica esta conducta porque poco podía conseguirse en los ambientes corruptos de la Corte sin recurrir al soborno de los cortesanos, y los obispos alejandrinos eran los que disponían de más recursos con que saciar su avaricia. Se explica, pero no se justifica, sobre todo cuando lo que estaba en juego eran cuestiones dogmáticas, aunque para los alejandrinos éstas eran sólo un instrumento para imponerse a los obispos de Constantinopla.

Cirilo, como buen imitador de su tío, no debió experimentar ningún escrúpulo en recurrir también al oro para alcanzar sus objetivos. La primera alusión que tenemos de ello es el sermón de Nes-

206. Juego de palabras con el que Paladio relaciona la porquería y el estiércol en el que prospera el escarabajo, con los escarabeos, símbolos tradicionales del Egipto faraónico.

207. *Diálogo sobre la Vida de Juan Crisóstomo*, VIII, lin. 36-39 (ed. Sources Chretiennes, 341).

torio al pueblo de Constantinopla, el 12 de diciembre del 430, en que increpa eufemísticamente a Cirilo con estas palabras: *¿Por qué lanzas contra mí, manteniéndote oculto, flechas de oro?*²⁰⁸. Posiblemente Nestorio era consciente ya de las maniobras de Cirilo para paralizar, o tratar de reconducir según sus intereses, el concilio que acababa de ser convocado. A ello alude una fuente nestoriana posterior que señala que cuando Cirilo recibió la "Sacra" imperial convocándole para el concilio, a pesar de que contaba con el apoyo de Roma, *no tuvo confianza, desde la primera convocatoria, en ir y examinar estas cosas, pues su conciencia lo condenaba en todo. Como estuviese ante estas vacilaciones, envía hombres a la Corte imperial con mucho oro, a fin de atraerse la voluntad del emperador.*²⁰⁹ En cualquier caso, y aunque no disponemos de datos concretos para estos momentos, son muchos los indicios de que Cirilo empezó ya a mover a sus apocrisiarios y a otros emisarios especiales en Constantinopla para intentar poner a la Corte a su favor. Ya en la carta que había escrito a Juvenal de Jerusalén comunicándole la condena de Nestorio por parte del papa le decía que era conveniente escribir al emperador y a los dignatarios de la Corte para atraerlos a la causa.²¹⁰ En el Libro de Heráclidas dirá Nestorio, refiriéndose a estos momentos: *Por medio de cartas y de otras cosas, él (Cirilo) corrompía a aquellos que estaban próximos al emperador y a las emperatrices.*²¹¹ E. Schwartz, que ha analizado en detalle las maniobras de Cirilo antes del concilio, opina que pudo ser producto de las intrigas del alejandrino en la Corte el cambio de contenido que se observa entre la primera "Sacra" imperial convocando el concilio, y la segunda de que fue portador Candidiano para ser leída en la apertura. Mientras en la primera se especifica que será cometido del concilio, *que sean disipadas, de acuerdo con los*

208. ACO I, V, 39-40.

209. Barhadbessabba, H.E. XXII, fol. 154 (Ed. F. Nau en PO IX).

210. F. 15 (ACO I, I, 1, 96-98)

211. L.H. 253.

cánones eclesiásticos, las tormentas surgidas de las disputas presentes y que se rectifiquen las medidas tomadas de modo irregular, en posible alusión a los procesos iniciados contra Cirilo, en la segunda se ordena tratar, en primer lugar, la cuestión del dogma y se prohíbe entablar contra cualquier miembro del concilio ningún proceso civil o criminal.²¹²

Fue a partir del inicio del concilio cuando se intensificaron las alusiones de los orientales y de Nestorio contra los intentos de soborno de Cirilo. Hay veladas alusiones a que muchos de los obispos que se pasaron a Cirilo en la sesión del 22 de junio, o que después firmaron sus Actas, habían sido comprados por Cirilo recurriendo a todo tipo de medios: presiones, promesas, etc. Las acusaciones de los cirilianos a sus rivales en el mismo sentido seguramente tendrían como objetivo contrarrestar esta propaganda. Sin embargo, todas las fuentes son muy discretas en sus alusiones a los propios colegas en el episcopado como beneficiarios del oro de Cirilo. Sólo tras el fracaso de la reunión de Calcedonia aluden a ello de una forma explícita los orientales en uno de los últimos informes que enviaron al emperador: *Distribuyen entre sus partidarios las donaciones recibidas para atender las necesidades de los pobres*.²¹³ Posiblemente, a sobornos de obispos alude también el informe de los orientales enviado desde Calcedonia al obispo Rufo de Tesalónica, que no había asistido al concilio, tratando de atraerlo a su causa: *Han imaginado para sí otro tipo de poder de carácter humano, y han pensado que expandiendo a oleadas las riquezas combatirán de este modo la fe de los Padres*.²¹⁴

Cuando las informaciones hacen referencia a los ambientes cortesanos esta discreción desaparece. Cirilo conocía bien la venalidad de la Corte y sabía que el emperador era el único que tenía

212. E. Schwartz, *Cyrrill und der Mönch Viktor*, 11-12.

213. F. 64 (Athen.) (ACO I, I, 7, 75).

214. F. 97, 7 (ACO I, I, 3, 41-42).

capacidad para decidir sobre la suerte del concilio. Por ello, fue aquí donde concentró sus esfuerzos, y éstos se intensificaron en el verano del 431 cuando el emperador se negó, primero, a reconocer los acuerdos de la sesión del 22 de Junio, y después cuando llegó el **comes** Juan con el rescripto imperial aceptando la deposición de Nestorio, Cirilo y Memnón. Alude a ello el **comes** Ireneo, enviado por los orientales a Constantinopla para defender sus intereses, al exponerles cómo se ha desarrollado su misión en la Corte: *Los egipcios me habían precedido en tres días. Todos los peligros que yo sufrí entonces y después de mi entrada en la ciudad no es fácil contarlos, por no decir exponerlos en una carta. Estas excelencias que me habían precedido, sirviéndose de todos los medios cómodos y apropiados - no hace falta decir más - se ganaron, por así decir, las orejas de todos.*²¹⁵ Señala después Ireneo que el primero en ser "persuadido" fue el **cubicularius** Escolástico, antes defensor incondicional de Nestorio, y que aparecerá después en otros informes como uno de los principales "tocados".²¹⁶ Seguidamente resalta la labor del médico y **syncellos** de Cirilo Juan, quien *llegó de la manera que vosotros sabéis y vimos a la mayoría de los magistrados que, en cierto modo, se transformaron en otras personas*²¹⁷.

Resulta evidente que la labor del archimandrita Dalmacio en Constantinopla en favor de Cirilo se vio apoyada por el oro egipcio. Que los cambios de predisposición - *el humor cambiante de los poderosos*, como dice Teodoreto de Ciro -, que se produjeron en la Corte respecto a los orientales durante su estancia en Calcedonia, la fuga de Cirilo a Alejandría desde su prisión en Efeso, y el reconocimiento de esta situación "de facto" por el emperador había sido fruto de las generosidades de Cirilo, lo declara por vez primera Teodoreto en carta a Alejandro de Hierápolis cuando estaba a

215. F. 164, 1-2 (ACO I, I, 5, 135).

216. Ibid. 3.

217. Ibid. 5.

punto de abandonar Calcedonia: *Ya no hay nada bueno que podamos esperar aquí por el hecho de que todos han sido convencidos por el oro y los jueces mismos sostienen que no hay más que una sola naturaleza de la deidad y de la divinidad.*²¹⁸ Poco después expresará las mismas convicciones Juan de Antioquía, en nombre de los que le acompañaban en Calcedonia, en carta escrita a sus partidarios que habían quedado en Efeso: *Para que Vuestra Santidad no ignore este punto, sabed que, habiendo constatado que los cirilianos se han ganado, por así decirlo, a todo el mundo mediante la tiranía, el engaño, el halago y los regalos, nosotros hemos solicitado frecuentemente al Muy Piadoso emperador y a los magnificentísimos magistrados que nos permitan a nosotros volver a Oriente y a Vuestra Piedad volver a vuestras casas*²¹⁹. Seguidamente alude a una acusación que después se repetirá una y otra vez, que Cirilo había podido huir de su prisión de Efeso gracias a los sobornos: *El Egiptio ha podido así cegar a todo el mundo con sus regalos, de tal manera que él que ha cometido mil fechorías puede volver a sentarse en su trono y el hombre inocente (Nestorio) ha sido enviado a un monasterio.*²²⁰

Esta versión de los hechos será recogida poco después por el anciano Acacio de Berea en carta a Alejandro de Hierápolis. Aquí Acacio asegura haber oído de Juan de Antioquía, de Teodoro de Ciro y de otros que, al principio, el emperador era totalmente favorable a los orientales, pero que Cirilo había comprado al eunuco Escolástico y a otros dignatarios. A la muerte de Escolástico el emperador encontró la prueba, pues se descubrió en su poder una caja llena de libras de oro que le había regalado Pablo, sobrino de Cirilo que residía en Constantinopla, como **comes consistorianorum**. Sería entonces cuando el emperador habría confirmado la

218. F.69 (Athen.) (A C O I, I, 7, 79).

219. F. 70,3 (Athen.) (A C O I, I, 7, 82).

220. Ibid.

deposición de Cirilo y Memnón. Pero después se habría escapado de la prisión de Efeso y los monjes habrían presionado al emperador para que aceptase la política de hechos consumados.²²¹

Es Nestorio en su autoapología del Libro de Heráclidas quien se explaya exponiendo con más detalles cómo el oro de Cirilo y sus agentes logró corromper todos los ambientes. Nestorio no excluye como beneficiarios a los díscolos y mundanos monjes de Constantinopla. Primero, cuando fueron manipulados por los agentes de Cirilo para presionar al emperador a que ejecutara la deposición de Nestorio decretada el 22 de junio en Efeso: *Todos ellos no tenían más que una boca, un corazón y una voluntad contra Dios el Verbo, hasta el punto de que los oficios eran despreciados en las iglesias y los monasterios y ellos sólo se ocupaban de motines, de persecuciones y de cosas análogas. En cuanto a aquellos que les proveían de bienes, de alimentos y de riquezas, con la ayuda todo aquello que ellos donaban, éstos les excitaban y les exigían que se ocupasen constantemente de estas cosas*²²². Se refiere después a las reuniones de Calcedonia en estos términos: *Por el hábito de monjes, ellos parecían actuar por celo. Ellos recibían con sus hábitos (monásticos) los manjares y la alimentación en los monasterios, éstos les eran dados como una recompensa por sus favores (y su caridad); ellos engordaban sus cuerpos en vez de (servirse de) la continencia. Con la ayuda de esto que tú habías enviado y que tú habías sacado de los graneros y de los almacenes de vino, de aceite, de legumbres y de vestidos de todo tipo, tú habías llenado los monasterios que habían sido elegidos para ello y otros lugares, de forma que, incluso los santos lugares de plegaria, estaban rebosantes y las salidas y entradas de todos los lugares que podían acogerlo estaban llenas. Estas cosas tenían lugar delante de todo el mundo y tú las*

221. A C O I, IV, 85 [Synodicon 130 (41)].

222. L.H. 247.

pagabas con lo que se denomina "bendiciones".²²³ Estas eran concedidas en forma de pago por este motivo.²²⁴

Pero Nestorio concuerda con otras fuentes en que fueron los eunucos de la Corte los que más influyeron en hacer cambiar de idea al emperador (*ellos tenían como auxiliares en todas estas cosas a los eunucos del emperador²²⁵*) y de todos era bien conocida la venalidad de estos personajes. Ya en la primera descripción que Nestorio ofrece de los movimientos que surgieron en Constantino-pla reclamando su deposición, señala que los agentes de Cirilo, para que el emperador la aceptase *daban una gran cantidad de bienes a aquellos que le rodeaban.²²⁶*

Nestorio se complace en denunciar con todo tipo de detalles al conde Juan, el emisario de Teodosio II que llegó a Efeso en agosto del 431 para dar a conocer la decisión del emperador de considerar depuestos a Cirilo y Memnón e intentar poner de acuerdo a ambos bandos, de haberse dejado corromper por el oro de Cirilo: *Cuando el conde Juan, que estaba encargado del tesoro público (**comes sacrarum largitionum**) fue enviado a Efeso, se pensaba que había venido para que Cirilo y yo pudiésemos hablar el uno con el otro, reunido todo el concilio, y que esto era algo que ya no podía rehusar... Sin embargo él (Juan) no acabó su carrera, sino que se relajó, porque había sido golpeado por aquello que es amado por los hombres: esto es lo que entonces se contaba como un rumor. Finalmente, aquel que revela las cosas ocultas, lo reveló, lo sacó a la luz e hizo que fuese conocido por todos. Durante su vida estuvo cubierto de vergüenza y, tras su muerte, fue puesto de manifiesto; tanto aquel que vendió la verdad, es decir, Juan, como aquel que, más que él (la vendió), es decir, Cirilo, cuando fue reclamado este*

223. Sobre este término, véase infra.

224. L.H. 255.

225. L.H. 241.

226. Ibid. 240.

oro de iniquidad.²²⁷ Seguidamente ofrece su versión de los acontecimientos, que, tras la llegada de Juan, se desarrollaron en Efeso diciendo que la voluntad de éste *se dobló... porque estaba ya cubierto de oro.*²²⁸ Narra después la decisión imperial de enviar al propio Nestorio al monasterio y cómo Cirilo lo robó para el primer viaje a borrar a Juan. Para ello aduce como prueba la confesión escrita que fue encontrada, tras la muerte del **comes**: *Esto fue puesto en evidencia después de la muerte de éste (Juan), por la confesión que fue encontrada, respecto a mí, en sus escritos. Inmediatamente después de hacer esta confesión, le llegó la muerte que condena a todo hombre y no perdona. ¡Esa era la ayuda de que yo me había servido! Mientras que yo era enviado (al monasterio) con este honor, Cirilo estuvo custodiado por un tiempo. Pero aquel que estaba custodiado con gran diligencia encabezó de aquellos que lo custodiaban en Efeso de las autoridades que habían ordenado no dejarle ir a Alejandría: él partió de Efeso y llegó a su ciudad sin ser molestado por nadie. También esto fue preparado y comprado mediante regalos...*²²⁹

Nestorio vuelve a aludir con más detalle a éstos sucesos en otro lugar del Libro de Heráclidas, aclarando que los sobornos de Cirilo no afectaron sólo a los miembros del entorno de la familia imperial, sino también al propio emperador: Cirilo había prometido por escrito al emperador, por medio del **comes** Juan, dos mil libras de oro para que le dejase abandonar Efeso. Cuando Juan murió, sin que Cirilo hubiese cumplido con su promesa, Teodosio escribió a Cirilo invitándole a dirigirse ambos a Efeeso con la excusa de celebrar un acto solemne de acción de gracias en la basilica de S. Juan Evangelista por haberse solucionado satisfactoriamente todo el "affaire" del concilio, tras lo cual ambos se habrían trasladado conjuntamente a Constantinopla. Nestorio describe así este viaje de

227. Ibid. 247-248.

228. Ibid. 248.

229. Ibid. 249.

Cirilo y el emperador: *El (Cirilo) llenó las naves de todo tipo de vestidos preciosos y de regalos para el emperador, para su familia imperial y para los cortesanos, según su rango y su dignidad, en la medida que ello era necesario. Llegó a Efeso, entregó sus presentes, fue honrado y provocó la admiración de todos: por los honores que recibió, estaba en la boca de todos. Recibió todos los honores, hasta el punto de sentarse con el emperador en el primer trono, quiero decir (sobre el trono) del emperador, mientras éste se sentaba en el segundo, y esto tenía lugar en el palacio, en la carroza y en público, con el fin de que el trono del emperador fuese santificado con su presencia. Por el mismo motivo, le introdujo en Constantinopla, con el fin de que las hermanas del emperador, la familia imperial y la ciudad fuesen santificadas con su presencia. Cuando también allí hubo saciado la avidez de todos los hombres mediante regalos y ya no le quedaba nada, entonces (el emperador) ordenó reclamarle el oro que él debía por escrito, es decir, dos mil libras. El no podía negarlo, pues si lo negaba sería refutado y perdería su fama. Cuando se dio cuenta de ello y comprobó que el infortunio que le amenazaba era un gran mal, dio una fianza por ésta (deuda), se embarcó en medio de las tempestades y entre un gran tumulto y buyó para no caer en otros males por culpa de los acusadores que le acusaban...*²³⁰

No poseemos ninguna otra noticia sobre esta estancia de Teodosio II y Cirilo en Efeso y Constantinopla, por lo que es razonable poner en duda su veracidad. Pero la descripción de Nestorio concuerda en muchos detalles con un valioso documento que se ha conservado en el amplio "dossier" de cartas e informes que siguieron al concilio. Cabe la posibilidad de que Nestorio confunda o relacione entre sí hechos diferentes que, en cualquier caso, demostraban la frecuencia y facilidad con que Cirilo recurrió a los sobornos para lograr sus objetivos. Este documento es una

230. *Ibid.* 305-307.

carta salida de la iglesia de Alejandría y aleja toda duda que pudiera tenerse respecto a las acusaciones surgidas de ambientes hostiles a Cirilo²³¹.

La carta hay que fecharla en el año 432, en medio de las intensas negociaciones políticas y eclesiásticas a tres bandas (Constantinopla, Antioquía, Alejandría) que entonces se desarrollaban para poner fin al cisma provocado por la condena de Nestorio. Cuando parecía que se iba a llegar a un acuerdo a base de cesiones por parte de Cirilo y Juan de Antioquía, las negociaciones llegaron a un punto de enfriamiento. Fue en este momento cuando, por orden de Cirilo, su archidiácono Epifanio escribe a Maximiano, el obispo de Constantinopla consagrado en lugar del depuesto Nestorio. Epifanio manifiesta al obispo de la Capital que al recibir las últimas noticias de Constantinopla, Cirilo ha caído enfermo. Se lamenta de la tibieza con que Maximiano y sus demás apoyos de Constantinopla defienden la causa de Cirilo en la Corte y le exhorta a que reaviven su celo. Seguidamente narra las gestiones que se han hecho desde Alejandría para lograr los objetivos de Cirilo, haciendo especial hincapié en los cuantiosos regalos enviados a diversos altos personajes de la Corte para doblegar sus voluntades. El eufemismo con que se denominan estos regalos es **eulogíai** en griego, **benedictiones** en latín. Es significativo que los principales beneficiarios de estos sobornos son las personas que tienen mayor contacto y acceso directo al emperador Teodosio II y a su hermana la emperatriz Pulqueria: los "chambelanes" de ambos (**praepositi sacri cubiculi**) y las camareras (**cubiculariae**) de Pulqueria. Pulqueria había sido siempre favorable a Cirilo, pero últimamente, se lamenta Epifanio en la carta, se estaba ocupando muy poco de él porque sus **eulogíai**, aunque importantes, no habían colmado la avidez de los cortesanos. La principal oposición a Cirilo provenía del chambelán o **praepositus** Chryseros, pero ya se le habían

231. ACO I, IV, 222-225.

enviado sus correspondientes **eulogíai**. Por todo ello, Maximiano debe solicitar personalmente a Pulqueria que avive su celo por Cristo, es decir, por Cirilo, presionando al emperador, e igualmente a los archimandritas, líderes monásticos de la Capital, para que logren que el emperador apoye enérgicamente a Cirilo y condene definitivamente a Nestorio. Se invita a Maximiano a que colabore también él en este esfuerzo económico para doblegar las voluntades de los cortesanos: *Satisfice* (con los bienes de) *tu iglesia la avaricia de aquellos que tú sabes para que la iglesia alejandrina no se vea afligida porque tu santidad no cumple los compromisos*. Termina la carta indicando que se adjunta un Anexo en que se enumeran los últimos presentes que se han enviado a los diversos miembros de la Corte. Ello debe hacer ver a Maximiano todos los sacrificios que se había impuesto la iglesia de Alejandría que incluso se había visto obligada a recurrir a préstamos para hacer frente a tantas generosidades.

El Anexo en que se enumeran las diversas **eulogíai** o **benedictiones** enviadas a cada uno de los cortesanos constituye un preciado documento, no sólo de política eclesiástica, sino también para la historia social y económica de la época. La carta de Epifanio no se ha transmitido en su texto original en griego, sino en la traducción latina de Rusticus en el **Synodicon**, y, aunque fue publicada en 1682 por su primer editor, Christian Lupus, éste omitió la publicación del Anexo, según él mismo aduce, porque contenía muchos términos “bárbaros”, pero, seguramente, para no escandalizar. Tampoco lo publicaron los editores de las Actas Conciliares que se sucedieron después de Lupus (Baluze, Mansi, ni Migne en su Patrología Griega), por lo que nunca fue editado hasta 1873. Después fue recogido por el último editor de las Actas Conciliares, E. Schwartz, haciéndolo accesible a todos los estudiosos del concilio.

No podemos abordar aquí un estudio detallado de este texto. Me limitaré a señalar que los presentes de Cirilo constan fundamentalmente de oro, pesado en libras, sólo en alguna ocasión se men-

cionan monedas (*solidi*), y de objetos preciosos, producto de la refinada artesanía oriental y egipcia, bien conocida a través de las representaciones artísticas de la época. El balance de estas "bendiciones" es el siguiente: 1380 libras de oro (327 gr. la libra) y 100 *solidi* (moneda de oro de 4'55 gr. de peso); 24 alfombras (*tapeta*) de diverso tamaño; 25 *nacotapites* (seguramente alfombras de lana); 24 *bila* (velos o cortinas), aunque aparecen también otras 18 piezas con el nombre de *cortinae* y 14 *bilatapeta*, seguramente tapices de tamaño diverso; 22 *accubatilia*, probablemente los cojines ricamente trabajados que aparecen sobre los asientos en las representaciones de los mosaicos y miniaturas; 4 *scamna*, 28 *scamnalialia* y 8 *scamna eburnea*, posiblemente pequeños taburetes de marfil sin respaldo que aparecen también en las miniaturas. La presencia o no de respaldo es lo que diferencia a estos objetos de las 14 *catbedrae eburneae*, mencionadas también, cátedras, de marfil o recubiertas de marfil que nos traen a la mente la famosa cátedra de marfil ricamente trabajado del obispo Maximiano de Rávena del siglo VI. Aparecen también 30 *in cathedris* expresión que debe significar velos para recubrir los asientos, así como los 12 *in osteis*, seguramente velos para recubrir las puertas; 22 *mensalia*, que deben ser manteles o juegos de mesa y 6 *tabulae maiores*, mesas grandes. Finalmente hay que mencionar otros dos tipos de objetos de difícil identificación: 16 *struthiones*, literalmente avestruces, que pueden ser huevos decorados de avestruz o productos elaborados con piel o plumas de avestruz y 10 *persoina*, palabra que parece aludir a productos persas.

Esta carta del archidícono Epifanio pone de manifiesto lo bien que Cirilo y sus representantes sabían moverse en los ambientes cortesanos de Constantinopla y confirma las informaciones de Nestório sobre quiénes fueron los principales beneficiarios de su generosidad - los eunucos y las personas que rodeaban al emperador y a las emperatrices -, y sobre cuáles eran los recursos de que echó mano Cirilo, el oro y los objetos preciosos. Puede explicar también porqué Cirilo accedió finalmente al acuerdo que firmó al

año siguiente con Juan de Antioquía: las arcas de la iglesia de Alejandría estaban agotadas. Es cierto que no podemos juzgar estos hechos de acuerdo con nuestras costumbres, sino de acuerdo con las que imperaban entonces en la Corte Imperial: nadie se dirigía a un personaje importante para solicitar algo sin ofrecerle algún presente. También entre los obispos estaba arraigada la costumbre de ofrecerse pequeños regalos: "eulogiai" o "benedictiones". Pero, aún así, no es fácil compartir el benévolo juicio de H. Leclercq cuando, después de comentar estos hechos, concluye: "Un historiador imparcial no debería reprochar a Cirilo tantos esfuerzos para hacer triunfar la ortodoxia"²³².

232. Hefele - Leclercq, *Histoire des conciles* II, 1, 1908, 399.

FUENTES

El concilio de Efeso (431) y las circunstancias que lo rodearon es quizá el acontecimiento mejor conocido de toda la Antigüedad, a pesar de que nos ha llegado escasísima información de los historiadores eclesiásticos antiguos. Los más útiles son SOCRATES, *Historia Eclesiástica* V (P.G. 67) y EVAGRIO ESCOLASTICO, *Historia Eclesiástica* I, 2-7 (ed. J. Bidez. Londres, 1898). Disponemos de la amplia producción literaria de muchos de sus protagonistas, en especial de Cirilo de Alejandría (P.G. 68-77) y la parcialmente recuperada de Nestorio (cf. *infra*). Pero ha sido especialmente el descubrimiento del *Libro de Heráclidas* de Nestorio y la edición crítica de las *Actas del Concilio* lo que ha proporcionado un giro total a la investigación en nuestro siglo.

Actas Conciliares

No existieron nunca Actas oficiales del concilio, sino Actas particulares de los procesos y colecciones verbales de documentos diversos surgidos del entorno de los principales protagonistas, Cirilo y Nestorio. Esta enorme documentación generada por el concilio, aunque no nos ha llegado completa suple con creces la escasa y poco significativa información de los historiadores antiguos, tanto griegos como latinos. Es en base a estas colecciones de Actas como podemos reconstruir el desarrollo del concilio y los acontecimientos anteriores y posteriores.

Cada una de las recopilaciones antiguas obedece a un determinado planteamiento doctrinal en base al cual se hizo la selección. Como en Efeso hubo en realidad dos asambleas conciliares enfrentadas, surgieron dos series de Actas que después fueron fundidas en un solo cuerpo para atribuir al llamado "concilio de Efeso" la fisonomía que interesaba desde el punto de vista de los vence-

dores, es decir, los seguidores de Cirilo. Estos hicieron una selección entre las diversas colecciones que circulaban escogiendo aquellos documentos que mejor se adecuaban a sus intereses. De estas compilaciones alejandrinas se han conservado tres testimonios en griego, la *Vaticana*, la *Segueriana* y la *Atheniensis*. La *Vaticana* es la más completa y sirvió de modelo a las otras dos. Pero fue compuesta para mayor gloria de Cirilo y con el objetivo de poner de relieve que el concilio reunido en torno a Juan de Antioquía era cismático; por ello, los pocos documentos que se recogieron relativos a éste fueron reflejados al final de la colección y, por tanto, fuera de su contexto cronológico.

Muchos de los documentos de estas colecciones fueron traducidos al latín en el siglo VI, cuando entre los occidentales se renovó el interés por los problemas cristológicos y, en consecuencia, por el concilio de Efeso, formándose varias colecciones latinas que nos han llegado. Parece que la más antigua es la *Palatina* a la que siguió a mediados del siglo la *Turonensis*. Poco después el diácono romano Rusticus que vivió en Constantinopla a mediados del siglo VI descubrió una obra del conde Ireneo, titulada *Tragoedia*, compuesta hacia el 448 con el fin de defender la memoria y la ortodoxia de su amigo Nestorio, para lo que recogió una gran cantidad de documentos relacionados con el concilio de Efeso. El descubrimiento de esta obra le llevó a publicar una nueva edición de las Actas del concilio tomando como base la traducción latina anterior de la *Turonensis* y ampliándola con documentos tomados de la *Tragoedia*. Surgió así la obra titulada *Synodicon adversus Tragoediam Irenaei* conservada en la denominada *Collectio Cassinensis sive Synodici a Rustico diacono compositi pars altera*. Una última colección latina es la *Veronensis*, colección menor de origen romano, que pretende demostrar que Cirilo actuó siempre de acuerdo con el papa, lo que explica que contenga cartas de Celestino no conservadas en otras colecciones.

Las ediciones conciliares modernas, incluida la de MANSI, han reproducido la colección *Vaticana*, insertando en su lugar cronológico algunos documentos de las otras colecciones. El *Synodicon* de Rusticus fue impreso, en base a la edición de MANSI, a continuación de las obras de Teodoreto de Ciro en la *Patrología Griega* 84. Todas estas ediciones ha sido reemplazadas por la edición crítica realizada por ED. SCHWARTZ en sus *Acta conciliorum Oecumenicorum* (ACO), Berlín 1921-1938 (once volúmenes en dos tomos). Las Actas de Efeso, *Concilium Universale Ephesinum*, (1921-1929) ocupan cinco volúmenes del tomo I: vol. I, fasc. 1-6 *Coll. Vaticana*; fasc. 7 *Coll. Segueriana, Atheniensis* etc; vol. II, *Coll. Veronensis*; vol. III, *Coll. Turonensis (Cassinensis pars prior)*; vol. IV, *Coll. Cassinensis (Synodicon de Rusticus)*; vol. V, *Coll. Palatina*.

La edición de SCHWARTZ resulta muy difícil de utilizar para seguir una secuencia cronológica de los hechos, pues al haber sido editadas las diferentes colecciones en fascículos distintos, es necesario trasladarse continuamente de uno a otro fascículo. Además no hay una paginación uniforme y los Indices tampoco están elaborados de manera uniforme. Pero se trata de una obra insustituible y ha resultado fundamental para tener una nueva visión del concilio, que ha reemplazado las anteriores que se basaban en la que ofrecía la colección *Vaticana*, y para poner de relieve cómo en Efeso no hubo en realidad uno, sino dos concilios paralelos. Las introducciones críticas que preceden a cada fascículo constituyen estudios modélicos sobre la naturaleza y las circunstancias en que fue compuesta cada colección. Sobre la obra de Schwartz, véase R. DEVRESE, "Les Actes du Concile d'Éphèse", *Revue des Sciences Philosophiques et Theologiques* 18, (1929) 223-242 y 408-431.

Traducciones

No existe ninguna traducción completa en idiomas modernos de las colecciones griegas y latinas. Pero A.-J. FESTUGIÈRE, *Ephèse*

et Chalcedoine. Actes des Conciles, París, 1982 ha publicado una traducción al francés de los documentos más importantes en griego siguiendo el texto establecido por Schwartz. Ha intentado introducir un orden cronológico y resulta una obra de fácil consulta para seguir el desarrollo de los acontecimientos.

El Libro de Heráclidas

La edición crítica de las Actas a cargo de Schwartz no ha hecho sino completar la nueva visión de Nestorio y del concilio que se había iniciado a comienzos de este siglo con la publicación de la obra de F. LOOFS, *Nestoriana. Die Fragmente des Nestorius* (Halle 1905), donde recoge todos los fragmentos que se han conservado de los numerosos escritos y sermones, cartas, etc que publicó Nestorio y que se salvaron de la quema ordenada por Teodosio II en el 435. Poco después en 1908 M.J.F. BETHUNE-BAKER, *Nestorius and his teaching, a fresh examination of the evidence; with a special reference to the newly recovered Apology of Nestorius* (The Bazaar of Heraclides), Cambridge 1908, se sirvió por vez primera de una obra recién descubierta de Nestorio conservada en un único manuscrito siríaco, la *Tegourtâ d'heraclidos*, una autoapología de Nestorio traducida en el siglo VI del original griego perdido. El texto siríaco fue editado por P. BEDJAN con el título *Le Livre d'Heraclide de Damas* (París-Leipzig 1910) y en el mismo año F. NAU, con la colaboración del propio P. BEDJAN y de M. BRIERE publicó en París una traducción al francés con el mismo título. En 1925 se publicó una traducción inglesa a cargo de G.R. DRIVER-L. HODGSON con el título *The Bazaar of Heracleides* (Oxford 1925). Heráclidas de Damasco es el pseudónimo de que se sirvió el propio Nestorio para eludir la censura. La traducción literal de *Tegourtâ Heraclidis* es en latín *Mercatura Heraclidis*, de donde la traducción por *The Bazaar*. Pero Nau prefirió interpretar el término siríaco como traducción del griego *pragmateia* que puede significar "tratado" o "comercio". Me he servido de la traducción francesa que es considerada, generalmente, como la más fiable.

BIBLIOGRAFÍA

Obras generales

Aunque la bibliografía sobre el concilio de Efeso, sus protagonistas y sus circunstancias es amplísima, se ha producido, como es frecuente en los estudios sobre historia de la Iglesia, pero de una manera especial en este tema, un divorcio entre los historiadores de la Iglesia, historiadores del dogma e historiadores "tout court". Pienso que el estudio más completo, que trata de aunar todos los aspectos, es el de L.I. SCIPIONI, *Nestorio e il concilio di Efeso. Storia, dogma, critica* (Milán 1974). Véase la recensión de C. KANNENGIESSER, *Revue d'Histoire Ecclésiastique* 73 (1978), 669-672. La obra de Scipioni representa la asunción definitiva por parte de los teólogos católicos de la revisión de la cuestión nestoriana y del concilio iniciada por los historiadores y teólogos protestantes y propiciada por la publicación del Libro de Heráclidas y de las Actas de Schwartz. En este sentido la obra de Scipioni supera el ya equilibrado estudio de E. AMANN, *Nestorius* en DThC 11, 1, 76-157. A comienzos de siglo, la *Histoire des Conciles* de HEFELE-LECLERCQ (París 1908), T. II, representó un esfuerzo de análisis objetivo desde el lado católico en un momento en que todavía las nuevas fuentes no habían replanteado el tema. Lo mismo se puede decir de L. DUCHESNE, *Histoire de l'Église*, T.III, París, 1911 que, aparte la amenidad de la narración, sorprende por la imparcialidad y desenvoltura con que este autor católico abordó el tema. A Duchesne sigue, pero con una mentalidad más conservadora y "ciriliana" (la obra de Duchesne había sido incluida en el Índice), G. BARDY en la *Histoire de l'Église* dirigida por A. FLICHE V.MARTIN, T.IV, (París 1935) (hay edición española). Siempre desde la óptica católica, el tema de las relaciones con el primado romano fue abordado por P. BATIFFOL, *Le Siège Apostolique* (París 1924) (especialmente cap. VI-VIII). El mismo tema, desde la perspectiva protestante, en E. CASPAR, *Geschichte des Papstums*, T.I, (Berlín

1930). Una síntesis general del concilio desde el lado católico, con aceptación de las nuevas aportaciones dogmáticas, pero tratando de defender la figura de S. Cirilo, P. Th. CAMELOT, *Ephèse et Chalcédoine* (Histoire des Conciles Ecuméniques 2, G. Dumeige, dir). París (1962).

Desde el punto de vista de la historia de los dogmas, la cuestión nestoriana fue iniciada por el protestante F. LOOFS con la publicación de los fragmentos de Nestorio en 1905 y reafirmada en la obra del mismo autor *Nestorius and his place in the history of christian doctrine* (Cambridge 1914). La asunción definitiva de estos planteamientos desde la perspectiva católica fue obra principalmente de A. GRILLMEIER. Es fundamental su estudio *Die theologische und sprachliche Vorbereitung der christologischen Formel von Chalkedon*, en la obra colectiva A. GRILLMEIER-H. BACHT, *Das Konzil von Chalkedon*, Wurzburg (1952-1954), T.I, 5-202. Del mismo autor, *Das Scandalum Oecumenicum des Nestorius in Kirchlich-dogmatischer und theologiegeschichtlicher Sicht*, en *Scholastik*, 36 (1961), 321-336. Fundamental también, desde el punto de vista dogmático e histórico, L. ABRAMOWSKI, *Untersuchungen zur Liber Heraclidis des Nestorius*, CSCO 242 (Subsidia 22), Lovaina (1963). Sobre la teología de San Cirilo, J. LIEBART, *La doctrine christologique de Saint Cyrille d'Alexandrie avant la querelle nestorienne* Lille (1951). La pregunta que siempre se han planteado los estudiosos del concilio es si fueron diferencias dogmáticas o intereses políticos lo que llevó a Cirilo a intervenir en las disputas teológicas que los sermones de Nestorio habían provocado en Constantinopla. Tras la publicación del Libro de Heráclidas y de las Actas conciliares de Schwartz pocos dudan ya de que la respuesta correcta es la segunda. Fundamental resultó a este respecto el estudio del propio E. SCHWARTZ, *Cyrril und der Mönch Viktor*, en *Akad. der Wissenschaften in Wien. Philos.-histor. Klasse (Sitzungsberichte*, 208, Band 4) Viena y Leipzig (1928) 1-51, que hace del incidente de la denuncia de Cirilo en Constantinopla por un grupo de monjes y clérigos alejandrinos la clave de toda la actua-

ción de Cirilo. Pero el tema de la ortodoxia de Nestorio y Cirilo no ha dejado de ocupar a los estudiosos del dogma en los últimos años. Aparte de la obra fundamental ya mencionada de Scipioni, cabe tener en cuenta a Ch. DALY, *Nestorius in the Bazaar of Herculides. A Christology Compatible with the third letter and Anathemas of Cyril of Alexandria* Los Angeles (1983) y E.H.W. TURNER, *Nestorius reconsidered*, *Studia Patristica* XIII, 2 (TU 116), Berlín (1975). La personalidad y la obra de Cirilo y el contexto de la iglesia de Alejandría ha sido objeto de varios estudios en los colectivos: *Kyrilliana. Etudes variées à l'occasion du XV centenaire de Saint Cyrille d'Alexandrie (444-1944.)*, El Cairo (1947) y *Alexandrina. Mélanges offerts à P.Cl. Mondesert* (París 1987). Una buena síntesis biográfica de Cirilo en su etapa anterior a Efeso es la ofrecida por P. EVIEUX en la "Introducción" a sus *Lettres Festales* (Sch 372), París (1991).

Estudios Particulares

Efeso y los Concilios Ecuménicos antiguos tienen un significado y una trascendencia históricas que rebasan el ámbito de la historia eclesiástica y la historia de los dogmas, por lo que son abordados con mayor o menor amplitud en todas las historias generales de la época. El tema del significado social y político que subyace y trasciende los debates dogmáticos, ha sido objeto de numerosos estudios parciales, pero sólo existe una obra que abarque el amplio período comprendido entre los concilios de Constantinopla (381) y Calcedonia (451), el estudio, importante, de Th. E. GREGORY, *Vox Populi. Popular Opinion and Violence in the Religious Controversies of the Fifth Century A.D.*, Columbus (1979). También el aspecto político de la lucha por el poder entre Alejandría y Constantinopla subyace en casi todos los análisis modernos, pero sólo ha sido objeto de estudios que abordan una visión general del tema. Cabe citar, de manera especial, los ya viejos y breves artículos de G. BARDY, "La rivalité d'Alexandrie et de Constantinople au V^e siècle

cle", *La France franciscaine* 16 (1936), 5-19; E. STEIN, "Le développement du pouvoir patriarcal du siège de Constantinople jusqu'au Concile de Chalcedoine", *Le Monde Slave* (1926), 80-108 = *Opera Minora Selecta*, Amsterdam (1968), 199-223; N.H. BAYNES, "Alexandria and Constantinople. A study in Ecclesiastical Diplomacy", *Journal of Egyptian Archaeology* 12, (1926) 145-156 = *Byzantine Studies and Other Essays* Londres (1955), 97-115. El tema de la participación de los monjes como elemento de presión y violencia ha sido objeto de un importante estudio de G. DAGRON, "Les moines el la ville. Le monachisme à Constantinople jusqu'au concile de Chalchédoin (451)", *Travaux et Memoires* 4 (1970), 229-276. Para la etapa que se inicia tras el concilio de Efeso, H. BACHT, "Die Rolle des orientalischen Mönchtung in den Kirchenpolitischen Auseinandersetzungen um Chalkedon (431-519)" en *Das Konzil von Chalkedon I*, (1954), 192-314. Importante por muchos conceptos, pero en especial por el estudio prosopográfico de los obispos que participaron en el concilio, es la Tesis Doctoral, inédita, de M.Gloria GUILLEN PEREZ, *Problemática eclesiástico-política en torno a la participación episcopal en el concilio de Efeso del año 431*, (Universidad de Murcia 1993).

La bibliografía sobre aspectos históricos concretos es muy amplia. Ofrecemos una selección de aquellos trabajos que hemos tenido presentes y han orientado en mayor o menor medida nuestro estudio.

AMANN, E., "L'Affaire Nestorius, vue de Rome", *Revue des Sciences Religieuses* 23 (1949), 5-37, 207-244; 24 (1950) 28-52.

ANASTOS, M.V., "Nestorius was orthodox", *Dumbarton Oaks Papers* 16 (1962), 117-140.

BARTELINK, G.J.M. "Monachisme et episcopat à Alexandrie" en *Alexandrina*, (París 1987), 336-379.

- BATIFFOL, P., "Les présents de S. Cyrille à la Cour de Constantinople", *Etudes de littérature et d'archéologie chrétienne* (Paris 1919), 154-179.
- BERETTA, G., *Ipazia d'Alessandria* (Roma 1993).
- CARPENTER, H.J., "Popular Christianity and the Theologians in the Early Centuries", *Journal of Theological Studies* n.s. 14 (1963), 294-310.
- CHRYSOS, E., "Konzilpräsident und Konzilvorstand. Zur Frage des Vorsitzes in den byzantinischen Reichskirche", *Annuaire Historiae conciliorum* 11 (1979), 1-17.
- CLEMENT, M., *L'aparition du patriarcat dans l'église, d'après les conciles de Nicée, Constantinople, Chalcedoine* (Lyon 1965).
- CONGAR, Y., "La primauté des quatre premiers conciles oecuméniques", en *Le Concile et les Conciles* (1960) 75-109.
- CRABBE, A., "The Invitation List to the Council of Ephesus and Metropolitan Hierarchie in fifth century", *Journal of Theological Studies* 32 (1981), 369-400.
- DAGRON, G., *Naissance d'une capitale. Constantinople et ses institutions de 330 à 541* (Paris 1974).
- DE MARINI AVONZO, F., "Codice Teodosiano e concilio di Efeso", *Atti Accademia Romanistica Constantiniana* 5 (1981), 105-122.
- DUPUY, B., "Les appels de l'Orient à Rome du Concile de Nicée au concile de Chalcedoine", *Istina* 32 (1987), 361-377.
- DVORNIK, F., "Emperors, Popes and general Councils", *Dumbarton Oaks Papers* 6 (1951), 3-23.
- FREND, W.H.C., "Religion and Social Change in the Later Roman Empire", *Cambridge Journal* 2 (1949), 487-497.
- ID., *The rise of Monophysite movement* (Cambridge 1972).

- ID., "Popular religion and Christological Controversy in the Fifth Century", en G.J. Curnig and D. Baker (eds.), *Studies in Church History* 8 (Cambridge 1972), 19-30.
- ID., "I monaci e la fine del paganesimo greco-romano in Siria e in Egitto" en P.F. Beatrice (ed.) *L'intolleranza cristiana nei confronti dei pagani*, (Bologna 1993) 57-78.
- GREGOIRE, H., "Sur le personel hospitalier des eglises: «Parabalani» et «Privatarii»", *Byzantion* 13 (1938), 283-285.
- HOLUM, K.G., *Theodosian Empresses. Women and Imperial Dominion in Late Antiquity* (Berkeley y Los Angeles 1982).
- ID., "Family life in the Theodosian House", *Kleronomia* 8 (1976), 280-292.
- HONIGMANN, E., "Juvenal of Jerusalem", *Dumbarton Oaks Papers* 5 (1950), 209-279.
- JANIN, R., "Rôle des commissaires impériaux byzantins dans les conciles", *Revue des Etudes byzantines* 18 (1960), 97-108.
- JARRY, J., *Hérésies et factions dans l'Empire Byzantine du IV au VII siècle*, Publ. Inst. fr. d'arch. orient. du Caire: Recherches d'arq., de phil. et d'hist. 142, (El Cairo 1968).
- ID., "Sur les décisions des conciles généraux des IV et V siècles dans les rapports avec la primauté romaine", *Istina* 30 (1957), 485-496.
- KARLIN-HAYTER, P., "Activity of the Bishop of Constantinople outside his Paroikia between 381 and 451", *Kathegetria, Essays presented to Joan Hussey for her 80th birthday* (1988), 179-210.
- LAMBERIGTS, M., "Les évêques pélagiens déposés, Nestorius et Ephèse", *Augustiniana* 35 (1985), 264-280.

- LAUNE, D.E., "Eglises locales et patriarchats à l'époque des grands conciles", *Irenikon* 34 (1961), 291-321.
- LUIBBEID, G., "Theodosius II and Heresy", *Journal of Ecclesiastical History* 16 (1965), 13-38.
- MARTIN, A., "L'Eglise et la chôra égyptienne au IV siècle", *Revue des Etudes Augustiniennes* 25 (1979), 3-26.
- ID., "Les premiers siècles du christianisme à Alexandrie. Essai de topographie religieuse (III-IV siècles)", *Revue des Etudes Augustiniennes* 30 (1984), 211-225.
- MARTROYE, F., "Les «parabalani» d'Alexandrie", *Bul. Soc. Nat. Ant. France* (1923), 275-281.
- PHILIPSBORN, A., "La compagnie d'ambulanciers «parabalani» d'Alexandrie", *Byzantion* 20 (1950), 185-190.
- PIETRI, Ch., *Roma christiana*, (Rome 1976).
- RIST, J.M., "Hipatia", *Phoenix* 19 (1965), 214-225.
- ROUGE, J., "Les débuts de l'épiscopat de Cyrille d'Alexandrie et le Code Théodosien", *Alexandrina* (Paris 1987), 339-349.
- ID., "La politica di Cirillo d'Alexandria e l'ucisione di Ipazia", en P.F. Beatrice (ed.) *L'intolleranza cristiana nei confronti dei pagani* (Bologna 1993), 57-78.
- RONCHEY, S., "Ipazia, l'intellettuale", en A.Fraschetti (ed.), *Roma al femminile* (Roma-Bari 1994), 213-258.
- SCHUBERT, W., "Parabalani", *Journal of Egyptian Archeology* 40 (1954), 97-101.
- SCIPIONI, L. I., "La controversia nestoriana" en *Passaggio dal Mondo Antico al Medio Evo da Teodosio a Gregorio Magno* (Atti di Convegni Lincei 45), (Roma 1980), 381-413.

STAEDLER, H., *Päpste un Konzilien. Kirchengeschichte, Personen, Ereignisse, Begriffe* (Düsseldorf 1983).

STEINWENTER, A., "Die Stellung der Bischöfe in der byzantinischen Verwaltung Ägyptens", *Studi in onore de P. Francisci*, vol. 1 (Milán 1954), 77-99.

WIPSZYCKA, E., *Les ressources et les activités économiques des églises en Egypte du IV au VIII siècles* (Bruselas 1972).



*Este libro se terminó de imprimir
en Santander
en septiembre de 1995*



SERVICIO DE PUBLICACIONES
UNIVERSIDAD DE CANTABRIA